



Universidad
Zaragoza

Trabajo Fin de Máster

LA DIPLOMACIA ROMANA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO IV EN LAS *RES GESTAE* DE AMIANO MARCELINO

ROMAN DIPLOMACY IN THE SECOND HALF OF THE 4TH CENTURY IN THE *RES GESTAE* OF AMMIANUS MARCELLINUS

Autor

Héctor Fernández Pascual

Directora

María Victoria Escribano Paño

Facultad de
Filosofía y Letras

2022-2023

LA DIPLOMACIA ROMANA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO IV EN LAS *RES GESTAE* DE AMIANO MARCELINO.

Resumen:

La diplomacia tuvo una importante presencia durante el desarrollo político y militar del Imperio romano en la segunda mitad del siglo IV, el periodo que conservamos de la obra de Amiano Marcelino y que él vivió más de cerca. Uno de los usos de la diplomacia romana fue para poner fin a las guerras con enemigos externos, ya fuera forzando una rendición o mediante un tratado de paz negociado. Ésta era flexible y heterogénea, aplicando unas medidas u otras según la situación, siempre buscando el máximo beneficio para Roma. Además, se sirvió de una serie de herramientas para cumplir sus propósitos, desde el empleo de rehenes hasta la creación de vínculos clientelares con reyes vecinos. No obstante, su relación con el contexto militar hacía que en ocasiones tuvieran que aceptarse tratados perjudiciales para Roma, que se intentaban reconfigurar en el futuro mediante nuevas acciones militares o diplomáticas.

Palabras clave: diplomacia, tratado de paz, rendición, Amiano Marcelino, Imperio romano.

Abstract:

Diplomacy was an important presence during the political and military development of the Roman Empire in the second half of the 4th century, the period we have preserved from the work of Amianus Marcellinus and which he experienced most closely. One of the uses of Roman diplomacy was to end wars with external enemies, either by forcing a surrender or by a negotiated peace treaty. It was flexible and heterogeneous, applying one measure or another depending on the situation, always seeking the maximum benefit for Rome. In addition, it made use of a number of tools to achieve its aims, from the use of hostages to the creation of clientelistic links with neighbouring kings. However, its relationship with the military context meant that on occasions it had to accept treaties that were detrimental to Rome, which it sought to reconfigure in the future through new military or diplomatic actions.

Keywords: diplomacy, peace treaty, surrender, Ammianus Marcellinus, Roman Empire

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
1.1. Justificación.....	5
1.2. Estado de la cuestión.....	5
1.3. Objetivos	7
1.4. Metodología aplicada.....	7
2. ANÁLISIS CRÍTICO DE LAS FUENTES	8
2.1. Amiano Marcelino	8
2.1.1. Militar y griego	9
2.1.2. Fuentes y metodología	9
2.1.3. Veracidad	13
3. LA RENDICIÓN DE LOS <i>BARBARI</i>	15
3.1. La rendición (<i>deditio</i>) antes de Amiano.....	15
3.2. La corriente filantrópica.....	17
3.3. Rendiciones de germanos registradas por Amiano	19
3.4. El preludio a la rendición: la masacre	21
3.5. Las rendiciones de los pueblos germánicos. Estudios de caso.	24
3.6. La rendición de ciudades en Oriente	34
3.7. Las consecuencias de la rendición	37
3.8. La rendición incondicional.....	42
4. LAS PACES	45
4.1. Paces firmadas con el Imperio sasánida.....	45
4.1.1. Tratado de paz del año 289-299	45
4.1.2. Conversaciones de paz entre Constancio II y Sapor II	47
4.1.3. Tratado de paz del año 363	49
4.2. Paces realizadas con los pueblos germanos del Rin y del Danubio.....	53
4.2.1. Paz de Valente con los godos de Atanarico	54

4.2.2. Paz de Valentiniano con los alamanes de Macriano	56
5. LA DIPLOMACIA EN TIEMPOS DE AMIANO MARCELINO	57
5.1. Firma de tratados en el siglo IV	57
5.1.1. Los acuerdos con los germanos y la presencia física del emperador..	58
5.1.2. Los tratados con los persas y su puesta por escrito.....	59
5.2. El rol de los rehenes en la diplomacia del siglo IV.....	60
5.2.1. Entregas de rehenes en la obra de Amiano Marcelino	61
5.2.2. Diferencias en la exigencia de rehenes entre sasánidas y bárbaros	63
5.3. El cumplimiento de los pactos	66
5.3.1. Incumplimiento de la paz por los germanos	67
5.3.2. Incumplimiento de la paz por los romanos	68
5.4. Estrategias diplomáticas.....	69
5.4.1. Ceremonial y aparato para impresionar al rival	70
5.4.2. El rol de los pagos y la entrega de regalos	71
5.5. Relaciones con el Imperio sasánida	73
5.6. Reinos clientelares. La disputa sobre Armenia.....	76
5.6.1. La situación de Armenia	76
5.6.2. La disputa de Armenia en la obra de Amiano Marcelino	77
6. CONCLUSIONES	79
6.1. Continuidad y evolución en la diplomacia.....	79
6.1.1. Sobre los tratados de paz con el Imperio sasánida.....	79
6.1.2. Sobre los pagos para garantizar la paz	82
6.1.3. Sobre el uso de rehenes	83
6.1.4. Sobre la rendición incondicional.....	83
6.1.5. Sobre la sofisticación del aparato diplomático.....	84
6.2. Diferencia entre la diplomacia con el Imperio sasánida y con los pueblos germánicos.....	85

6.3. Estrecha vinculación entre la diplomacia y la guerra.....	85
7. BIBLIOGRAFÍA	86
7.1. Autores clásicos	86
7.2. Bibliografía contemporánea	87
8. ANEXO DE IMÁGENES.....	92

1. INTRODUCCIÓN

1.1. Justificación

El interés por el tema de este trabajo radica en la gran importancia de la diplomacia para entender las relaciones del Imperio romano con sus vecinos. Roma se esforzó por mantener la seguridad de sus fronteras no sólo con las armas, sino también en la mesa de negociaciones, y ese es un aspecto que queda muy claro en el siglo IV. No se puede entender la estrategia militar romana en el Rin y el Danubio sin las rendiciones, ya que de éstas salía configurada la nueva relación que mantendrían con cada pueblo germánico, así como los beneficios que Roma obtendría en cada caso.

De igual manera, la firma de tratados de paz era un mecanismo de gran importancia no sólo con los germanos, sino sobre todo en las relaciones con el Imperio sasánida, donde, además de poner fin a los conflictos militares, dictaban las condiciones en las que ambos imperios habrían de relacionarse durante los próximos años, así como el equilibrio o desequilibrio de poder que habría entre ambos y la situación en la que se encontrarían los reinos clientelares. El periódico envío de embajadas por parte de los dos imperios demuestra que la vía diplomática estaba muy viva, y que la guerra no era la única manera que tenían de relacionarse, aunque al final tanto ésta como la diplomacia buscaran los mismos objetivos.

Estos elementos se encuentran muy presentes en la diplomacia romana de la segunda mitad del siglo IV, periodo en el que se ha decidido delimitar el trabajo –concretamente entre los años 353 y 378 - debido a que es el rango temporal en el que podemos contar con el inestimable recurso de la obra de Amiano.

1.2. Estado de la cuestión

La investigación sobre la diplomacia romana en la segunda mitad del siglo IV tiene ya una trayectoria importante, si bien algunas las principales aportaciones se dieron en el último cuarto del siglo XX. En este sentido, destacan las prolíficas investigaciones de R. C. Blockley sobre la diplomacia romana con el Imperio sasánida, incluyendo los tratados de paz del 298-299 y 363 –de los cuales negaba que el segundo pudiera verse como una contestación directa al primero- (Blockley, 1984; 1992), el rol del pago de tributos dentro de la diplomacia (Blockley, 1985) o la disputa entre Roma y

Persia por Armenia y su división a finales del siglo IV (Blockley, 1987), así como la diplomacia hasta tiempos de Anastasio (Blockley, 1992). El tema de los tratados romano-persas y la disputa por Armenia ya había sido tratado por Chrysos varios años antes (Chrysos, 1976) y fue rescatado en este milenio por Drijvers (2009), quien volvió a explorar la relación entre los tratados del 298-299 y del 363, y Edwell (2021), el cual aporta nuevas perspectivas sobre el largo enfrentamiento por Armenia. Además, Barceló (2022) dedica un libro a la vida de Constancio II, donde aborda su estrategia diplomática con Persia y su participación en las fallidas conversaciones de paz con Sapor II.

Por su parte, Peter Heather ha profundizado en las rendiciones de los pueblos germánicos y la relación diplomática de Roma con estos, tanto desde el pago de tributos a cambio de apoyo militar (Heather, 2006) como desde los acuerdos de paz, como el de Valente con el godo Atanarico (Heather y Matthews, 1991). En relación con esto, las rendiciones de los diversos pueblos germánicos ante Roma, así como las desastrosas consecuencias que tuvieron para ellos, han sido analizadas por Sanz Casasnovas (2022).

Por otro lado, Lee (1991) dedicó una investigación al rol de los rehenes en la diplomacia romana con el Imperio sasánida, así como un libro entero a las relaciones exteriores del Imperio romano durante la Antigüedad Tardía. Además, también ha investigado los procesos de firma de tratados en la Antigüedad Tardía (Lee, 2009).

Sobre el autor protagonista de este trabajo, Amiano Marcelino, destaca la obra de Sabbah (1978), en la que el historiador francés analiza los documentos y relatos de los informantes a los que recurrió Amiano, así como la influencia que tuvo sobre él la literatura política de su época, sus técnicas argumentativas y las principales tesis que defiende en su obra. En este sentido destacan también las aportaciones de Den Hengst (2010) sobre las digresiones del historiador antioqueno, y la obra de Matthews (2007), quien en su trabajo no sólo aborda la obra de Amiano Marcelino, sino que proporciona una visión global del Imperio romano del siglo IV en el que Amiano estaba inmerso, desde sus conflictos, su geografía, su población y sus relaciones económicas y sociales hasta los pueblos que vivían más allá de sus fronteras, pasando, por supuesto, por los reinados de los diversos emperadores que se encuentran incluidos en la obra del historiador antioqueno.

1.3. Objetivos

El presente trabajo persigue varios objetivos, diferentes pero complementarios. En primer lugar, se pretende conocer cómo era el funcionamiento de la diplomacia romana en la segunda mitad del siglo IV, usando como base la narración de Amiano Marcelino. Dentro de esta, se busca profundizar en los procesos usados por el Imperio romano para poner fin a los conflictos, ya fuera mediante la negociación de un tratado de paz o por medio de la imposición de una rendición. Además, con el análisis de cada uno de estos procesos se intentará comprender el impacto que tuvieron en cada uno de los bandos implicados, así como la manera que tenía Roma de emplear la diplomacia para satisfacer sus propios intereses.

También se pretende comprender qué herramientas tenía la diplomacia romana para cumplir sus objetivos. Por último se busca saber si la diplomacia romana actuó de manera homogénea en todo el territorio o si, por el contrario, se adaptó a las situaciones de cada uno de los territorios y encontramos por ello diferencias entre unas zonas y otras.

1.4. Metodología aplicada

La principal fuente de consulta para la elaboración de este trabajo ha sido las *Res Gestae* de Amiano Marcelino, en cuya obra traducida se ha rastreado toda la información que pudiera servir para conocer mejor el tema del trabajo, ya fuera directa o indirectamente. No obstante, para complementar la información ofrecida por Amiano también se ha acudido a otros textos históricos contemporáneos a él, como los discursos de Juliano o de Temistio.

Además, se han consultado las investigaciones de diversos historiadores en cada uno de los temas tratados. Con esto se ha pretendido ampliar y complementar la información obtenida de la lectura de Amiano, clarificar alguno de los pasajes que puedan resultar más confusos y conocer el testimonio que ofrecen otros escritores romanos a los que no se ha tenido acceso, así como conocer las diferentes interpretaciones de los historiadores a partir de la información ofrecida por Amiano.

2. ANÁLISIS CRÍTICO DE LAS FUENTES

Las fuentes primarias empleadas para la elaboración de este trabajo han sido exclusivamente textuales, consultando las obras de escritores romanos que aporten información relacionada con el tema a tratar. Lo ideal en una investigación histórica sería poder acudir también a las fuentes arqueológicas, que muchas veces permiten ir más allá de lo que dicen las fuentes escritas, así como comprobar su veracidad. Sin embargo, el envío de delegaciones, el establecimiento de negociaciones, rendiciones y paces difícilmente puede comprobarse mediante los hallazgos arqueológicos –más allá de su representación en la iconografía de algunas obras del periodo, como las que se pueden ver en el anexo de imágenes-, por lo que la fuente primaria fundamental para realizar este trabajo han sido los textos escritos. Sin embargo, hay que tener en cuenta que estas fuentes son subjetivas, ya que obedecen a una determinada finalidad y, además, normalmente aprovechan el relato histórico para incluir sus propios juicios morales (Shuttleworth Kraus, 2010, p. 405). Por ello es necesario acercarse a ellas de una forma crítica, conociendo el material con el que estamos trabajando, sus virtudes y sus limitaciones.

2.1. Amiano Marcelino

La vida de Amiano Marcelino habría transcurrido aproximadamente entre el 330 y el 400, aunque no podemos conocer con precisión las fechas de su nacimiento y su muerte (Harto Trujillo, 2002, p. 15). Se inscribe en un momento en el que el Imperio romano se encuentra asediado por amenazas externas e internas, y que ha afrontado diversas modificaciones que lo separan del imperio en el que vivieron Tácito y Suetonio. En un momento en el que la historiografía clásica parecía decaer, Amiano Marcelino la recuperó para narrar los acontecimientos que han llevado a la situación del tiempo en el que vive, preocupado por el devenir del imperio. Concretamente, comenzó su narración en el reinado de Nerva, que transcurrió desde el año 96 hasta el 98, y la acabó con la muerte de Valente en 378 (Castillo García et al., 2010, p. 19).

Nuestro escritor, que había nacido en Antioquía en el seno de una familia griega noble, estructuró esta extensa narración en 31 libros, aunque sólo conservamos desde el XIV en adelante, es decir, la parte más reciente de su obra, en la que narra los acontecimientos desde el año 353, con el reinado de Galo, hasta el año 378 con el desastre de Adrianópolis (Castillo García et al., 2010, p. 19).

2.1.1. Militar y griego

Una de las ventajas con la que cuentan los filólogos e historiadores que quieran acercarse a la figura de Amiano Marcelino son los datos autobiográficos que proporciona en sus Historias. En el epílogo de estas, él mismo se define como “antiguo militar y griego” (Amm. 31.16.9). Al mostrarse como veterano del ejército, Amiano está demostrando que, al igual que Polibio o Salustio, ha participado en algunos de los sucesos que narra, los cuales conoce de primera mano, como también conoce la realidad militar del Imperio Romano del s. IV, la cual trata de mostrar al darle gran importancia a los sucesos bélicos dentro de su narración histórica. Como militar de prestigio, sirvió como *protector domesticus*, es decir, miembro de la guardia imperial. También estuvo bajo el mando del *magister equitum* Ursicino en tiempos de Constancio II, pero lo que más destaca es su servicio militar bajo las órdenes de Juliano, a quien parece que acompañó en la desastrosa expedición contra Persia del año 363.

Después de regresar a la seguridad del imperio, con el ejército vencido y el cadáver de Juliano, pasó quince años en Oriente, donde realizó numerosos viajes para conocer los principales escenarios de los hechos recientes. Finalmente, en una fecha desconocida se trasladó a Roma, donde pudo consultar los archivos imperiales y terminar su obra (Castillo García et al., 2010, p. 17). En relación con su origen griego, resulta destacable que, conociendo la lengua de Homero, decidiera escribir su obra en latín. Esto puede entenderse atendiendo al contexto en el que se realiza, ya que Amiano escribe su obra una vez está asentado en Roma, por lo tanto dirigido a un público romano que esperaría leer obras en latín. A este respecto, aunque el uso de grecismos por parte de este historiador es frecuente, Castillo García *et al.* (2010, p. 62) señalan que estas construcciones serían muy habituales en el latín tardío, y definen a Amiano como un bilingüe con dominante griega.

2.1.2. Fuentes y metodología

Al respecto de sus fuentes, Amiano Marcelino se sirve de varios recursos para compilar la información que transmite en su obra. En primer lugar, cuenta con sus propias vivencias, ya que fue militar y participó en algunos acontecimientos de su tiempo, por lo que no duda en afirmar que “en lo que he podido conocer la verdad y siguiendo el orden de los distintos sucesos, he narrado aquello que he contemplado personalmente, o bien lo que he logrado conocer interrogando minuciosamente a los

protagonistas” (Amm. 15.1.1). Su participación en la vida militar y su mayor conocimiento de historia que narra. Además, en este pasaje observamos también su interés en conocer la verdad y en plasmarla, algo en lo que insistirá en toda la obra, como por ejemplo en el epílogo, en el que afirma que no ha corrompido la verdad a propósito ni contado mentiras (Amm. 31.16.9). Por ello, uno de sus recursos era la *autopsia*, narrando momentos que o bien había vivido él, o bien le habían sido relatados por personas que habían estado presentes en ellos. Esta *autopsia* tenía incluso un carácter moral para Amiano, relacionada con su preocupación con narrar todos los hechos y por ser visto como una autoridad objetiva en la materia (Harto Trujillo, 2002, p. 44). Por lo tanto, otra de las fuentes de información en las que Amiano basó su obra son los testimonios directos de los protagonistas que han vivido los sucesos históricos que narra. Dada su posición como un alto miembro del ejército, tendría abundantes contactos que hubieran vivido de primera mano acontecimientos que él mismo no pudo ver, cuyos testimonios le permitieron recoger lo sucedido esos años.

En este sentido, Matthews (2007, pp. 375-376) insiste en que Amiano pudo haber tenido acceso a notarios y administradores imperiales, así como a informes de sucesos que le permitieran tener una comprensión más detallada de los mismos, incluso aunque no hubiera estado presente. Un ejemplo de ello sería Filagrio, secretario de Valentiniano a quien el emperador encargó detener al rey alamán Vadomario en un banquete. Durante la narración de este episodio, Filagrio permanece en el centro del relato, por lo que pudo perfectamente ser el informante directo de Amiano, teniendo en cuenta que además su cargo de conde de Oriente se ejercía normalmente desde Antioquía (Matthews, 2007, pp. 376-378). Por su parte, Sabbah (1978, p. 158) señala que Amiano deja claro que ha recurrido a informes al menos una vez en la obra conservada. Cuando los alamanes atacan a los soldados que están construyendo una fortificación al otro lado del Rin por orden de Valentiniano, sólo un único superviviente, Siagrio, consigue llegar a la corte imperial e informar de lo sucedido (28.2.9). Sabbah defiende que éste pasaje probablemente provenga directamente del informe emitido por Siagrio, ya que de hecho tiene las mismas características que los reportes imperiales. Si bien no se puede saber si Amiano consultó directamente dicho informe, pues pudo haberse informado de manera oral por Siagrio o un intermediario, lo que sí que está claro para Sabbah es que el informe es la base de la narración, sea directa o indirectamente (Sabbah, 1978, pp. 159-160).

Otra prueba del uso de informes por parte de Amiano es su empleo de la palabra *relatio*. Si bien puede usarse con fines narrativos, y no indicar necesariamente que lo que se está contando proviene de un informe, algunos informes, como el del conde Castricio sobre las incursiones de los isaurios (Amm. 14.2) o el del conde Immo sobre el asedio de Aquilea (Amm. 21.12.3-16) tienen visos de ser reales por compartir las características de un informe, que Amiano prefiere no modificar (Sabbah, 1978, pp. 163-168).

La tercera fuente de información de Amiano fueron, precisamente, otros textos de contenido historiográfico. A este respecto, se declara buen conocedor de las obras historiográficas que le precedieron (Amm. 23.5.21). De esta manera, además de su gran vinculación con Tácito, también conocía la *Historia Augusta* (Castillo García et al., 2010, p. 18) y menciona en ocasiones sus fuentes, como Timágenes, a quien alaba considerándolo “griego por su lengua y por su exactitud” (Amm. 15.9.2) pues, no en vano, él mismo estaba orgulloso de considerarse griego (Amm. 31.16.9). Su uso de las fuentes escritas también aparece evidenciado en otro pasaje (Amm. 22.8.1), donde señala que ha utilizado “la información que me ofrecieron mis viajes o mis lecturas”. Esto demuestra que el propio Amiano asegura que viajó para poder conocer los escenarios en los que tuvieron lugar los sucesos que narraba, en lo cual insistirá en otras ocasiones (Amm. 31.7.16).

Con todo ello se observa cómo Amiano busca construir un relato verdadero, y para ello se sirve de su propia experiencia, de los testimonios de aquellos que protagonizaron la historia y de los escritos, tanto los de historiadores del pasado como los propios documentos de su época. El uso de esta gran cantidad de fuentes se debe a su búsqueda de la *veritas*, de transmitir la verdad de los acontecimientos. En este sentido, la preocupación por la *veritas* le relaciona directamente con Tácito, para quien “la verdad se impone con la luz y con el tiempo, y las falsedades con el apresuramiento y la incertidumbre” (Tac. Ann. 2.39). Por otra parte, para Castillo García et al. (2010, p. 17), otro punto de referencia de Amiano Marcelino en cuanto a la metodología a seguir es Polibio, argumentando que el propio Amiano lo confirma al hablar de Polibio en los términos de *historiarum conditor* (Amm. 24.2.16). Además, ambos serían griegos que, yendo a parar a Roma, acabaron hablando de la historia de Roma en una lengua, el latín, que no era su lengua materna.

En la introducción al libro XXVI, Amiano realiza un apunte interesante: el peligro que supone tratar los hechos recientes, debido a que sus protagonistas siguen vivos. Esto supone una doble amenaza. Por un lado, insinúa que podría verse amenazado en caso de revelar verdades incómodas sobre quienes han protagonizado la historia reciente, prefiriendo evitar “los peligros que conlleva decir la verdad” (Amm. 26.1.1). Por otro lado, tendría que “soportar después la duras críticas de los que examinen mi obra y me critiquen por haberles perjudicado” (Amm. 26.1.1) en caso de que nuestro historiador no haya mencionado detalles que interesen a esos personajes, o directamente criticarle por omitir todo tipo de detalles que el público conocería, al haber vivido los acontecimientos narrados. Estos problemas no los tendría cuando trataba la historia relativamente lejana, como los crímenes de Constancio Galo, de medio siglo atrás, con los que empieza el libro XIV, y desde luego que no los tendría con su primer libro, ahora perdido, en el que decidió empezar la narración con Nerva, de cuyo gobierno habían pasado casi tres siglos. Con esto muestra su cautela a la hora de tratar temas demasiado recientes, una de las razones por las que detuvo su narración con la muerte de Valente en la batalla de Adrianópolis en el 378.

En respuesta a las críticas que ya ve venir Amiano sobre la omisión de determinados episodios, afirma que “la historiografía suele narrar hechos esenciales, y no escudriñar minucias y acciones insignificantes” (Amm. 26.1.1). Después se remite a Cicerón, que seguramente serviría como argumento de autoridad, para afirmar que incluso los grandes escritores antiguos estaban de acuerdo con esta premisa. A comienzos del libro XXVIII transmite un mensaje similar, insistiendo en que habrá personas que le critiquen por no haber narrado todos los hechos o haber omitido detalles, pero se defiende diciendo que “no merece la pena narrar todo lo que ha ocurrido entre personas humildes” (Amm. 28.1.15) y que, incluso aunque fuera necesario, sería imposible hacerlo. Más adelante advierte de nuevo que está omitiendo algunos detalles y pide perdón por no haber podido abordar el tema por completo, en este caso, sobre las acciones crueles de Valentiniano y Maximino, su prefecto en Roma (Amm. 29.3.1). Por lo tanto, a pesar de su interés por los hechos, sólo presta atención a aquellos que considera más relevantes, tanto como para entrar en una obra de estas características. A pesar de ello, insiste en que se toma en serio su labor como historiador, afirmando que ha narrado los hechos “con todo el esmero posible” (Amm. 26.1.1).

Otro aspecto fundamental en la obra de Amiano son sus digresiones. Den Hengst (2010, p. 237) calculó que las digresiones señaladas explícitamente, con una fórmula introductoria, ocupaban el 11% del total de las *Res gestae*, una cifra sólo comparable con las grandes digresiones de Herodoto. En su época, estos fragmentos estarían pensados para atraer la atención del lector y evitar que la obra le pareciera tediosa, y las de Amiano, por el gran cuidado con el que han sido escritas, debieron ser muy valiosas para su autor (Den Hengst, 2010, p. 237).

Amiano Marcelino culmina su obra con un epílogo en el que resume su visión sobre su obra y sobre sí mismo: militar y griego, afirma haber creado una obra donde ha intentado plasmar la verdad, sin omisiones ni mentiras (Amm. 31.16.9). En este epílogo deja claro que ha comenzado su narración en los tiempos del emperador Nerva, y la ha terminado con la muerte de Valente en Adrianópolis (378). Esto refuerza su vinculación con Tácito, cuyas Historias terminan precisamente con el reinado de Nerva. De esta manera, Amiano continúa la narración de Tácito, recordando a la historia continua desarrollada por la historiografía griega, en la que un historiador continuaba narrando desde el punto en el que se había quedado otro historiador precedente. También afirma que nunca ha intentado “corromper la verdad a sabiendas, ni con omisiones ni con mentiras” (Amm. 31.16.9).

A pesar de ello, él mismo reconoció haber omitido información, como ya hemos antes, debido a que la consideraba de poco provecho (Amm. 26.1.1) o por la imposibilidad de plasmarlo todo en una obra (Amm. 28.1.15). Culmina su obra animando a que aquellos que se vean capaces, continúen la historia donde él la ha dejado, como hizo él mismo con la obra de Tácito. No obstante, advierte de la importancia de esta empresa y los conocimientos que requiere, aconsejando a su hipotético continuador que “aguece su lengua y que adopte un estilo más elevado” (Amm. 31.16.9). Esto parece ser una velada crítica a los trabajos historiográficos que se estaban desarrollando en su momento, muy simples si se comparan con los de siglos anteriores, basados en resúmenes o epítomes de los grandes historiadores clásicos.

2.1.3. Veracidad

Amiano Marcelino, como cualquier otro escritor de la Antigüedad, debe estar sometido a crítica, pues no es objetivo. De esta manera, la veracidad de las experiencias personales que presume haber tenido, y que serían una de las fuentes principales para la

obra, ha sido cuestionada por Kelly (2008, pp. 179-181). Afirma que, si bien no necesariamente tiene que haber una oposición entre autopsia y alusión, algunos de los detalles que dan a entender que Amiano visitó los lugares donde transcurre la acción pueden ser en realidad alusiones a otros escritores grecolatinos, de los cuales Amiano tenía un gran conocimiento. Pone como ejemplo la visión de los huesos sin enterrar en el campo de batalla de Ad Salices (Amm. 31.7.16). Si bien esta descripción da a entender que Amiano visitó el lugar, esto no sería fácil teniendo en cuenta que era un lugar muy alejado de las calzadas principales, y además la descripción de los huesos sin enterrar puede ser una referencia a pasajes similares de autores que le precedieron, como Tácito (*Tac. Ann.* 1.61.2-3) o la *Eneida* de Virgilio (*Verg. Aen.* 12.35-6). Sin embargo, posteriormente Morley (2016, p. 11) ha defendido que, a pesar de que se le puedan hacer estas críticas a Amiano, eso no invalida experiencias personales de envergadura, como su participación en las guerras romano-persas, donde el escritor antioqueno se representa a sí mismo en situaciones poco heroicas, huyendo y ocultándose del peligro. Además, aunque se ha criticado su conocimiento estereotipado y superficial de los sasánidas, estas críticas se centran en la digresión sobre los persas, donde sí que recurre a las ideas de otros escritores y a los estereotipos y tópicos de la etnografía tradicional. En cambio, el resto de su obra ofrece información en su mayoría fiable y precisa, que puede ser corroborada por otros escritores romanos y sasánidas. De hecho, aporta un conocimiento muy útil sobre el ejército persa, su monarquía, su ideología y sobre el estado de las fronteras y su permeabilidad cultural (Morley, 2016, p. 11).

Con todo ello, vemos cómo Amiano Marcelino se erige como el mejor historiador del siglo IV. En su metodología, su rigurosidad y en el tratamiento que hace de los hechos recuerda a Tucídides, Tácito y Polibio, los autores clave de la historiografía clásica. Lo hace, además, en un momento en el que predominaba una historiografía más simplificada, con el uso de epítomes por una parte, y la codificación teológica de la historia por otra, de manos de los autores cristianos. Aunque refleja el peso de la Antigüedad Tardía, Amiano Marcelino supone la última síntesis de la historiografía clásica. Este modelo historiográfico, por mucho que le hubiera gustado a Amiano que perviviera en manos de “aquellos que estén en condiciones de hacerlo, ya por su edad o por sus conocimientos” (Amm. 31.16.9), no tendrá continuidad, erigiéndose Amiano como el canto de cisne de la historiografía antigua grecorromana.

3. LA RENDICIÓN DE LOS *BARBARI*

El mantenimiento de la seguridad en las fronteras romanas estaba condicionado a una dinámica de campaña bética y paz temporal en la que las rendiciones de los pueblos germánicos jugaron un papel muy importante. Mediante éstas se conseguía definir las relaciones entre Roma y un determinado pueblo durante los siguientes años, además de servir de instrumento a Roma para remarcar su superioridad y para obtener, en ocasiones, determinadas ventajas de los pueblos bárbaros¹. Por ello el proceso y las condiciones en las que se realiza la rendición juegan un papel importante, lo que justifica que sean el tema a tratar en este trabajo, en el que se han querido estudiar usando como base las *Res gestae* de Amiano Marcelino. Por ello, se pretende analizar cada una de las capitulaciones registradas por Amiano en su obra conservada (esto es, desde el año 350 hasta el 378), así como sus causas, sus condiciones y el papel que jugaron en la estrategia fronteriza imperial.

3.1. La rendición (*deditio*) antes de Amiano

La fórmula de la rendición incondicional, o *deditio*, llevaba operando dentro de la expansión militar romana desde tiempos de la República. Polibio ofrece información útil para un acercamiento al término de *deditio*. En las negociaciones con los etolios que tienen lugar en el libro XX, el embajador romano Lucio Valerio Flaco exige a los etolios que supliquen y pidan perdón por los crímenes de su general. Los etolios parecen no entender que, lo que los romanos estaban exigiendo, era en realidad una *deditio*, una rendición incondicional:

“Les recomendó que se dejaran de peroratas apologeticas, que recurrieran, más bien, a un tono de súplica y que pidieran perdón para los crímenes de su general. Los etolios, tras algunas observaciones posteriores sobre la situación, decidieron ceder la última decisión a Manio Acilio, entregándose a la lealtad romana, sin saber exactamente, por supuesto, lo que entrañaba esta rendición. Les engañó el término «lealtad»; creían que así moverían más a compasión. Pero, entre los romanos,

¹ En el presente trabajo se hablará a menudo de los “pueblos bárbaros”, por propia economía de lenguaje. Este término no se emplea de modo peyorativo, sino como forma de referirse a los pueblos que habitaban lo que los romanos llamaron el *Barbaricum*.

«entregarse a la lealtad romana» significa lo mismo que rendirse incondicionalmente al vencedor.” (Plb. 20.9.9-12).

Más adelante, Polibio vuelve a ofrecer una definición de lo que se entendía como rendición incondicional, en este caso en el marco de la Tercera Guerra Púnica, cuando los cartagineses ofrecen su rendición a Roma:

“Esta entrega a la lealtad romana ha sido tocada por nosotros ya antes, pero es imprescindible recordarla ahora resumidamente. Pues los que se entregan a la lealtad romana ceden, en primer lugar, los territorios que les pertenecen y las ciudades que hay en ellos, y luego, todos los hombres y mujeres radicados en el país y que viven en las ciudades. Transmiten también los ríos, puertos, templos y sepulcros, en suma, los romanos se convierten en señores de todo, y los que se entregan a su lealtad no quedan dueños de nada.” (Plb. 36.4.1-4).

Tito Livio también definió las cláusulas habituales de la *deditio*, destacando la entrega de rehenes, el desarme y la ocupación militar:

“Desde antiguo los romanos tenían por costumbre, respecto a alguien con quien no tenían relaciones amistosas con un tratado formal ni con reciprocidad de derechos, no ejercer sobre él la autoridad como dominado hasta que rindiera todo lo divino y lo humano, entregara rehenes, se le quitaran las armas y se impusieran guarniciones a sus ciudades.” (Liv. 28.34.7).

Sin embargo, aunque era lo habitual, la *deditio* no siempre respondía a una derrota en combate del bando rendido. Un ejemplo de ello lo encontramos en los orígenes de la Primera Guerra Púnica, cuando los mamertinos deciden rendir la ciudad de Mesana y ofrecérsela a Roma. Este gesto no se hace motivado por una victoria romana previa, sino porque los mamertinos preferían quedarse bajo la protección de Roma que bajo la incómoda dominación de Cartago (Plb. 1.10.1-4).

Sea cual fuera su origen, tal y como señala Martínez Morcillo, la *deditio* no se establecía entre dos partes en igualdad de condiciones, sino entre Roma y un bando derrotado, que se ve privado de capacidad jurídica para mantener cualquier tipo de negociación. De esta manera, se convertía en un proceso para suscribir la paz y la sanción posterior que debía sufrir el pueblo sometido. (Martínez Morcillo, 2015, p. 210).

Además, la *deditio* contemplaba una serie de garantías para su cumplimiento, que solían pasar por la entrega de rehenes y armas, así como la obligación de indemnizaciones económicas y el reclutamiento de tropas auxiliares (Ñaco, 2006, p. 98).

En este sentido, la figura del rehén no sería la misma que la del prisionero de guerra. Mientras que el segundo es capturado tras la batalla y pasa a formar parte del botín de guerra basándose en el derecho de conquista, el rehén (*obses*) es un símbolo viviente del acuerdo entre Roma y aquellos que se han rendido (Martínez Morcillo, 2015, p. 216). En este sentido resulta muy ilustrativa la distinción que establece Polibio en 28.38.1-2:

“Hablaron todavía más prolíjamente del tema; cuando acabaron, tomó la palabra Escipión y les aseguró que daba crédito a sus palabras, que conocía muy bien la soberbia de los cartagineses por la crueldad con que habían tratado a los otros iberos, principalmente a las mujeres y a las hijas, a quienes encontró con el aspecto no de rehenes, sino de prisioneras y de esclavas; añadió que él, en cambio, las había respetado de tal modo, que no ya ellos, sino sus mismos padres no lo hubieran igualado.”

3.2. La corriente filantrópica

La medida en la que los emperadores romanos aceptaron las rendiciones de los bárbaros se ve influida por la ideología imperial de la época. En el siglo IV, en la corte imperial se vivió una controversia sobre cuáles debían ser los valores que predominaran en el buen emperador. A este respecto, se desarrollaron dos corrientes opuestas: la belicista y la pragmática. La primera sostenía que lo más adecuado era aplastar al enemigo en todo caso, aunque este ya estuviera vencido y dispuesto a rendirse. En cambio, la doctrina filantrópica apostaba por perdonar al enemigo vencido y aceptar su rendición (Sanz Casasnovas, 2022, pp. 252-254).

Sin embargo, a pesar de que la doctrina filantrópica estuviera dispuesta a perdonar al enemigo, no era la “*idéologie pacifiste et universaliste*” que propuso Guy Sabbah (2010, p. 181). El perdón al bárbaro derrotado no debía darse por pura compasión, sino por unos argumentos más pragmáticos. Aceptar la rendición del bárbaro permitía a Roma dictar las cláusulas de ésta, lo que a menudo suponía recibir suministros de los

pueblos germánicos, así como rehenes y hombres en edad militar que pudieran actuar como tropas auxiliares. Por lo tanto, la filantropía, siempre ejercida desde una posición de superioridad –puesto que era Roma quien decidía si concedérsela al bárbaro derrotado, al que consideraba claramente inferior- (Daily, 1972, pp. 365-367; Roberto, 1997, p. 195) no defendía la benevolencia hacia el bárbaro. Justificaba el uso de la violencia aterradora para defender la frontera, al igual que lo hacía la vertiente belicista, con la única diferencia de que la primera abogaba por no exterminar a un enemigo que ya había sido vencido, sino aceptar su rendición, ya que ésta podía ser aprovechada desde un punto de vista demográfico, estratégico y económico (Sanz Casasnovas, 2022, pp. 254-255).

Sin embargo, Amiano Marcelino se posiciona en contra de esta doctrina filantrópica, la cual relaciona continuamente con dos factores: la avaricia del emperador y el consejo de los que lo rodean, a quienes considera aduladores.

De esta manera, cuando Constancio II permite el paso de los sármatas limigantes, según Amiano fue porque “ardiente por la codicia, que alentaba la cohorte de aduladores; éstos propalaban ostentosamente que, después de dominar pueblos extranjeros y de establecer la paz en todas partes, ganaría un mayor número de proletarios y que podría reclutar poderosísimos contingentes, pues los provinciales iban a aportar su dinero de mejor grado que sus cuerpos, una esperanza que empeoró a menudo la situación de Roma.²” (Amm. 19.11.7). Lo mismo ocurre con la decisión de Valente de dejar entrar a los godos (Amm. 31.4.4). De esta manera, el escritor de Antioquía se posiciona en contra de acoger bárbaros dentro del imperio, dando a entender que un emperador humilde y rodeado de buenos consejeros no habría tomado dichas decisiones. Esto parece venir respaldado por los sucesos que derivaron de las dos recepciones: la de los sármatas acabó en un ataque por sorpresa que puso en peligro al emperador, y la de los godos llevó al desastre de Adrianópolis.

Por otro lado, Amiano se muestra a favor del trato contundente hacia los bárbaros que se mantienen hostiles. Por ejemplo, aunque critica a Valentíniano por ser cruel, esta crítica se basa en sus cruentas acciones contra los romanos, mientras que su belicosa

² Para la consulta de las *Res gestae* de Amiano Marcelino se ha decidido seguir la traducción de Castillo García, Alonso del Real Montes y Sánchez-Ostiz Gutiérrez (2010) hasta el Libro XIX, con el que acaba dicha traducción. Desde el Libro XX hasta el XXXI se ha consultado la traducción de Harto Trujillo (2002).

política exterior es vista con buenos ojos por Amiano, ya que dice de él que “fue muy astuto y prudente tanto a la hora de promover guerras como de acabar con ellas, estando como estaba endurecido por los ardores y el polvo del combate” (Amm. 30.9.4). No obstante, no deberíamos confundir el apoyo de Amiano a esta política radicalmente belicista con un desprecio total a la vida de los bárbaros en todas las ocasiones. Este apoyo de Amiano a la crueldad contra los bárbaros no se da cuando éstos pueden ser beneficiosos para Roma. Esto se observa, por ejemplo, en sus críticas a la crueldad y los delitos que cometieron Máximo y Lupicino contra los godos a los que se les dejó cruzar el Danubio, de quien dice que protagonizaron “un hecho lamentable e insólito que no tendría perdón ni siquiera si fueran ellos mismos quienes lo juzgaran” (Amm. 31.4.10).

De esta manera, tal y como indica Sanz Casasnovas, Amiano critica la crueldad de los emperadores contra los propios romanos, y también hace extensibles estas críticas al mal trato contra los bárbaros que tienen un pacto con Roma. Sin embargo, en cuanto esos mismos bárbaros suponen una amenaza militar, el uso de la violencia extrema contra ellos está perfectamente justificado para el escritor antioqueno (Sanz Casasnovas, 2022, pp. 272-273).

3.3. Rendiciones de germanos registradas por Amiano

Amiano Marcelino, militar e historiador nacido en Antioquía, fue el autor de las *Res gestae* que narraban la historia del Imperio romano desde el 96 hasta el 378 d.C. Sin embargo, la pérdida de los primeros trece libros hace que sólo conservemos el relato de lo ocurrido entre 353-378.

En ese periodo de tiempo, Amiano registra un total de catorce ocasiones en las cuales, de una forma u otra, determinados pueblos germánicos acaban ofreciendo una rendición incondicional a Roma.

De ellas, una es concedida a los camavos (Amm. 17.8.5), dos a los cuados (Amm. 17.2.10-16; Amm. 30.6.1-2), dos a los sármatas (Amm. 17.2.17-20; Amm. 29.6.16), o tres si tenemos en cuenta la falsa rendición de los sármatas ante Constancio II, ideada para atacarle por sorpresa (Amm. 19.11.6-10), y tres son dispensadas a los frances (Amm. 17.2.3; Amm. 17.8.3; Amm. 20.10.2). Sin embargo, el pueblo germano que más rendiciones se ve obligado a ofrecer, con diferencia –y acorde a su gran protagonismo

en los combates fronterizos- son los alamanes, una confederación de pueblos germánicos cuyos diversos reyes se verán obligados a postrarse ante Roma un total de seis veces en la narración de Amiano (Amm. 14.10.10; Amm. 16.11.15; Amm. 17.1.13; Amm. 17.10.4-9; Amm. 18.2.19; Amm. 31.10.7).

Una parte importante de estas capitulaciones fueron auspiciadas por Juliano, ya fuera en calidad de César o de Augusto, ya que estuvo detrás de ocho de estos procesos. Esto se explica no sólo por su protagonismo en la obra de Amiano, sino también por su intensa actividad en la Galia como César de la parte occidental entre el 355 y el 360, cuando se encargó de repeler y hostigar a diversos pueblos que cruzaban el *Limes Germanicus*.

A esto hay que añadir otro caso en el que quien se rinde no es un pueblo germánico, sino los habitantes de una zona determinada del Imperio. Se trata de los isaurios, los belicosos habitantes de Isauria, una región al sur de Asia Menor, en la parte occidental de los Montes Tauro (Matthews, 2007, p. 355). Este territorio, aunque incorporado al imperio desde tiempos de Augusto, no había sido completamente ocupado por los romanos, sino rodeado por asentamientos militares que controlaran los puntos de acceso a la región. A pesar de ello, era una región plenamente integrada en el imperio, con sus jóvenes sirviendo en las legiones romanas, pero a su vez con un entorno montañoso propicio para el bandolerismo (Matthews, 2007, pp. 357-363). Estos isaurios protagonizaron varios levantamientos. El primero de los narrados por Amiano se dio en tiempos del césar Constancio Galo, y en él no hubo rendición posible puesto que, tras saquear y aterrorizar la zona, cuando eran alcanzados por el ejército “se les sacrificaba como a ganado indefenso” (Amm. 14.59.7), hasta que se dispersaron.

Los isauros volvieron a ser una amenaza en tiempos de Valentiniano, cuando comenzaron a devastar los pueblos y ciudades de Cilicia y Panfilia, y lograron derrotar a unas milicias reunidas por el gobernador Musonio. Esto causó que finalmente se enviara un ejército a reprimir a los isauros, logrando que huyeran hacia los montes. Finalmente, incapaces de continuar con la lucha por la falta de víveres, tuvieron que rendirse y pedir la paz, entregaron rehenes y se mantuvieron apaciguados durante un tiempo (Amm. 27.9.7).

3.4. El preludio a la rendición: la masacre

El número de ocasiones en las que los bárbaros ofrecen una capitulación formal es relativamente bajo en comparación con las numerosas ocasiones en las que Amiano narra acciones hostiles contra los pueblos germánicos. Frente a los catorce episodios de rendición mencionados, nos encontramos con un total de veintitrés pasajes en los que, o bien el propio emperador o bien algún general a su servicio, emprende acciones militares en contra de los pueblos bárbaros que acaban en la masacre de éstos o en la destrucción y el saqueo de sus hogares.

En este caso, el protagonismo siguen teniéndolo los alamanes, ya que Amiano registra un total de doce ocasiones en las que miembros de este pueblo acabaron siendo masacrados por los romanos o vieron sus hogares saqueados y arrasados por éstos (Amm. 15.4; Amm. 16.2.6; Amm. 16.11; Amm. 16.12.52-61; Amm. 17.6; Amm. 18.2.13-15; Amm. 27.2; Amm. 27.10.9-15; Amm. 28.5.15; Amm. 29.4.5; Amm. 30.3.1; Amm. 31.10). Después de los alamanes se encuentran los sármatas, con cuatro episodios en los que sufren estas calumnias por los romanos (Amm. 17.12.4-6; Amm. 17.13.9-19; Amm. 19.11.10-17; Amm. 29.6.15-16). El resto de pueblos sólo cuentan con un caso documentado por Amiano, como son los camavos (Amm. 17.8.5), los frances (Amm. 20.10), los godos (Amm. 31.9), los sajones (Amm. 28.5), los cuados (Amm. 30.5.13-14), los moros y otras tribus de África (Amm. 29.5) y por último los pictos, atacotes y escoceses que, si bien aparecen mencionados por Amiano en dos ocasiones, éstas se corresponden a una misma campaña bélica (Amm. 27.8.7; Amm. 28.3.2).

Resulta significativo observar la gran diferencia entre el número de rendiciones documentadas (catorce) frente al número de agresiones (veintitrés). Esto puede explicarse por varias razones. En primer lugar, varios de los ejercicios bélicos mencionados se destinan a hacer frente a una incursión bárbara, y terminan una vez que los agresores huyen o son eliminados, sin que se llegue a tratos diplomáticos con el pueblo originario de la banda de incursores. En segundo lugar, algunos de estos pasajes corresponden a escaramuzas, enfrentamientos o incusiones que forman parte de un conflicto a mayor escala, y que por sí solos no son lo suficientemente contundentes como para propiciar la rendición de todo un pueblo. Esto ocurre especialmente con los alamanes, que aparecen pereciendo bajo las armas romanas en doce pasajes, mientras

que sólo hay seis rendiciones suyas documentadas. De esta manera, en numerosas ocasiones el combate no acaba en rendición, sino con algunos bárbaros aniquilados, otros hechos prisioneros y otros huyendo. Esto llega a convertirse en una verdadera fórmula que Amiano emplea por primera vez en el primer enfrentamiento de Juliano contra los alamanes, y que repetirá en numerosas ocasiones:

“... aniquiló a algunos; a otros, que se entregaron por miedo, los hizo prisioneros; los restantes, que cifraban todo su poder en la velocidad, decidió que se marchasen indemnes, puesto que, impedido por el peso del armamento, no estaba en condiciones de perseguirlos.” (Amm. 16.2.6).

Las masacres perpetradas contra los bárbaros, ya fuera dentro como, especialmente, fuera del territorio romano, respondían a una estrategia disuasoria. De esta manera, el imperio se servía del terror como arma de guerra para convencer a los pueblos germánicos de que no atacaran las fronteras y de que respetaran la soberanía de Roma (Norris, 2005, p. 42). Por ello, antes de llegar a cualquier acuerdo con los bárbaros, era necesario que estos hubieran experimentado el miedo a las campañas bélicas del imperio, para que fueran más proclives a respetar las fronteras y aceptar las condiciones impuestas por Roma (Mattern, 1999, p. 83). Esta estrategia defensiva no va desligada del interés económico, ya que con sus incursiones al otro lado del *limes* Roma conseguía importantes recursos, tanto en bienes materiales como en seres humanos (Rossignol, 2018, pp. 32-33).

El uso de esta violencia como parte de la estrategia defensiva romana se encuentra evidenciado en los tratados militares de la época, como el *Epitoma rei militaris* de Vegecio, donde aconseja usar el hambre, los ataques por sorpresa y el terror para derrotar al enemigo: (Sanz Casasnovas, 2022, p. 258).

“Es mucho mejor derrotar al enemigo por hambre, sorpresa o terror que en batallas campales pues, en última instancia, la fortuna ha tenido a menudo más cuenta que el valor. Tales empeños resultan mejores cuando el enemigo los ignora completamente hasta el instante en que se ejecutan. En la guerra, se depende más a menudo de la casualidad que del valor.” (Veg. *Mil.* 3.26.4).

La utilidad del terror para forzar la rendición de los bárbaros aparece también evidenciada en los propios discursos del emperador Juliano. En su *Carta al Senado y al pueblo de Atenas* habla así de su campaña contra los camavos:

“Tanto miedo inspiré a todos y tanto los aterroricé con los preparativos de mi invasión que, inmediatamente, recibí rehenes y conseguí para mis envíos de víveres un transporte perfectamente seguro.” (Julian, *Or. 5.* 280b).

El objetivo de estos ataques, por lo tanto, era aterrorizar al enemigo, pero también privarlo de su medio de vida. Con esto no sólo se conseguía evitar que se convirtiera de nuevo en una amenaza en el futuro, sino también que se sometiera con más facilidad a las condiciones impuestas por Roma. Por lo tanto, el relato de Amiano está plagado de referencias a saqueos, quema de aldeas y de cosechas y sacrificio del ganado (Amm. 14.10.7; Amm. 17.1.4-5; Amm. 17.10.6-9; Amm. 17.12.4-6; Amm. 17.13.14-16; Amm. 18.2.7; Amm. 18.2.15; Amm. 24.2.3; Amm. 24.4.2; Amm. 24.5.2; Amm. 24.7.2; Amm. 27.19.7; Amm. 28.2.14; Amm. 29.4.5; Amm. 30.5.13). Estas campañas eran sufridas especialmente por los pueblos que vivían al otro lado del limes germánico y del danubiano, donde las expediciones de castigo podían realizarse sin temor a despertar la ira de una gran potencia, como sí que ocurriría en el caso de una intervención armada en su frontera oriental, contra el Imperio Sasánida (Sanz Casasnovas, 2022). En relación con este objetivo de destruir totalmente al enemigo también estaba la masacre, explicitada en numerosas ocasiones por Amiano, de mujeres, ancianos y niños:

“Entonces Valentiniano forzó el paso y avanzó todo lo posible, asesinando sin distinción de edad a las personas a las que se iba encontrando en su inesperado ataque. Quemó sus hogares y volvió sin perder a ninguno de los que llevaba bajo su mando.” (Amm. 30.5.14)

“Envió con el tribuno de los cornutos Bainobaudes a la infantería ligera auxiliar, dispuesta a realizar una hazaña memorable, si le asistía la fortuna; ellos, ahora caminando por lo menos profundo, otras veces subidos a los escudos, a modo de barcas, llegaron navegando a una isla cercana, y desembarcando, degollaron como reses a hombres y a mujeres por igual sin ninguna distinción de edad. Encontrando unas lanchas libres y navegando en ellas, aunque eran inestables, desolaron de este modo multitud de lugares; y cuando les venció el hartazgo de matar, cargados con lo mejor del

botín, parte del cual perdieron por la fuerza de la corriente, volvieron todos incólumes.” (Amm. 16.11.9).

Como se puede observar, la violencia en el entorno fronterizo estaba tan interiorizada que en ocasiones los soldados saqueaban y mataban incluso cuando iba en contra de las órdenes. Un elocuente ejemplo de ello lo encontramos en Amm. 29.4.5, donde Valentiniano ordena expresamente al ejército que se abstenga de saquear los territorios alamanes, puesto que el objetivo es capturar al rey Macriano, y las llamas y el escándalo alertarían de su presencia. Sin embargo, los soldados acaban haciendo caso omiso, y el rey alamán se entera de los planes romanos y consigue huir. En otras ocasiones los soldados pudieron mantener la compostura, pero las dudas que manifestaban los emperadores sobre ello son suficientes para entender que no sería la primera vez que se extralimitaban y acababan saqueando el territorio aún sin habérselo ordenado. Estas son precisamente las sospechas de Juliano cuando, antes de marchar contra los alamanes hostiles, decide no pasar por la región del rey alamán Hortario, con el que ya tenía un pacto, por si la brutalidad de los soldados les lleva a devastar el territorio y con ello romper el acuerdo (Amm. 18.2.7).

3.5. Las rendiciones de los pueblos germánicos. Estudios de caso.

Una vez comprendido el proceso que llevaba a la rendición, es decir, la masacre de los pueblos del otro lado del Rin y del Danubio, resulta necesario hacer un repaso por los ejemplos de rendiciones que nos ofrece Amiano, puesto que gracias a ello podremos observar los rasgos comunes que caracterizaban estos procesos. En este capítulo se expondrán los diversos pasajes en los que tienen lugar estas rendiciones, obviando la de los isauros, que no son un pueblo del *Barbaricum* y cuya capitulación ya ha sido comentada previamente.

3.5.1. Los alamanes a Constancio II (354)

Corría el año 354 cuando Constancio II marchó contra los alamanes liderados por Gundomado y Vadomario, los cuales acostumbraban a realizar incursiones que devastaban el territorio galo limítrofe con sus fronteras. Cuando Constancio II consiguió

cruzar el Rin, los alamanes “enviaron una embajada de nobles para solicitar el perdón de sus delitos y la paz” (Amm. 14.10.10), postrándose en actitud sumisa ante el emperador. Después de retener a sus legados e iniciar la deliberación, Constancio II concluyó que era adecuado otorgarles la paz, porque “se solicitaba en condiciones razonables y era adecuada a las circunstancias” (Amm. 14.10.10).

Aun así, se vio en la necesidad de convocar una asamblea militar para justificar la decisión a sus soldados, que habían esperado impacientes una larga planificación para la campaña, pero con la decisión de conceder la paz se habían visto privados del combate y del saqueo al que acostumbraban en estas situaciones. Defendió su postura argumentando que la paz “acabaría con las incertidumbres de la guerra”, permitiría convertir al ejército enemigo en tropas auxiliares y someter bajo el yugo romano a los alamanes sin necesidad de derramar sangre. Además, siguiendo la postura filantrópica, Constancio II habla de “mitigar de modo incruento el orgullo de su salvajismo” (Amm. 14.10.14), para que no sean un problema para las provincias. De acuerdo con la filantropía, el propio Constancio II se presenta por boca de Amiano como un “príncipe de la paz”, decidido a ser “moderado cuando le favorece la fortuna”. Afirma que estos actos no son de cobardía, sino de “moderación y humanidad” (Amm. 14.10.15).

Una vez conseguida la aceptación de los soldados, se firma “el tratado de paz según la costumbre de estos pueblos y acabada la ceremonia” el emperador se dirigió a Milán. Amiano ofrece aquí unos primeros indicios de la *rex*, la ceremonia por la cual los pueblos germánicos pedían paz a los emperadores, que sigue un patrón que podremos observar con más detalle más adelante.

3.5.2. Los alamanes a Juliano (357)

Después de asestar una decisiva derrota a los alamanes en la batalla de Estrasburgo en el 357, Juliano decidió cruzar el Rin para evitar cualquier intento de contraofensiva por parte de los alamanes. Con 800 soldados consiguió forzar la huida de los alamanes, mientras saqueaba sus granjas desprotegidas y arrasaba las aldeas que se encuentra a su paso, además de restaurar una fortificación de tiempos de Trajano en el territorio de los alamanes. Como respuesta, éstos “pidieron la paz con unas súplicas de extrema bajeza a través de unos compromisarios que enviaron” (Amm. 17.1.12). Este es

el primer testimonio que ofrece Amiano sobre la ceremonia de la *prex*. Esta consistía en que una embajada de personajes destacados del pueblo en cuestión –en su mayoría nobles y reyes– solicitaba audiencia al general o emperador romano. Si les era concedida, escenificaban una serie de rituales de humillación en los cuales suplicaban al emperador que les perdonara sus crímenes y les concediera la paz. Aunque Amiano refuerza el patetismo de esta ceremonia, esta jugaría un papel importante en la diplomacia fronteriza, y escenificaría la sumisión de un pueblo que, tras haber soportado una masacre o el saqueo de sus territorios, quedaba a disposición de Roma. Finalmente, la paz solía acordarse mediante el intercambio de regalos y la realización de un juramento (*exsecratio*), pronunciado en la lengua materna de los suplicantes (Sanz Casasnovas, 2022).

Sobre esta ceremonia de rendición, Amiano ofrece algunos detalles en el caso que nos ocupa, la rendición de los alamanes a Juliano en el año 357:

“Con esta garantía se presentaron al fin tres reyes muy corpulentos, ya en ese tiempo atemorizados, de aquellos que enviaron ayuda a los vecinos en Estrasburgo, jurando con una fórmula solemne según sus ancestrales costumbres, que no emprenderían rebelión alguna, sino que, sin atacar la fortificación, mantendrían los pactos hasta la fecha fijada.” (Amm. 17.1.13). Finalmente, los alamanes se comprometieron a respetar la fortificación que Juliano había levantado en su territorio, y a aprovisionarla en caso de que fuera necesario (Amm. 17.1.13).

3.5.3. Los francos a Juliano (357)

En el 356, el pueblo franco había acordado una paz con el Imperio Romano (Amm. 16.3.2). Sin embargo, al año siguiente Severo, *magister equitum*, se encontró en Germania Secunda con un escuadrón de caballería franco, de unos 600 (Amm. 17.2.1) jinetes, saqueando poblaciones desprotegidas. Juliano consiguió rodear a los francos, los cuales, desgastados por la falta de alimento, se entregaron y fueron enviados a Constancio II (Amm. 17.2.3). Estos prisioneros acabaron siendo reclutados como tropas auxiliares, como evidencia Juliano en su discurso *A los atenienses*, 280, en el que declara haber enviado nuevas tropas a la corte de Constancio.

3.5.4. Los francos salios a Juliano (358)

Este episodio se enmarca dentro de la tercera guerra germánica, que en el relato de Amiano transcurre entre el pasaje 17.8.1 y el 17.11.4. En este caso, Juliano se enfrentó a los francos salios, que habían acampado en suelo romano, al oeste del río Mosa. Cuando se acercaron a ellos, una primera embajada de los salios les salió al encuentro. Propusieron la paz en estos términos: que mientras estuvieran tranquilos en sus territorios, nadie los atacara ni los maltratara. Juliano, “después de examinar a fondo el asunto y de proponerles a ellos unas complejas condiciones, despidió a los parlamentarios con obsequios” (Amm. 17.8.3). Sin embargo, en realidad Juliano no estaba dispuesto a negociar. Engañó a los diplomáticos salios, aceptando su paz, pero siguiéndolos después y atacando al pueblo salio por sorpresa. Sólo entonces, “cuando ya más elevaban súplicas que resistencia, dando un giro hacia la oportuna posición de la clemencia, como resultado de la victoria, aceptó su rendición junto con todos sus bienes y sus hijos” (Amm. 17.8.5).

Este ejemplo ilustra a la perfección algo que analizaremos más adelante: el deseo de Roma por aceptar únicamente rendiciones incondicionales de manos de los bárbaros. A Juliano no le interesaba la oferta inicial de los francos salios, puesto que se hacía en igualdad de condiciones y suponía que este pueblo saliera indemne después de haber entrado en las fronteras del imperio. En cambio, se asegura de masacrarse y debilitar a los salios para que, en vez de obtener una paz igualitaria, pueda hacerse con una rendición incondicional de los salios, con lo que ello supone: trasladar el mensaje de la superioridad romana y, sobre todo, hacerse con sus bienes y con sus jóvenes, que podrán servir en el ejército como auxiliares.

3.5.5. Los camavos a Juliano (358)

Después del ya comentado ataque sorpresa de Juliano a los francos salios, ataca también a los camavos, pueblo germano de la orilla oeste del Rin. En este caso, el resultado es el mismo que en otras de las masacres perpetradas a los bárbaros ya mencionadas: consiguen aniquilar a algunos, a otros los hacen prisioneros, y el resto salen huyendo. A continuación, los camavos realizan la ceremonia de la *prex*, rogando la paz a Juliano:

“Poco después, cuando los emisarios de estos fueron enviados a hacer las peticiones y a negociar por sus intereses, postrados en tierra ante sus ojos, les concedió la paz, con la promesa de que regresarían incólumes a sus territorios.” (Amm. 17.8.6).

3.5.6. Los reyes alamanes Suomario y Hortario a Juliano (357)

Mientras el *magister equitum* Severo dirigía al ejército, le salió a su encuentro el rey alamán Suomario, antes “feroz y encarnizado en la destrucción de Roma”, pero que después de los desmanes sufridos por los alamanes, se conformaba con mantener sus propiedades. En este momento, Suomario se somete a Severo realizando la ceremonia de la *rex*, tras lo cual consigue la paz, a cambio de devolver a los prisioneros romanos y prometer aprovisionamiento al ejército:

“Puesto que su semblante y su actitud lo presentaban como suplicante, una vez recibido se le indicó que tuviera buen ánimo y serenidad, y haciendo total dejación de su poder, rogó la paz de rodillas. Y la consiguió, junto con el perdón de lo pasado, bajo estas garantías: devolvernos a los prisioneros y, siempre que fuera necesario, proporcionar víveres al ejército contra un recibo por las entregas de acuerdo con las condiciones de los recaudadores de tributos de ínfima categoría; y si estas garantías no se presentaban en el plazo, que supiera que de nuevo sufriría el apremio de la muerte.” (Amm. 17.10.4)

A continuación, Juliano dirigió a sus hombres al territorio de otro rey alamán, Hortario. De nuevo, la zona se vio víctima del saqueo, quemaron los campos, robaron el ganado y mataron a quienes se los oponían, hasta que Hortario “al contemplar ya los últimos escombros de sus bienes también él suplicó el perdón, dispuesto a hacer lo que se le ordenase; bajo juramento, se comprometió a devolver a todos los prisioneros -pues esto era lo que más interesaba-; y entregó a unos pocos, reteniendo a la mayor parte” (Amm. 17.10.7-8).

Después de una breve disputa por los prisioneros, Juliano consiguió la liberación de los suyos, y Hortario, a cambio de conseguir la paz, se compromete a suministrar material de construcción para reconstruir las ciudades saqueadas por los alamanes. La destrucción ejercida por las tropas de Juliano se vio reflejada cuando a Hortario no se le obligó a abastecer a los ejércitos como ocurrió con Suomario, porque, en palabras de

Amiano, “devastados sus dominios hasta la aniquilación, no se había podido encontrar nada que aportase” (Amm. 17.10.9).

3.5.7. Cuados y sármatas a Constancio II (358)

En la primavera del año 358 Constancio II emprendió una campaña bélica contra los cuados y los sármatas que vivían próximos a Panonia, como venganza por sus incursiones en las provincias limítrofes de Panonia y Mesia (Amm. 17.12-13). Consiguió que los sármatas yácigos huyeran y se dispersaran, hasta que, después de devastar sus territorios y masacrar a sus habitantes, acabó doblegando la voluntad de los sármatas y los cuados. Es entonces cuando Amiano reproduce otro detallado ejemplo de la súplica de paz, la *prex*, y sus consecuencias. En primer lugar, el líder sármata Zizais se postró ante el emperador y rogó perdón por sus delitos. Después de él, todos los que lo acompañaban, arrojando sus escudos y venablos, se inclinaron con las manos tendidas en señal de ruego y sumisión (Amm. 17.12.9-10). Además, Zizais iba acompañado por otros reyes y nobles sármatas, que también llevaron a cabo la ceremonia:

“El jefe había llevado, junto a otros guerreros, a los reyezuelos Rumón, Zinafro y Fragiledo, y a muchos nobles, dispuestos a presentar sus ruegos de parecida forma, con la esperanza de ser atendidos; estos, aun transportados de gozo por haberse salvado, juraban compensar sus acciones hostiles con pesadas condiciones y someterse al poder de Roma, con sus riquezas, hijos y esposas, y con todo su territorio.” (Amm. 17.12.11).

Como castigo, los sármatas tuvieron que devolver a todos los prisioneros romanos, además de entregar sus propios rehenes y prometer someterse a los designios romanos en el futuro (Amm. 17.12.12).

Los cuados, por su parte, también debieron rendirse ante Constancio II. De esta manera, el príncipe cuado Arahario se presentó “en pie y con la espalda encorvada, según sus costumbres”, y entregó rehenes a los romanos como garantía de que iban a respetar lo acordado y como pago por sus fechorías (Amm. 17.12.13-14).

Como Arahario pudo conservar su vida, otros reyes imploraron que se les hiciera lo mismo, para salvarse de la ejecución. Como garantía, tuvieron que entregar a los hijos de los nobles, además de devolver los prisioneros romanos (Amm. 17.12.16).

A continuación, Constancio II dirigió sus fuerzas contra los sármatas limigantes. Estos, al ver al ejército romano “formularon ruegos por su vida, se comprometieron a un tributo anual, a una leva de la más vigorosa juventud y a la sumisión” (Amm. 17.13.3). Sin embargo, finalmente los limigantes decidieron plantar batalla al emperador, por lo que acabaron siendo masacrados. La venganza de Constancio II fue terrible, y los limigantes vieron cómo sus asentamientos eran arrasados y sus familias, incluyendo mujeres y niños, esclavizadas: “arrancados a sus míseras chozas, mezclados en edad y en sexo; y abolida la pompa de su vida anterior, llegaban a lo más ínfimo de la sumisión servil. Transcurrido un mínimo intervalo de tiempo, se veían montones de cadáveres y filas de prisioneros” (Amm. 17.13.12). Ante estas calamidades, los limigantes acabaron entregándose y suplicando la paz (Amm. 17.13.22). Como detallaremos más adelante, la rebelión de los limigantes se zanjó con una deportación de estos, que tuvieron que abandonar las tierras que habían ocupado, mientras los conocidos como sármatas libres eran reasentados en ellas (Amm. 17.13.22-23).

3.5.8. Los alamanes ante Juliano (359)

Siguiendo su objetivo de asegurar la Galia, Juliano organizó en el año 359 una campaña militar contra aquellos grupos de alamanes que todavía no se habían sometido ante Roma. Para ello, cruzó el Rin y, después de atravesar sin incidentes los territorios de Hortario, con quien ya había llegado a un pacto, desató la violencia extrema contra los alamanes hostiles. (Amm. 18.2.15).

La estrategia tuvo el efecto deseado una vez más, y los reyes alamanes Macriano, Hariobaudes y Vodomario pidieron angustiados la paz (Amm. 18.2.16-18). Sin embargo, ésta solo fue concedida a los dos primeros, ya que Vodomario pidió la paz también en representación de otros tres reyes alamanes, partícipes de la batalla de Estrasburgo: Urius, Ursicino y Vestralpo. Sus ruegos no fueron contestados y, en su lugar, Juliano atacó los dominios de Vodomario, arrasando sus granjas y capturando y masacrando a su población. Fue sólo entonces, cuando “pidieron igualmente clemencia,

como si fueran ellos los que hubiesen cometido tales fechorías contra los nuestros, se hicieron merecedores de la paz en similares condiciones.” (Amm. 18.2.19). El motivo era que se pretendía conseguir una rendición incondicional y debilitar lo máximo posible a los alamanes de Vodomario, temiendo que estos pudieran recuperarse y amenazar de nuevo las fronteras una vez que el ejército romano se hubiera ido. Amiano, lejos de ocultar esta estrategia, se dedica a explicarla:

“... no fuera a ser que los bárbaros, cuya fidelidad a los pactos es más laxa, se recuperaran tras la marcha de los nuestros y permanecieran en paz poco tiempo, gracias a lo conseguido por intercesión de otros.” (Amm. 18.2.18).

3.5.9. Los sármatas limigantes ante Constancio II

El siguiente pasaje es un ejemplo de cómo las rendiciones podían usarse también para tender una trampa al emperador romano. En este caso, los sármatas limigantes abandonaron los territorios a los que habían sido deportados por los romanos en el 358 (Amm. 17.3.23) y se prepararon para entrar en Panonia y saquearla en invierno. Constancio II reunió un ejército, y mandó a dos tribunos junto con dos traductores a los limigantes, para averiguar por qué habían abandonado las zonas a las que fueron deportados (Amm. 19.11.5). Estos pidieron perdón y rogaron que les dejara cruzar el río para expresarle al emperador sus problemas. Además, se declararon “dispuestos, si esto parecía bien, a aceptar territorios apartados dentro del Imperio romano, de modo que se someterían a las cargas y al nombre de pueblo tributario” (Amm. 19.11.6).

Constancio II, siguiendo su habitual doctrina filantrópica, decide dejarles pasar, con la esperanza de que pudiera conseguir nuevos súbditos que aportaran tropas y tributos (Amm. 19.11.7). Aun así, tomó medidas cautelares, sabiendo que la entrada de un gran contingente bárbaro podía descontrolarse y ocasionar problemas: levantó una empalizada y ordenó que la flota del Danubio patrullara la zona del río implicada, para atacar a los limigantes por la retaguardia en caso de rebelión (Amm. 19.11.8-9). Los limigantes acudieron ante el emperador en actitud sumisa, y con apariencia de querer realizar la *prex* suplicando la paz. Sin embargo, cuando el emperador fue a hablarlos como a sus futuros súbditos, los limigantes se lanzaron contra él (Amm. 19.11.10). A pesar del riesgo, el emperador pudo ponerse a salvo, y todos los sármatas fueron

masacrados, hablando Amiano de “pilas de muertos” y del “completo exterminio” de los sármatas (Amm. 19.11.15).

3.5.10. Los francos atuarios a Juliano (360)

Juliano, que había sido coronado Augusto recientemente, una vez que vio que Constancio II no mandaba su ejército contra él, decidió cruzar el Rin y atacar por sorpresa a los francos atuarios (Amm. 20.10.1). Este pueblo germánico, que no esperaba el ataque, fue derrotado con facilidad. De esta manera, después de masacrar y capturar a sus miembros, tras las súplicas de los supervivientes, les concede la paz:

“Después de capturar y de matar a muchos, ante las súplicas de los supervivientes, les concedió la paz, creyendo que esto beneficiaría a los que habitaban en las tierras vecinas.” (Amm. 20.10.2).

Esta incursión parece deberse más a la necesidad de legitimación de Juliano que a una verdadera estrategia defensiva en las Galias, aunque sin duda alguna habría servido para ambos objetivos. El ataque sorpresa es útil a los intereses defensivos de Roma, puesto que Amiano menciona que los francos atuarios “se paseaban orgullosos por la frontera de las Galias” (Amm. 20.10.2), pero no da muestras de que fueran una amenaza importante ni de que hubieran asolado ninguna región. Además, el propio Amiano admite que la campaña de Juliano se vio también motivada porque quería mantener el gran apoyo que tenía entre sus tropas, y evitar que “nadie le tildara de remiso e indolente” (Amm. 20.10.1). De esta manera, el recién coronado Augusto necesitaría asegurar la legitimación para ocupar ese puesto y mantener el apoyo de sus hombres. Esto podía lograrse con una campaña fácil y rápida sobre un enemigo desprevenido, que otorgaría al emperador el prestigio de la victoria y permitiría obtener botín fácilmente a los soldados que acababan de apoyarle como Augusto.

3.5.11. Los sármatas a Valentiniano (374)

Las hostilidades con los cuados y sármatas en tiempos de Valentiniano comenzaron cuando este emperador ordenó construir un campamento defensivo al otro lado del Danubio. Los cuados, que habitaban el territorio donde había de instalarse el

campamento, mandaron una embajada para intentar retrasar la construcción, pero sin éxito. Por ello el rey de los cuados, Gabinio, acudió en persona a rogar que no se construyera nada nuevo. El general Marceliano le invitó a un banquete y le mató, en un gesto profundamente criticado por Amiano (Amm. 29.6.5). Como consecuencia, los cuados se rebelaron, y los sármatas se unieron a ellos. Cruzaron el Danubio y causaron estragos en Panonia, masacrando a sus habitantes indefensos y obteniendo numerosos prisioneros, además de derrotar a dos legiones (Amm. 29.6.6-14). Finalmente, la intervención de Teodosio, el futuro emperador, permitió contener a los cuados y sármatas, los cuales sufrieron severas derrotas. Amiano llega a decir que “les acosó de tal modo que llegó a saciar a las aves y las fieras con un auténtico banquete de cadáveres” (Amm. 29.6.15). Ante esto, los sármatas, temiendo que pudieran ser completamente exterminados, rogaron la paz y el perdón. De esta manera, después de haber sido diezmados, volvieron a respetar el tratado de paz (Amm. 29.6.16).

3.5.12. Los cuados a Valentiniano (375)

En la primavera del año 375 Valentiniano emprendió otra ofensiva contra los cuados y los sármatas, que habían cruzado el *limes* y devastado Panonia. Decidió no investigar el asesinato del rey cuado Gabinio que, como se mencionó antes, fue el *casus belli* que llevó a los cuados a atacar Panonia. En su lugar, Valentiniano cruzó el Danubio y penetró en el interior del territorio de los cuados, devastando todo lo que se encontraba a su paso, incluyendo ancianos y niños:

“Entonces Valentiniano forzó el paso y avanzó todo lo posible, asesinando sin distinción de edad a las personas a las que se iba encontrando en su inesperado ataque. Quemó sus hogares y volvió sin perder a ninguno de los que llevaba bajo su mando.” (Amm. 30.5.14). Como consecuencia a este brutal ataque, los cuados enviaron unos mensajeros suplicando la paz. Para que Valentiniano no se negara, los cuados prometieron entregar a cambio tropas y todo lo que los romanos necesitaran (Amm. 30.6.1). Para realizar la rendición, los legados fueron introducidos en el consistorio, donde, encorvados en postura de humillación, “se les ordenó entonces exponer sus razones, ante lo cual ofrecieron todas sus excusas y las ratificaron con un juramento” (Amm. 30.6.2). Entonces los cuados argumentaron que su ataque había sido provocado por la construcción de un campamento defensivo romano dentro de sus territorios. Fue

entonces cuando Valentiniano, preso de la ira, insultó a los legados y a todo el pueblo de los cuados, acusándolos de haber olvidado sus pactos con Roma. Cuando parecía más calmado, sufrió un ataque de apoplejía que hizo que tuviera que ser retirado a su lecho, donde moriría poco después (Amm. 30.6.3-6).

3.5.13. Los alamanes lentienses a Graciano (377)

En otoño del año 377, cuando Graciano había heredado el trono de Valentiniano, los alamanes lentienses cruzaron el Rin y devastaron la Galia, rompiendo un pacto que habían firmado con Roma en el 354 (Amm. 15.4.1). El origen de la invasión está en que un lentiense que servía en el ejército romano había vuelto a su hogar para atender sus negocios, donde dijo que Graciano iba a marchar hacia Oriente, dejando desatendidas las Galias (Amm. 31.10.3). Entonces los lentienses reunieron a 40.000 hombres y cruzaron el Rin, dispuestos a saquear las Galias. Graciano, al enterarse de esto, envió a Malobaudes, rey de los frances, y a Nanieno, comandante de las tropas imperiales (Amm. 31.10.6), que infligieron una grave derrota al contingente germano, ya que sólo 5.000 pudieron escapar (Amm. 31.10.10). Entonces Graciano cruzó el Rin, dispuesto a castigar la traición de este pueblo. La situación de los lentienses era desesperada, tal y como narra Amiano: "...los lentienses, derrotados hasta la práctica desaparición de su pueblo, asustados ante la repentina llegada del príncipe..." (Amm. 31.10.12), por lo que se refugiaron en las colinas. Perseguidos por Graciano, los lentienses se rindieron al emperador, entregando parte de su juventud para que sirviera en el ejército romano:

"Los lentienses, al observar el tesón con el que eran perseguidas sus vidas, suplicaron una rendición, que fue aceptada y, tal como se dispuso, nos entregaron a sus jóvenes más destacados para que formaran parte de nuestro ejército. A cambio, sin más castigos, se les permitió volver a la tierra donde habían nacido." (Amm. 31.10.17).

3.6. La rendición de ciudades en Oriente

Todos los casos que se han analizado hasta ahora tuvieron lugar en la frontera formada por los ríos Rin y Danubio, y tienen unas características comunes: se trata de rendiciones realizadas por pueblos germánicos que, a pesar de que representan una

amenaza potencial para Roma, no pueden plantear una guerra en igualdad de condiciones que el Imperio romano. Es por ello que, si el emperador es capaz de hacer un buen uso de sus recursos y las circunstancias lo permiten, puede conseguir una rendición incondicional de estos pueblos.

Estas características son muy diferentes a las que se observan en la frontera oriental. Allí la guerra se libra contra el Imperio sasánida, capaz de igualar en condiciones al romano, por lo que ninguno de los dos se ve en una situación tan desesperada como para formular una rendición incondicional. Sin embargo, lo que sí que aparece en el relato de Amiano son rendiciones de ciudades concretas que, por tener sus propias circunstancias y ceremonial, merecen tener un lugar en este trabajo.

En la obra de Amiano es posible rastrar dos rendiciones de ciudades sasánidas, las dos enmarcadas dentro de la campaña bética de Juliano contra el Imperio sasánida.

3.6.1. La rendición de Anathas

La primera de ellas es efectuada por la fortaleza de Anathas (Fig. 1), en la ribera del Éufrates. Para someterla, Amiano envió al conde Luciliano con mil soldados de infantería ligera embarcados en naves aprovechando la oscuridad de la noche (Amm. 24.1.6). Después, una vez que sus tropas fueron descubiertas, llegó él mismo con máquinas de asedio (Amm. 24.1.7). Viendo que el combate por la ciudad ocasionaría muchas bajas, aconsejó a los defensores rendirse, y lo logró gracias a Ormisda, príncipe de origen persa que se había pasado al bando romano:

“Cuando llegó junto a los muros, como pensó que la lucha iba a suponer grandes peligros, con palabras suaves, pero duras y amenazadoras al mismo tiempo, aconsejó a los defensores que se entregaran. Estos pidieron hablar con Ormisda y, con las promesas y los juramentos de éste, se convencieron de que podían esperar muchos beneficios de la generosidad romana.” (Amm. 24.1.8).

Una vez se había decidido la entrega de la ciudad, sus habitantes realizaron su propia ceremonia de súplica de la paz, con características propias no observadas en la *rex* de los pueblos germanos, como la procesión tras un buey coronado:

“Finalmente, llevando ante ellos un buey coronado, que entre ese pueblo es una prueba de aceptación de la paz, descendieron suplicantes.” (Amm. 24.1.9)

En este caso, Amiano señala que sus habitantes fueron tratados “de forma muy humana”, ya que se respetaron sus vidas y sus pertenencias, y fueron trasladados a la ciudad siria de Calcis. Sin embargo, la fortaleza no corrió la misma suerte y, en consonancia con la estrategia de tierra quemada de Juliano, fue arrasada (Amm. 24.1.9). El buen trato que reciben los habitantes de Anathas, que conservan sus posesiones y sus vidas intactas puede relacionarse con el hecho de que rindieran la fortaleza antes del combate. Esto contrasta enormemente con las situaciones en las que la ciudad es tomada por la violencia después de un largo asedio, ya que en estos casos sus habitantes son masacrados y hechos prisioneros, como ocurre con Maiozamalcha, donde “sin que se hiciera distinción de sexo o edad, el dominio de los enfurecidos atacantes acabó con todo lo que se encontraron” (Amm. 24.4.25).

3.6.2. La rendición de Pirisábora

Otro caso en el que se puede documentar la rendición de una ciudad sasánida es en el asedio de Pirisábora, ciudad amplia y rodeada de agua. Después de rodear la ciudad, Juliano intentó dialogar con sus defensores, pero esta vez el resultado fue diferente al obtenido en Anathas: “Después de intentar recurrir una y otra vez al diálogo, viendo que no se plegaban ni a sus promesas ni a sus amenazas, comenzó un sitio en el que rodearon las murallas con tres líneas de soldados armados” (Amm. 24.2.9).

En mitad del asedio, los defensores pidieron hablar con Ormisda, el príncipe persa al servicio de Juliano, pero cuando éste se acercaba a las murallas, sólo recibía insultos y acusaciones de traición (24.2.11). Finalmente, al ver Juliano que no era capaz de abrir una brecha en las murallas, decidió construir una helépolis, una enorme torre de asedio que ya había sido utilizada por Demetrio Poliorcetes (Amm. 24.2.18). En ese momento los defensores, al ver la gran torre de asedio, decidieron rendir la ciudad y “se dispusieron súbitamente a la súplica y, dispersándose entre las torres y las altas murallas, reclamaron con las manos extendidas la lealtad romana y rogaron que se les perdonara la vida” (Amm. 24.2.19). Entonces Mamersindes, que estaba al mando de los defensores, se entrevistó con el emperador para acordar la rendición. En este caso, si bien no se permitió a los habitantes conservar sus posesiones, sí que se respetaron sus vidas. Una vez firmada la paz “según los ritos sagrados de su pueblo”, los defensores

abrieron las puertas y abandonaron la ciudad (Amm. 24.2.21), después de lo cual Juliano tomó las provisiones y armas que pudo y quemó el resto, junto con la propia ciudad (Amm. 24.2.22).

3.7. Las consecuencias de la rendición

Como se ha podido observar, las rendiciones de los pueblos bárbaros resultaban muy beneficiosas para Roma. No solo porque consiguieran debilitar temporalmente a un potencial enemigo y asegurar la paz por unos años en la frontera, sino también porque el Imperio romano supo sacarle partido a estas rendiciones, obteniendo de ellas pagos y hombres para el ejército, además de ventajas estratégicas. Por otro lado, el cumplimiento de estas obligaciones llegó a ser en ocasiones muy perjudicial para los pueblos germánicos, privándoles de parte de sus varones jóvenes, de sus recursos o incluso del lugar que habitaban, como se comprobará más adelante.

3.7.1. El pago de suministros

Una de las cláusulas más habituales en las rendiciones era la entrega de determinados suministros a Roma, que solían ser usados para mantener el ejército o reparar los lugares atacados por los bárbaros.

Un ejemplo lo encontramos en las condiciones de la rendición de Suomario. Este rey alamán, que tuvo que rendirse ante Juliano, se vio obligado a proporcionar víveres al ejército basándose en las demandas de los recaudadores de tributos, con la advertencia de que si no suministraba los alimentos exigidos dentro del plazo, sería condenado a muerte (Amm. 17.10.4).

Por su parte, los sármatas limigantes tuvieron que comprometerse a un tributo anual al rendirse ante Constancio II en el 358 (Amm. 17.13.3). De igual manera, los cuados que fueron enviados ante Valentiniano en el 375 prometieron entregar todos los suministros que exigieran los romanos con tal de conseguir la paz (Amm. 30.6.1).

En ocasiones, la destrucción creada por las tropas romanas es tan grande que el pueblo atacado no es capaz de comprometerse a ningún tipo de pago ni suministro. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, con el rey alamán Hortario, a quien “no se le pudo obligar al abastecimiento como a Suomario, porque, devastados sus dominios hasta la aniquilación, no se había podido encontrar nada que aportase” (Amm. 17.10.9). Sin embargo, sí que tuvo que comprometerse a enviar carros y materiales de construcción (Amm. 17.10.8). Más adelante, en el año 359, los alamanes de Hortario, basándose en lo acordado en su rendición, tuvieron que enviar este material de construcción cuando Juliano se dispuso a reparar y fortificar siete ciudades destruidas de la Galia (Amm. 18.2.6).

3.7.2. Devolución y entrega de prisioneros

Amiano Marcelino deja claro en su narración que una de las prioridades de los emperadores a la hora de acordar los términos de la rendición de los bárbaros era recuperar a los prisioneros romanos que los pueblos germánicos habían capturado, bien después de una derrota militar o bien a través de incursiones a pueblos y aldeas.

Esto se observa claramente en la campaña de Juliano contra los reyes alamanes Suomario y Hortario, cuando, una vez conseguida la rendición de éstos, tiene lugar un intercambio de prisioneros. Sin embargo, Hortario inicialmente se resiste a entregar a todos los prisioneros romanos, lo que provoca la indignación de Juliano, que usa a modo de baza diplomática a cuatro nobles alamanes que mantenía como rehenes para asegurarse la devolución de todos los prisioneros:

“Bajo juramento, se comprometió a devolver a todos los prisioneros –pues esto era lo que más interesaba– y entregó a unos pocos, reteniendo a la mayor parte. Sabido esto, Juliano, movido a una justa indignación, cuando el rey fue a recibir presentes, según la costumbre, no dejó libres a cuatro condes suyos, en cuya ayuda y lealtad tenía el mayor apoyo, hasta que volviesen todos los prisioneros.” (Amm. 17.10.7-8).

Más adelante, en una carta al Senado y al pueblo de Atenas, Juliano presume de haber recuperado numerosos prisioneros romanos que estaban en manos de los bárbaros, lo que demuestra la relevancia que se le daba al rescate de prisioneros en manos bárbaras. Además, también se vanagloria de haber capturado a mil hombres

bárbaros en edad militar, y de haber enviado a Constancio tropas auxiliares de infantería y de caballería, conseguidas de los pueblos derrotados:

“Tres veces atravesé el Rin, cuando todavía era César; recuperé veinte mil prisioneros de los bárbaros del otro lado del Rin; en dos batallas y un asedio capturé mil hombres, no de los inútiles por su edad, sino de los que estaban en pleno vigor; envié a Constancio cuatro batallones de infantes escogidos, otros tres de calidad inferior y dos escuadrones de caballería que eran los más estimados.” (Julian. *Or.* 5. 280 c-d)

Otro ejemplo lo podemos encontrar en la campaña de Constancio II contra sármatas y cuados. En la rendición de los cuados, el príncipe Arahario, además de entregar rehenes, devolvió a los prisioneros romanos que habían tomado en sus incursiones (Amm. 17.12.16).

3.7.3. Entrega de hombres para el ejército

Las declaraciones de Juliano ante el Senado y el pueblo ateniense evidencian otra práctica habitual en las cláusulas de las capitulaciones de los bárbaros ante Roma: la exigencia de que se les entregaran hombres en edad militar para que fueran integrados en el ejército romano como auxiliares.

Sirven como ejemplo las rendición de los alamanes ante Constancio II, que en su discurso ante sus tropas deja ver que la paz servirá para “convertir a los adversarios en tropas auxiliares” (Amm. 14.10.14). En el mismo sentido se establecen las cláusulas de la rendición de los sajones en el año 370, en las que, antes de ser traicionados por los romanos, con tal de llegar a una tregua “entregaron a muchos jóvenes en edad militar” (Amm. 28.5.4). De igual manera, cuando los cuados fueron a pedir la paz a Valentiniano en el 375, “para no obtener una negativa, prometieron entregar a cambio tropas y cuanto fuera útil para la causa romana” (Amm. 30.6.1).

Esta práctica no solamente era habitual en el Imperio romano, ya que el Imperio sasánida también se servía de los pueblos limítrofes para aumentar los efectivos de su ejército. Amiano relata que Sapor II se hallaba luchando contra los quionitas y los gelanos, tribus hunas que amenazaban su frontera oriental (Amm. 17.5.1) y que

aparecen más adelante siendo comandadas por los persas en el asedio de Amida (Amm. 19.2.3).

El trato que recibirían las tropas bárbaras dentro del ejército romano parece dejar bastante que desear, ya que el relato amianeo refleja que les estaban reservados los peores trabajos. De esta manera, las tropas auxiliares alamanas enviadas por Hortario fueron las encargadas de realizar las tareas más pesadas cuando Juliano ordenó reconstruir y fortificar siete ciudades galas en el año 359 (Amm. 18.2.6).

Sin embargo, la presencia de regimientos extranjeros en el ejército romano no estuvo exenta de problemas.

Un ejemplo lo encontramos cuando Constancio II, en su campaña contra los alamanes del 354, consigue vadear el Rin por la noche. En ese momento, habría podido atacar a los alamanes desprevenidos, si no fuera porque estos acabaron percatándose de la presencia romana. Amiano deja ver que había quien acusaba a tres oficiales de origen alamán de haber avisado mediante mensajes secretos a sus compatriotas (Amm. 14.10.8). Fueran o no ciertas las sospechas que relata Amiano, este pasaje ofrece información sobre dos posibilidades: el peligro real que podía llegar a suponer la integración de miembros bárbaros en el ejército, que podían tener reticencias a la hora de atacar a sus compatriotas o incluso advertirles del ataque o, en caso de que estas sospechas no fueran reales, la desconfianza que podría haber en el ejército a raíz de la integración en él de miembros de los pueblos a los que estaban atacando.

Otro ejemplo puede verse en lo ocurrido con las tropas que los alamanes aportaron con la ya comentada rendición a Constancio II (Amm. 14.10.14). Estas fueron guiadas por sus dos líderes alamanes, Gundomado y Vandomario, pero tras la muerte del primero –al que Amiano califica como el más fuerte y leal de los dos– y en un momento crítico antes de la batalla de Estrasburgo abandonaron al ejército romano y se unieron a los alamanes, por lo visto en contra de la voluntad de Vandomario (Amm. 16.12.17). Con este pasaje Amiano parece querer dejar claro que, en ocasiones críticas, estas tropas auxiliares bárbaras podían abandonar a Roma y unirse a sus antiguos compañeros.

3.7.4. Deportaciones

En determinadas ocasiones la rendición de un pueblo bárbaro podía implicar su traslado forzoso, bien a otro lugar del *Barbaricum* o bien dentro de las fronteras del imperio.

En el segundo caso, al tratarse de un traslado motivado por una derrota militar – que no era la única causa para incorporar extranjeros dentro del Imperio, como muestra la *receptio* de los godos en 376-, se realizaría un reclutamiento muy limitado, y el resto serían distribuidos como agricultores en lugares alejados del Imperio, y en condiciones por lo general bastante desfavorables (Sanz Casasnovas, 2022, p. 292). El Medallón de Lyon ofrece una representación gráfica de ello (Fig. 2).

Sin embargo, el traslado de bárbaros derrotados para que cultivaran tierras dentro del Imperio, especialmente en las zonas más deshabitadas, no era nada nuevo. La Historia Augusta afirma que, tras la victoria de Claudio II contra los godos alrededor del 270, las provincias se llenaron de agricultores godos y el godo se convirtió en un *colonus* (Mathisen, 2010, p. 198). Entre el 297 y el 298 un panegirista del emperador Constancio Cloro (293-306) decía que los desfiles de bárbaros cautivos eran distribuidos y llevados al cultivo de las tierras desiertas que les fueron asignadas, donde asistían a los mercados, pagaban impuestos y estaban sujetos al servicio militar. (Mathisen, 2010, p. 199). Más adelante, en el 310, un panegirista felicitaba a Constantino I, porque el pueblo franco se había asentado en zonas desiertas, donde cultivaba los campos y ayudaba a la defensa del Imperio con sus impuestos y sus levas. Por otro lado, Ausonio hablaba en el año 368 de campos recién cosechados por *coloni* sármatas (Mathisen, 2010, p. 204).

Dentro de la narración de Amiano destaca el traslado de los alamanes en el año 370. Después de que Valentiniano I usara a los burgundios para atacar a los alamanes, Teodosio les asentó el golpe definitivo, y a los que capturó los envió a Italia por orden de Valentiniano, donde “recibieron fértiles tierras y ahora habitan ya en torno al Po en calidad de tributarios” (Amm. 28.5.15). En este caso, el traslado a una región tan lejana de su lugar de origen tiene el claro objetivo de alejarles de su patria y, con ello, destruir su vinculación con su pueblo para que no puedan volver a ser una amenaza (Sanz Casasnovas, 2022, p. 301).

Sin embargo, Roma también tenía la capacidad de obligar a un pueblo a trasladarse a otro espacio del *Barbaricum*, sin llegar a entrar al Imperio. Fue lo que les

ocurrió a los sármatas limigantes después de ser derrotados por Constancio II en el 358. Según Amiano, fueron obligados a “asentarse en otros lugares, tranquilos y apaciguados, de modo que no les fuera posible agitarse en guerra ni revolverse en disturbios” (Amm. 17.13.23). Sin embargo, al año siguiente los limigantes abandonaron los territorios a los que habían sido deportados y se quejaron ante el emperador, en lo que acabaría siendo un intento fallido de *receptio* que terminó con los sármatas siendo masacrados (Amm. 19.11.11-15). A pesar de que Amiano achaca este levantamiento a su “innata fiereza” (Amm. 17.13.23), cabe pensar que seguramente Constancio II no habría enviado a unos enemigos derrotados a unos lugares tan tranquilos y apaciguados como dice Amiano, y que la incomodidad de estos nuevos territorios pudiera motivar la posterior rebelión.

3.8. La rendición incondicional

A lo largo del presente trabajo se han analizado los casos, características y condiciones en las que se establecía la rendición por parte de los pueblos extranjeros hacia Roma en las *Historias* de Amiano Marcelino. Se ha podido observar cómo lo habitual era que esta capitulación viniera después de que el pueblo germánico en cuestión se viera críticamente derrotado o dañado por Roma, y se caracterizaba por un ceremonial en el que la jefatura bárbara imploraba el perdón al emperador, dejando claro que Roma había conseguido someterlos.

El alto número de rendiciones de los pueblos germánicos, catorce en el relato de Amiano, contrasta con los escasísimos ejemplos de paces firmadas con los bárbaros en las que Roma no imponga completamente su autoridad. De hecho, sólo se han podido rastrear tres momentos en los que Amiano hable de “paz” sin que ello implique una clara rendición: una con los francos (Amm. 16.3.2), otra con los godos de Atanarico (Amm. 27.5.9) y otra con alamanes de Macriano (Amm. 30.3.5). Sin embargo, sólo la establecida con los godos de Atanarico y la de los alamanes de Macriano ofrecen los suficientes detalles como para saber con seguridad que se está hablando de una paz en sí misma y no de una rendición disfrazada.

Este gran contraste permite concluir que las rendiciones incondicionales, acompañadas de su respectiva *rex*, eran la norma y la manera estandarizada de poner

fin a una guerra con cualquiera de los pueblos al norte del Rin y del Danubio. Es decir, que cada vez que un emperador emprendía una campaña bélica contra alguno de estos pueblos, esperaría que ésta acabara en una capitulación total del pueblo atacado.

Esto se encuentra en sintonía con las afirmaciones de Barton, para quien “The Romans were glad to dictate a peace settlement to their defeated enemy, but were unhappy at the thought of accepting one or ever negotiating for one” (Barton, 2007, p. 248).

El afán por lograr la rendición total de los pueblos germánicos se vería apoyado por la idea de que cualquier ataque que recibiera el Imperio por parte de los bárbaros suponía un crimen, ya que subvertía la jerarquía natural –siguiendo la idea de que era Roma, con su superioridad económica, tecnológica y moral, la que debía someter a los bárbaros- y, por lo tanto, debía ser vengado (Sanz Casasnovas, 2021, p. 254).

De esta manera, Amiano dice que Constancio II se venga de la traición de los limigantes (Amm. 19.11.17) y califica su campaña contra sármatas y cuados de venganza y castigo “contra unos rebeldes peligrosos” (Amm. 17.3.31), mientras dice que la muerte de Valentiniano le impidió vengar las incursiones de cuados sármatas en el Ilírico (Amm. 30.7.10). En línea con la idea de que cualquier ataque bárbaro desafiaba la jerarquía natural se encuentra la consideración de estos ataques como una “osadía”, palabra que usa Amiano para definir, por ejemplo, los saqueos de los camavos en los territorios fronterizos (Amm. 17.8.5).

Sin embargo, más allá de la justificación ideológica, la necesidad de conseguir que la campaña contra los bárbaros acabara con una rendición de estos se explica claramente por factores más pragmáticos. En primer lugar, como se ha comentado, someter a los pueblos germánicos a una *deditio* les forzaba a aceptar una serie de cláusulas, entre las que normalmente se encontraba la entrega de suministros y de hombres en edad militar para engrosar las filas del ejército romano.

En segundo lugar, que una campaña contra los bárbaros culminara en una derrota definitiva de éstos parecía fundamental para mantener la seguridad de las fronteras. Esta es la idea que traslada Amiano en varias ocasiones. En 28.5.9 se muestra preocupado por la gran capacidad de los alamanes para recuperarse después de los ataques romanos, lo que puede suponer un peligro constante para la seguridad fronteriza. Varias páginas

más atrás, el historiador de Antioquía habla de cómo Valentiniano preparaba una expedición contra los alamanes “según exigía la vigilancia del bien general, ya que se temían movimientos de ataque de este pueblo si es que se recuperaba” (Amm. 27.10.5).

Por lo tanto, se puede observar que la preocupación de derrotar definitivamente a los bárbaros para evitar que se recuperen no estaba sólo en Amiano, sino en varios emperadores de la época, especialmente en Valentiniano, más alejado de la filantropía y cercano a la corriente belicista.

Un ejemplo de ello puede encontrarse cuando Juliano consigue someter a cinco reyes alamanes en su campaña del 359, momento en el que el rey Vadomario le pide la paz en su nombre y en representación de los reyes Urio, Ursicino y Vestrålpo, Juliano decide no concederles todavía la paz. La explicación de Amiano es clara al respecto: “no fuera a ser que los bárbaros, cuya fidelidad a los pactos es más laxa, se recuperaran tras la marcha de los nuestros y permanecieran en paz poco tiempo” (Amm. 18.2.18). Por ello, primero opta por debilitarlos mediante la masacre, la toma de prisioneros y el saqueo, y sólo cuando habían sido diezmados y suplicaban clemencia se les concedió la paz (Amm. 18.2.19).

Durante el reinado de Valentiniano también se vivieron acontecimientos similares. Amiano describe que en el año 370 se otorgó la paz a unos sajones que habían penetrado en la Galia para saquearla, y éstos entregaron a cambio hombres para el ejército romano (Amm. 28.5.4). Sin embargo, cuando los sajones volvían a sus tierras después de firmar la paz, fueron emboscados por las tropas romanas (Amm. 28.5.6). La escaramuza supuso el exterminio de todos los sajones allí presentes, algo con lo que Amiano está totalmente de acuerdo:

“Y aunque si una persona justa examina atentamente esta situación, la considerará pérvida e indigna, lo cierto es que, sí se analiza el resultado, no consideraría tan indigno el que se haya podido finalmente encontrar una ocasión para acabar con esa banda de ladrones.” (Amm. 28.5.7).

Otro ejemplo lo encontramos en la campaña de Valentiniano contra los cuados del año 375. Después de arrasar sus aldeas y matar indiscriminadamente a su población (Amm. 30.5.14), Valentiniano recibió una delegación de este pueblo pidiendo la paz y comprometiéndose a entregar tropas y todo lo que necesitara (Amm. 30.6.1). Antes de

sufrir un ataque de apoplejía, el emperador decidió concederles una tregua porque, en palabras de Amiano, “tanto la escasez de alimento como la estación nada propicia del año impedían atacarles durante más tiempo” (Amm. 30.6.2). Es decir, que si las condiciones fueran más propicias, Valentiniano habría seguido asolando los territorios de un pueblo que ya estaba dispuesto a rendirse, buscando debilitarlos lo máximo posible.

4. LAS PACES

La firma de un tratado de paz o llegar a un acuerdo de paz es la otra forma, junto con las rendiciones, que tenía tanto Roma como sus enemigos en el siglo IV para acabar con los conflictos. Un acuerdo de paz, a diferencia de las rendiciones anteriormente analizadas, implicaba que los dos bandos tenían capacidad para seguir luchando, pero que ambos habían visto que lo más beneficioso era acabar con el conflicto, así que acordaban detener las hostilidades.

A lo largo de la narración de Amiano, Roma establece acuerdos de paz con los sasánidas y con algunos pueblos germánicos, que se detallarán a continuación.

4.1. Paces firmadas con el Imperio sasánida

4.1.1. Tratado de paz del año 289-299

La paz del año 298-299 fue firmada entre Diocleciano y Narsés en Armenia. No conservamos la versión de Amiano sobre ella –aunque seguramente formaría parte de uno de los libros perdidos- pero sí con la narración que ofrece Pedro el Patricio, historiador y diplomático en la corte de Justiniano que jugó un papel clave en la paz con los sasánidas del 562, por lo que su interés por el pasado diplomático con el Imperio sasánida es evidente (Chrysos, 1976, p. 28). A pesar de no figurar en la narración conservada de Amiano, este tratado condicionó las relaciones de Roma con su vecino oriental hasta la gran campaña de Juliano y permite comprender las negociaciones de Constancio II con Sapor II, razón por la cual se ha decidido incluirlo en este apartado.

El tratado de paz del año 298-299 fue la culminación de dos décadas de soberanía militar romana sobre Persia. En el año 283 los romanos llegaron a saquear Ctesifonte, y

en el 298 Galerio obtuvo una importante victoria contra los sasánidas, volviendo a llegar hasta su capital occidental, además de capturar a la familia del rey persa Narsés I. Esta serie de victorias permitió a Roma exigir condiciones muy duras para el sah, que fueron descritas por Pedro el Patricio. El Imperio sasánida perdió un territorio considerable, ya que el río Tigris pasó a constituir la nueva frontera, y los romanos ganaron mucha influencia en Mesopotamia, Armenia e Iberia, ya que las dos últimas volvían a estar bajo la esfera de control romana. Además, importantes ciudades de Mesopotamia como Nísibis estaban ahora bajo dominio romano (Blockley, 1992, p. 173; Drijvers, 2009, p. 449).

Concretamente, los términos del tratado eran los siguientes:

1. Los romanos se hicieron con la posesión de Ingilene, Sofene, Arzanena, Corduena y Zabidcena (Fig. 3).
2. El Tigris era la nueva frontera entre los dos imperios
3. La fortaleza de Zintha, en las fronteras de Media, era la nueva frontera del Imperio sasánida con Armenia
4. El rey de Iberia pasaría a recibir sus símbolos de dignidad real por los romanos
5. Nisibis, en la ribera del Tigris, sería el único lugar donde se podría dar el comercio entre los dos imperios (Blockley, 1984, pp. 33-34).

Las dos primeras cláusulas pretendían consolidar el dominio romano sobre Mesopotamia. Por su parte, el traslado de la frontera del Imperio sasánida con Armenia permitía a Armenia expandirse en su frontera sureste, lo que servía para afianzar la soberanía romana sobre este reino. Esta estrategia estaba relacionada con la cuarta cláusula, que aseguraba el dominio romano sobre el reino de Iberia. De esta manera, Roma se aseguraba el control de los dos reinos del Cáucaso, los cuales eran de gran importancia en su frontera oriental y se los había estado disputando con el Imperio sasánida (Blockley, 1984, p. 34).

Por último, en el tratado se fijó Nisibis como único punto de comercio entre los dos imperios, con lo que Roma buscaba asegurarse los ingresos por impuestos sobre el enormemente lucrativo comercio oriental (Blockley, 1984, p. 35).

Por lo tanto, las cláusulas de este tratado permiten conocer los principales intereses de Roma en su frontera oriental: la ampliación de la frontera hacia

Mesopotamia, el control de Armenia y el sur del Cáucaso y las relaciones comerciales. Estos tres siguieron siendo los ejes principales en las negociaciones y tratados con los sasánidas hasta el siglo VI (Chrysos, 1976, p. 31; Blockley, 1984, p. 35).

4.1.2. Conversaciones de paz entre Constancio II y Sapor II

Entre las paces del 298-299 y 363 se produjo un intento de negociaciones entre Sapor II y Constancio II, en el que tuvieron un rol clave el prefecto del pretorio Musoniano, del lado romano, y el sátrapa de Asiria Tamsapor, del lado sasánida. Cuando los espías romanos ven que Sapor está ocupado combatiendo en el otro extremo de su imperio, en tierras de quionitas y eusenos, el prefecto del pretorio de Oriente, Musoniano, intenta convencer a Tamsapor para que escriba a Sapor II sugiriéndole firmar la paz con los romanos, para poder centrarse en sus otros enemigos (Amm. 17.5.2).

No obstante, lo que le llegó a Constancio II no fue una oferta de paz sin condiciones, como seguramente esperaría Musoniano, sino una reclamación territorial que Constancio II no estaba dispuesto a aceptar. Posiblemente esto se deba a que Tamsapor pudo haber interpretado el deseo de paz de Musoniano como un signo de debilidad. Además, hay que tener en cuenta que Tamsapor contaba entre sus filas con el prófugo romano Antonino, gran conocedor de la administración militar romana (Amm. 17.5.3), que pudo haberle ofrecido información de primera mano sobre la situación militar del Imperio romano. Gracias a él pudo haber sabido que las mejores unidades del ejército romano estaban estacionadas en la Galia y en Iliria, ocupadas en defender estas zonas de las incursiones germánicas. Con esta información, Tamsapor pudo haber informado a su rey de que Constancio II solicitaba la paz por estar en una situación precaria, y Sapor II, creyendo que el emperador romano deseaba una paz a cualquier precio, pretendió sacar el máximo provecho de la situación para colmar así sus aspiraciones territoriales (Barceló, 2022, p. 327).

Así el rey sasánida envió una embajada, que llegó el 28 de febrero de 358 a Constantinopla. Prosiguió su camino hasta la corte imperial de Sirmio, donde entregó a Constancio II la carta de Sapor II (Amm. 17.5.2). En su carta, el Rey de Reyes exigía a Constancio II que entregara Mesopotamia y Armenia, argumentando que le habían sido

arrebatadas a su abuelo, refiriéndose a la paz del año 298-299. Además, la carta llevaba consigo un ultimátum, ya que Sapor II aseguraba que, si la embajada regresaba y el emperador romano no había aceptado los términos, una vez acabado el invierno invadiría el Imperio romano (Amm. 17.5.3-8).

Las exigencias de Sapor II en la carta permiten hacer un análisis de sus intenciones, puesto que no coinciden con los territorios entregados al Imperio sasánida en el tratado del 363. En su carta a Constancio II en el año 358, Sapor II exigía recuperar completamente Armenia y Mesopotamia (Amm. 17.5.3-8). Sin embargo, en el tratado de paz del 363 Roma consigue mantener su dominio sobre Sofene e Ingilene, dos principados del Reino de Armenia (Blockley, 1984, p. 39). De hecho Amiano habla de que, en las negociaciones de este tratado, “el rey reclamaba con gran insistencia lo que él consideraba que, siendo suyo, les había sido arrebatado tiempo atrás por Maximiano” (Amm. 25.7.9). A pesar de ello, estos dos principados no aparecen entre las exigencias del sah.

Tampoco podemos pensar que fuera una exigencia inicial de Sapor II pero los diplomáticos de Joviano evitaran la entrega de estas regiones, porque según Amiano lo único que lograron los romanos en las negociaciones fue el permiso para evacuar Nisibis, Singara y las guarniciones romanas de las fortalezas entregadas (Amm. 25.7.11). Esto puede resultar extraño teniendo en cuenta que fue una paz de urgencia que permitió salvar lo que quedaba de la expedición romana, en la que Sapor II parecería tener un sobrado margen para exigir territorios a Roma. Por lo tanto, esto podría indicar que, o bien la exigencia de poseer toda Armenia en la carta a Constancio II era una propuesta exagerada que buscaba empezar una negociación, o bien Sapor II no se vio con fuerza suficiente, aún tras la victoria de Samarra, para exigir a Joviano que se desprendiera de Armenia en su totalidad.

Sea como fuere, Constancio II no estaba dispuesto a ceder a las exigencias de su homólogo persa, en lo que supone un caso paradigmático de conflicto de intereses en el que las dos partes creen tener razón, de manera que no se encuentran dispuestas a ceder, pues para Constancio II lo conseguido en la paz de Nisibis del 298-299 se había logrado de forma legítima. Barceló (2022, p. 327) señala que esta firme determinación del emperador romano también deja ver su recién reforzada situación de poder, ya que al

momento de responder la misiva había logrado vencer en las campañas del Rin y del Danubio.

De esta manera, Constancio II envió una embajada y una carta con su respuesta, por medio de una delegación compuesta por Próspero, Eustacio y Espectato. Este último era un sobrino de Libanio, y posiblemente fue la fuente a la que acudió Amiano para informarse sobre estas conversaciones de paz (Barceló, 2022, p. 328). En su misiva Constancio II rechazaba las cláusulas ofrecidos por Sapor II, señalando que, aunque no se oponía a la paz, no había estado al tanto de la iniciativa de su prefecto del pretorio y dejando claro que no iba a entregar los territorios exigidos, mientras exigía que los sasánidas dejaran sus intimidaciones, pues no conseguirían nada con la guerra (Amm. 17.5.10-14). A pesar de ello, la misión de la embajada era convencer al Rey de Reyes de que llegaran a una paz que no ultrajara los intereses romanos y que no pusiera ni a Armenia ni a Mesopotamia encima de la mesa. Sin embargo, su misión principal era ganar tiempo y entorpecer los preparativos de Sapor II para la guerra, para que hubiera tiempo de reforzar el sistema defensivo oriental. En vistas a la negativa de Sapor II, el emperador romano envió una segunda embajada, compuesta por Luciano y Procopio, que tampoco tuvo éxito (Amm. 17.5.15). Esta insistencia de Constancio II por la vía diplomática se explica precisamente porque sus medidas para crear una defensa efectiva de la frontera oriental todavía no habían terminado, y él mismo se había visto forzado a quedarse más tiempo del previsto en el limes danubiano, por los combates que mantenía contra los limigantes (Amm. 17.14.3).

4.1.3. Tratado de paz del año 363

El tratado de paz romano-sasánida del año 363 se da en un momento clave y perjudicial para los romanos. La expedición que Juliano había dirigido contra el territorio sasánida, fatigada y hambrienta, se encontraba emprendiendo el viaje de vuelta cuando fue atacada y derrotada por las tropas de Sapor II, muriendo el propio Juliano en la batalla. Como consecuencia, Joviano asume el mando y se ve obligado a firmar un tratado nocivo para los intereses romanos, con tal de que se les permita a él y a sus hombres regresar a casa.

Al contrario que lo que sucede con la paz del año 298-299, la que nos atañe sí que se encuentra entre los libros conservados de la obra de Amiano. Además, al igual que ocurre con el resto de la campaña contra los persas, el historiador antioqueno dedica varias páginas a describir la firma del tratado. Esta comenzó con la llegada de Surena y otro general sasánida, y con el envío de Arinteo y el prefecto Salutio para representar al bando romano. Las negociaciones duraron cuatro días, en los que las tropas seguían viéndose afectadas por el hambre (Amm. 25.7.7).

Las cláusulas del tratado descrito por Amiano (Amm. 25.7.9-12) fueron las siguientes:

1. Roma entrega al Imperio sasánida cinco regiones transtigritanas: Arzanena, Moxoena y Zabdicina, así como Rehimena y Corduena, junto con quince fortalezas.
2. El Imperio sasánida adquiere también las ciudades de Nisibis, Singara y Castra Maurorum, aunque Roma puede evacuar a los habitantes de Nisibis y Singara.
3. Roma debe negar su ayuda al rey Arsaces de Armenia contra los sasánidas
4. El tratado tiene una vigencia de treinta años.

La entrega de las ciudades fortificadas de Singara y Nisibis, además de los territorios que las rodeaban, privaba a Roma del sistema defensivo que había fijado en la Mesopotamia oriental, basado en el control mediante fortalezas de las principales rutas hacia el Éufrates y Siria. Además, el paso de estas ciudades al bando persa fortalecía la línea defensiva sasánida sobre Asiria, que esperaba consolidar a lo largo de los treinta años de paz acordados (Chrysos, 1976, p. 41).

No obstante, esta entrega también conllevaba consecuencias económicas: la anexión de Nisibis eliminaba el monopolio romano sobre los ingresos procedentes del comercio con el Imperio sasánida, ya que ahora los aranceles recaudados en esa importante ciudad comercial irían a parar a las arcas del sah (Chrysos, 1976, p. 42; Blockley, 1984, p. 37).

Otro de los focos del tratado fue la soberanía sobre Armenia. Sin embargo, esta cláusula aparece definida vagamente, lo que parece haber causado problemas no sólo entre los historiadores, sino entre los propios gobernantes de la época, por la escasa precisión del tratado. Amiano afirma que “se impedía que, cuando nos lo solicitara,

prestáramos ayuda a Arsaces para luchar contra los persas, a pesar de que siempre había sido un fiel aliado nuestro” (Amm. 25.7.12). De ello se deduce que Roma renunciaba a la soberanía sobre Armenia, pero no que se cediera a los persas. Más adelante, otros pasajes de la obra de Amiano aportan más información sobre la cuestión armenia, pero a su vez más confusión. Cuando Valente envía una embajada a Sapor II para discutir lo sucedido con Armenia, afirma que era criminal que pretendiera apoderarse de Armenia, cuando antes la había dejado vivir en paz y con independencia (Amm. 30.1.4). Además, Amiano llega a sugerir que al entrar en Armenia, Sapor II estaría incumpliendo el tratado de paz: “Pero, en realidad, despreciando el pacto firmado por Joviano, tenía sus ojos puestos en Armenia, con la intención de unirla a sus tierras, como si ya hubiera terminado el período de paz” (Amm. 27.12.1). De esta manera, mientras que al describir el tratado del año 363 da a entender que sólo Roma debía abstenerse de controlar Armenia, e incluso pone este como el antecedente a la invasión sasánida del reino armenio, en este fragmento del libro 27 parece querer decir que el tratado había fijado que Armenia sería independiente de los dos imperios, y que ninguno de ellos la podría invadir.

El propio historiador antioqueno indicó también los objetivos de esta cláusula, a la luz de los hechos que habían sucedido en los años posteriores: “El objetivo de este plan era doble, castigar al hombre que había devastado Chilicomo y tener una oportunidad de invadir libremente Armenia en el futuro” (Amm. 25.7.12). Es decir, Sapor II pretendía castigar el apoyo que Arsaces II de Armenia había brindado a Roma, y concretamente a Juliano, además de abrir la posibilidad de una futura conquista de Armenia, al privarla de la ayuda militar romana. Amiano ofrece a continuación un resumen de los hechos sucedidos en Armenia, que narrará más adelante, justificando así lo que acaba de decir sobre los intereses sasánidas: “Y lo que ocurrió realmente con esto fue que el propio Arsaces fue capturado vivo y que un trozo enorme de Armenia, limítrofe con los persas y Artaxata, fue asolado por los persas en medio de disputas y revueltas” (Amm. 25.7.12).

La cuestión también queda abierta con el tema de Iberia, ya que Amiano no la menciona entre las cláusulas del tratado del año 363. Sin embargo, la visión sasánida sobre el tratado pareciera ser que tenían libertad para actuar tanto en Armenia como en Iberia. De esta manera, cuando los sasánidas reemplazaron al rey de Iberia nombrado por los romanos, la respuesta romana fue enviar un ejército que asegurara la división de

Iberia entre una zona bajo control romano y otra bajo control persa, algo que Sapor II percibió como una ruptura del tratado de 363 (Amm. 27.12.16-18).

Frente a esta serie de cláusulas perjudiciales para Roma, lo único que la diplomacia romana pudo conseguir fue “después de grandísimos esfuerzos, que Nisibis y Singara pasaran a manos de los persas pero sin habitantes y que, de todas las fortalezas que teníamos que entregar, se permitiera a los romanos volver a nuestras guarniciones” (Amm. 25.7.11). Esto evidencia la frágil situación en la que se encontraba el bando romano, incapaz de negociar nada mejor, ya que el principal motivo por el que se sentaron a negociar fue la urgente necesidad de que el rey persa les permitiera regresar a su hogar sanos y salvos (Amm. 25.7.6).

Sobre la redacción del tratado, Blockley (1984, p. 38) defiende que esta debió ser poco clara, y que sus redactores, al menos en el lado romano, tendrían poca experiencia diplomática para poder prever las ramificaciones y consecuencias de lo acordado. Esto debió dar lugar a un documento poco claro y superficial, en comparación con otros tratados romano-persas redactados con mucho más cuidado y precisión, como el realizado en 561 descrito por Menandro el Protector. Esta superficialidad y falta de claridad, además de originar los problemas anteriormente mencionados, podría ser la causa del siguiente pasaje de la historia de Amiano: en el 377, en plena pugna por Armenia e Iberia, Sapor II afirma que los malentendidos entre Roma y Persia sobre el control de estas dos regiones sólo podrían haberse resuelto si aquellos que firmaron el tratado hubieran estado presentes (Amm. 30.2.3), en un momento en el que los redactores romanos del tratado ya habrían muerto (Blockley, 1984, p. 39).

La relación de este tratado con el del año 298-299 ha suscitado cierto debate entre los historiadores. Tradicionalmente se ha sostenido que el tratado del año 363 es una consecuencia directa del firmado en 299, y pretende por lo tanto devolver las fronteras a la situación anterior a ese año (Chrysos, 1976). Sin embargo, Blockley (1984, p. 41) afirma que no puede entenderse de esta manera. Se basa en que lo exigido en el 363 por los persas no fue lo mismo que les arrebataron los romanos en el del 299. Como ya se indicó al hablar de la carta de Sapor II a Constancio II, Ingilene y Sofene siguieron estando en manos romanas después del tratado del 363, por lo que Roma conservaba todas las tierras al oeste del río Nymphius (actualmente el río Batman), de manera que este afluente del Tigris se convertía en la nueva línea fronteriza (Blockley, 1984, p. 41).

Más adelante, Jan Willem Drijvers (2009, p. 448) volvió a explorar la relación entre ambos tratados. Afirma que el del año 298-299 creó un desequilibrio entre los poderes de ambos imperios, que no se restauró hasta la paz firmada por Joviano en 363, claramente ventajosa para los sasánidas y perjudicial para los romanos. Este tratado restauró el equilibrio de poderes entre ambos imperios, lo que permitiría explicar el largo periodo de relativa paz y estabilidad que se abría desde el año 363 y que duraría hasta el siglo VI. La obra de Amiano Marcelino parece corroborar esto en varias ocasiones. Una de ellas es la carta que envía Sapor II a Constancio II en el año 358 para acordar una paz que finalmente no se produce. En ella, el sah menciona lo siguiente: “Por eso debo recuperar Armenia junto con Mesopotamia, arrebatada a mi antepasado” (Amm. 17.5.6).

Tengan o no una relación tan estrecha, ambos tratados tienen gran importancia para el estudio histórico de la diplomacia romano-sasánida. Muestra a las dos potencias moviéndose en un marco que no se limita únicamente a las soluciones militares, sino a un creciente elemento de negociación, que se verá incrementado a partir del siglo V, cuando los acuerdos y negociaciones entre ambos imperios sean más frecuentes que la vía militar (Drijvers, 2009). Además, definen la problemática fronteriza entre el Imperio romano y el Imperio sasánida, en unos términos que se mantendrán, aunque con pequeñas modificaciones, hasta finales del siglo VI (Blockley, 1984, p. 42).

Por último, también manifiestan el intento de las dos potencias por acomodar sus fronteras, dejando claros cuáles eran los límites territoriales que estaban dispuestos a aceptar ambos bandos, y por ende estableciendo la base para futuras negociaciones. De esta manera, sientan las bases de la diplomacia romano-sasánida de los siglos siguientes, basada en la aceptación por ambas partes de la necesidad de coexistir (Blockley, 1984, p. 43).

4.2. Paces realizadas con los pueblos germanos del Rin y del Danubio

La frontera del Rin y del Danubio se vio sometida a habituales combates a lo largo del siglo IV. A pesar de ello, la fórmula más habitual para poner final a estos conflictos era, como ya se ha visto, la rendición. Aun así, Amiano ofrece algunos pasajes en los que el Imperio romano tuvo que firmar la paz con algún pueblo bárbaro,

sin que pudiera obligarle a suplicar por una rendición incondicional y teniéndose que sentar a la mesa de negociaciones.

4.2.1. Paz de Valente con los godos de Atanarico

Esta paz se acordó como consecuencia de la guerra que mantuvo Roma con los godos de Atanarico, que comenzó en el 367 y duró tres años. El origen de la guerra se encuentra en el apoyo que los godos habían prestado al usurpador Procopio en su insurrección del 365-366 (Amm. 27.5.). Viendo que los godos se habían posicionado del bando de Procopio, Valente envió a Víctor, comandante de caballería, para entender las razones de esta traición, ya que los godos habían sido un pueblo “amigo de los romanos y unidos a ellos por tratados de paz” (Amm. 27.5.1). La respuesta de Atanarico fue que les había llegado una carta de Procopio, afirmando que se había convertido en el nuevo emperador legítimo.

Sin embargo, Valente no aceptó esta excusa y marchó contra los godos, que tuvieron que huir a las montañas. Como no quería volver con las manos vacías, el emperador ordenó que se saquearan los lugares cercanos, logrando capturar algunas familias antes de que huyeran (Amm. 27.5.4).

Al año siguiente, Valente intentó de nuevo invadir las tierras de los godos, pero el Danubio estaba desbordado y no pudieron cruzarlo. Finalmente, al tercer año lograron cruzar el río y atacar al pueblo godo, pero éstos huyeron de nuevo. La larga duración de la guerra y la necesidad de los godos de comerciar con Roma los llevó a firmar un tratado de paz (Amm. 27.5.5-9). El emperador, “atendiendo al bien común” según dice Amiano (27.5.8), decidió que la paz era conveniente, así que envió a sus comandantes de caballería e infantería, Víctor y Arinteo, para negociar con los godos. Estos estuvieron de acuerdo con las condiciones propuestas, así que acuerdan un lugar para firmar la paz.

Atanarico, el rey godo, había jurado a su padre no pisar territorio romano, pero no era decoroso exigir que el emperador acudiera a él. Por ello, la firma de la paz se hizo en medio del Danubio, con una nave que llevaba al emperador y a su guardia, y otra al rey godo con sus hombres más cercanos (Amm. 27.5.9).

Este es uno de los escasos ejemplos en los que se consigue acabar con un conflicto con uno de los pueblos germánicos sin que hayan sido derrotados en combate.

Los godos no perdieron una batalla contra Roma, como era lo habitual antes de que se pusiera fin a la guerra, pero sí que necesitaban productos y recursos que sólo obtenían comerciando con Roma, lo que les llevó a enviar legados y pedir la paz.

Este pasaje de Amiano puede complementarse con la Oración (o discurso) X de Temistio, senador y filósofo pagano que llegó a ocupar una posición importante en la corte imperial desde tiempos de Constancio II hasta Teodosio I, llegando incluso a ser tutor del joven Arcadio (Errington, 2000, p. 863). En la Oración X Temistio se posiciona a favor de la paz con Atanarico. El discurso, creado entre enero y febrero del 370 para ser leído ante el senado de Constantinopla y ante el propio emperador Valente, responde a la paz llevada a cabo por Valente con Atanarico, paz celebrada por Temistio. Del discurso subyace que la idea inicial de Valente era derrotar definitivamente a los godos, pero que al final optó por un compromiso que llevara a la paz. Temistio se atribuye a sí mismo la autoría de esta paz, afirmando que fueron él y otros senadores los que convencieron al emperador: “Nuestro príncipe había rechazado numerosas embajadas de los bárbaros, pero ha respetado, en cambio, la nuestra” (*Them. Or. 10.113a*). Sin embargo, tal y como señalan Heather y Mathews (2004, p. 19), la incapacidad de Valente para derrotar a los godos después de tres años de campañas parece una explicación más plausible. A esto debería unírsele la amenaza oriental, ya que en esas mismas fechas Sapor II amenazaba el control clientelar romano sobre Armenia, lo que debió haber urgido a Valente a firmar un acuerdo con los godos para poder centrarse en una amenaza mayor como lo era el Imperio Sasánida.

Aun así, Temistio insiste en que esta paz fue dada por Roma en una posición dominante. No duda en hablar de una victoria romana: “Ya sólo nos queda hacer el recuento, no de los muertos del bando derrotado, sino de los vivos, y no ejercer de vencedores, sino dejar libres a los vencidos” (*Them. Or. 10.139d*.), la cual achaca a la inteligencia de Valente: “Han sido vencidos, en efecto, no por el contingente de hombres ni por las armas, factores que a menudo ocasionan que los mejores se ven derrotados por los peores, sino por la inteligencia, por la prudencia y por estar convencidos de su propia inferioridad” (*Them. Or. 10.139b*.).

Sin embargo, la narración de Amiano sobre cómo evolucionó el conflicto no deja claro que la posición de Roma fuera tan dominante, ya que las crecidas del Danubio del 368 ralentizaron la campaña de Valente, y en 369 los godos solamente huyeron tras

unas pocas escaramuzas. Tal y como señalan Heather y Mathews (2004, p. 21), más que una derrota militar, sería la interrupción del comercio y la imposibilidad de los godos de cosechar sus campos, al haber tenido que abandonarlos, lo que llevaría a que los godos esperaran con ansia la firma de la paz.

Temistio también aporta más información sobre las condiciones del tratado, detalles que no se encuentran en la narración de Amiano. A pesar de que ambos pueblos obtenían beneficios de su mutuo comercio, Valente decidió en el tratado restringir los intercambios comerciales con los godos, de manera que sólo dos ciudades de la ribera del Danubio tendrían el estatuto de puerto comercial y podrían usarse como vía de comercio con los godos (*Them. Or. 10.135b.*). Esto, en palabras de Temistio, “era una prueba de la autoridad con la que firmaba (Valente) el armisticio con los bárbaros y una medida de precaución para que los delincuentes, al limitarse los intercambios a determinadas zonas, tuvieran más difícil escabullirse” (*Them. Or. 10.136a.*).

4.2.2. Paz de Valentiniano con los alamanes de Macriano

Amiano ofrece otro pasaje en el que un emperador romano acaba llegando a firmar la paz con un rey bárbaro, en este caso en el año 374. En ese año Valentiniano, que se encontraba fortificando la frontera en la zona de Basilea y encargándose del conflicto con los alamanes, decide firmar la paz con el rey alamán Macriano, basándose en que “era lo que convenía al bien general” (*Amm. 30.3.4*). El Augusto y el rey alamán se encontraron en la ribera del Rin, acompañados de sus escoltas, y “después de un largo intercambio de palabras, se confirmó el tratado de amistad con un juramento sagrado” (*Amm. 30.3.5*). Amiano confirma que la paz se cumplió, y que Macriano demostró su interés por mantener la buena relación con Roma (*Amm. 30.3.6*).

Sin embargo, la decisión de acordar la paz no se debe a que Valentiniano hubiera cambiado sus ideales belicistas. De manera similar a lo que ocurrió en la paz entre Valente y los godos de Atanarico, ésta se firmó por la aparición de una nueva amenaza exterior en otro punto del imperio, lo que forzaba a detener el conflicto para poder hacerse cargo de esta nueva amenaza. En este caso se trata de la incursión de cuados y sármatas en el Danubio, que se encontraban devastando Mesia y el Ilírico a placer (*Amm. 29.6.6*) y habían derrotado a dos legiones, la Panónica y la Moésica (*Amm.*

29.6.14). Entonces Valentiniano, que se encontraba ocupado fortificando la frontera germana contra los alamanes, recibió del prefecto Probo la noticia de esta incursión (Amm. 30.3.1). Entonces decidió abandonar su posición y dirigirse hacia el Ilírico, pero los nobles galos le pidieron que antes acabara con el conflicto de Macriano, que representaba una amenaza para la Galia (Amm. 30.3.3). Fue por esto por lo que Valentiniano decidió ofrecer la paz a Macriano, para acabar con este conflicto cuanto antes y poder dirigirse a las provincias balcánicas, cosa que hizo en la primavera siguiente (Amm. 30.5.1).

Con ello se puede observar cómo los dos únicos acuerdos de paz con los bárbaros mencionados por Amiano se debieron a que, o bien el emperador era incapaz de infligir una derrota definitiva a ese pueblo (como le ocurre a Valente con los godos) o bien surge la necesidad de detener ese conflicto, para atender otra amenaza más urgente en otro lugar del imperio (como sucede en el caso de la paz de Valentiniano con Macriano, pero también en el de Valente con Atanarico).

5. LA DIPLOMACIA EN TIEMPOS DE AMIANO MARCELINO

La obra de Amiano Marcelino aporta importante información acerca de diferentes aspectos de la diplomacia romana de su época, y de la manera que tenía el Imperio romano de relacionarse con sus vecinos. De esta manera, del relato de Amiano se pueden extraer detalles sobre el proceso de firma de tratados, el rol de los rehenes o el funcionamiento de los reinos clientelares, entre otras cuestiones relacionadas con el ejercicio de la diplomacia en su época.

5.1. Firma de tratados en el siglo IV

Dentro de la diplomacia desarrollada entre Roma y sus vecinos, el momento en el que se firmaban o dejaban fijados los acuerdos era un episodio fundamental revestido de gran solemnidad, tanto por las personalidades que agrupaba como, sobre todo, por las consecuencias de lo que iba a salir pactado de allí. No obstante, la manera que tenía Roma de afrontar este momento difería respecto a si era con los pueblos germánicos o con los sasánidas, tanto en el método, el ceremonial y los resultados.

5.1.1. Los acuerdos con los germanos y la presencia física del emperador

Amiano ofrece varios ejemplos de estos momentos entre los romanos y los germanos. Por ejemplo, en la ya analizada paz de Valente con los godos de Atanarico, se fijó un islote en medio del Danubio como lugar de encuentro, y el emperador viajó hasta allí con un barco acompañado de su guardia, mientras el rey godo hizo lo mismo con sus hombres más cercanos, produciéndose allí mismo el pacto, acordado de forma oral (Amm. 27.5.9).

La situación de Valentíniano en sus negociaciones con los alamanes de Macriano fue parecida. El emperador y el rey alamán se encontraron en la ribera del Rin, junto con sus escoltas, y “después de un largo intercambio de palabras, se confirmó el trato de amistad con un juramento sagrado.” (Amm. 30.3.5). Con esto Amiano deja claro que del momento del acuerdo no salía ningún documento escrito, sino que se realizaba un juramento oral que, por su carácter sagrado, era suficiente para comprometer a los dos bandos a cumplir el pacto.

Otro aspecto que llama la atención de estas negociaciones es el encuentro cara a cara entre el emperador en persona y el líder del pueblo en cuestión. Esto es algo propio de los pactos con los pueblos germanos, ya que, tal y como señala Lee (2009, p. 112), la firma de tratados con los sasánidas nunca requirió de un encuentro cara a cara entre el emperador y el rey persa. Por ejemplo, en el 363, cuando Joviano debe negociar su polémico tratado con Sapor II para poder salir de territorio persa, Joviano no llega a hacerlo con el rey sasánida en persona, sino con intermediarios (Amm. 25.7.5-8).

Lee (2009, p. 113) achaca esta diferencia a una preocupación de que la dignidad imperial permaneciera intacta, ya que los romanos pensarían que los persas pueden poner más fácilmente en peligro al emperador, mientras que no cabría esperar esto de pueblos menos sofisticados como los alamanes o los godos (Lee, 2009). Sin embargo, el propio Amiano se hace eco de un atentado contra la vida de Constancio II durante la reunión para establecer la rendición de los sármatas, que resultó ser una treta de éstos para tener al emperador a su alcance, aunque al final las tropas romanas acabaron con ellos y Constancio II salió indemne (Amm. 19.11.6-10).

De todas formas, el encuentro del emperador cara a cara con los líderes germánicos cesó a partir del 395, cuando los emperadores dejan de participar

personalmente en las campañas militares. Es a partir de esta época cuando emerge la figura del *Magister Officiorum*, como intermediario y figura principal en las relaciones exteriores, ya que aparece documentado jugando un importante papel diplomático con los sasánidas desde principios del siglo V. Sin embargo, el propio Lee señala que la presencia de este *Magister Officiorum* en la diplomacia de la frontera norte no está asegurada, ya que no hay pruebas de ello, salvo su presencia en la negociación con Atila (Lee, 2009, p. 117).

5.2.2. Los tratados con los persas y su puesta por escrito

En la descripción de Amiano del tratado entre Valentiniano y Macrino no hay ninguna mención a la existencia de un documento que pusiera por escrito lo acordado, sino que habla de “juramentos”. Si bien esto no es un dato decisivo, sí que lo es el hecho de que no haya ninguna referencia explícita a la existencia de tratados puestos por escrito entre el emperador y los pueblos germanos en toda la Antigüedad Tardía (Blockley, 1992, p. 211; Lee, 2009, p. 114). Sin embargo, el propio Amiano habla de correspondencia escrita entre los líderes bárbaros y los emperadores romanos. Esta se observa cuando el usurpador Procopio mandó cartas a los godos para asegurarse su apoyo (Amm. 27.5.1), o cuando, después de cruzar el Danubio, Fritigerno envió a un presbítero cristiano con rehenes y cartas a Valente (Amm. 31.12.9), o cuando los godos, al asediar Adrianópolis, envían a un mensajero con una carta a la ciudad (Amm. 31.15.6). Aunque esto posiblemente se hiciera mediante prisioneros romanos usados como intermediarios, Roger Blockley (1992, p. 212) afirma que esto puede ser un argumento a favor de la existencia de documentos escritos de los tratados.

Sin embargo, Lee (2009, p. 116) remite a estudios antropológicos que demuestran la costumbre de pueblos sin escritura de llegar a acuerdos con otros pueblos sin necesidad de un registro escrito, además de argumentar que los tratados con el Imperio sasánida incluían una gran cantidad de detalles específicos (duración del tratado, territorios afectados y movimiento de fronteras, detallando provincias y ciudades), por lo que era importante mantener todos esos detalles por escrito. En cambio, los acuerdos con los germanos no eran tan detallados, y generalmente confirmaban el cese de las hostilidades, habitualmente con el compromiso de entregar jóvenes a Roma o prometer apoyo mutuo, por lo que esta falta de detalles parece hacer que no sea necesario un documento que ponga por escrito lo acordado (Lee, 2009, p. 116).

Esto cambió en el siglo V. Los tratados con Atila de mediados de este siglo se formularon con cláusulas más detalladas, pero para ese momento Atila ya contaba con un aparato burocrático básico, al igual que ocurría con los reinos surgidos en Occidente tras el asentamiento de los pueblos germánicos a partir del siglo V (Lee, 2009, p. 114).

Mientras que los pueblos germánicos del siglo IV daban un escaso valor a los documentos escritos, sí que le daban mucha importancia a los juramentos, lo que parece aprobado con la mención habitual a estos que encontramos en Amiano Marcelino. Amiano describe a los alamanes confirmando un acuerdo con los romanos mediante “un juramento según sus propios rituales” (Amm. 17.1.13), y dice que los cuados del Danubio Medio “sacaron las espadas que ellos veneran como divinas y juraron que iban a ser leales” (Amm. 17.12.21).

Esto podría interpretarse como una muestra de que en el caso germano la palabra hablada sería el fundamento básico para llegar a un acuerdo, mientras que en el caso persa la palabra escrita –es decir, el tratado en forma de documento- habría sustituido a la hablada, primando un documento conservado por ambas partes para el futuro por encima del momento de la firma del tratado. Sin embargo, aunque su número es menor, sí que encontramos en Amiano una referencia a juramentos orales en los acuerdos con los sasánidas (Amm. 25.17.14), lo que parece mostrar que, aunque lo fundamental de la reunión fuera redactar un documento donde se expusieran las cláusulas del acuerdo para el futuro, la función ceremonial de celebrar el acuerdo *in situ* seguiría estando presente incluso para los persas.

5.2. El rol de los rehenes en la diplomacia del siglo IV

La exigencia de rehenes por parte de Roma no es, ni mucho menos, algo novedoso de la diplomacia del siglo IV. Ya desde el primer momento en el que los romanos empezaron a ocupar la zona de Germania se convirtió en habitual que Roma exigiera a la estirpe regia de cada pueblo que enviara a sus hijos a educarse al imperio, como símbolo de compromiso, pues éstos actuaban a modo de rehenes en caso de que hubiera problemas con la tribu en cuestión. Además, la educación romana recibida por sus hijos sería transmitida cuando estos volvieran a su lugar de origen, suponiendo un importante impulso en la romanización de la zona, y ayudando a que el nuevo líder fuera más

proclive a colaborar con los romanos (Roymans, 2004, p. 134; Heather, 2012, p. 237). Un elocuente ejemplo del uso temprano de esta maniobra lo encontramos en un denario de época de Augusto, en cuyo reverso se muestra a un germano que, como símbolo de sumisión, entrega a su hijo como rehén al emperador (Roymans, 2004, p. 134) (Fig. 4).

La imposición de entregar a los hijos de los reyes germanos continuó a lo largo de toda la historia del Imperio romano. Por ejemplo, a principios de la década del 270 Aureliano exigió a los vándalos que enviaran a los hijos de sus jefes a modo de rehenes (Lee, 1991, p. 368). Ya en la época que nos atañe, Amiano Marcelino se hace eco de sucesos similares en varios pasajes.

5.2.1. Entregas de rehenes en la obra de Amiano Marcelino

A finales de la década del 350, cuando Constancio II derrotó a los sármatas y cuados que habían cruzado el *limes* para saquear Panonia y Moesia, les exigió la entrega de rehenes, así como que devolvieran a los prisioneros romanos (Amm. 17.12.11). Además, más adelante Amiano detalla que los rehenes entregados eran los hijos de los nobles, tanto en el caso de los sármatas: “habiendo obtenido la paz que solicitaban, presentaron en prenda a los hijos de los notables del reino, así como, según las órdenes, a nuestros prisioneros” (Amm. 17.12.17), como en el de los cuados: “entregaron su descendencia en rehenes, como muestra de que iban a someterse a las condiciones estipuladas” (Amm. 17.12.21).

En esos mismos años Juliano ordenó a los camavos, una vez derrotados, que le entregaran también rehenes (Juliano, *Ep. Ad Ath.*, 280C).

Más adelante, en la ya analizada paz de Valente con los godos de Atanarico, los godos entregaron rehenes al emperador, como muestra del cumplimiento del pacto (Amm. 27.5.9). Además, Valente tomó rehenes de los godos como parte de su asentamiento pacífico en el 369 (Amm. 27.5.10), y Amiano habla de un rey alamán cuyo nombre cambió de Agenarico a Serapio porque su padre, mientras era rehén en manos de los romanos en la Galia, había sido introducido en el culto a Serapis (Amm. 16.12.25), lo que sirve como ejemplo de la aculturación de los rehenes.

La obra de Amiano ofrece también un ejemplo en el que los rehenes no fueron exigidos a un pueblo germánico, sino a uno que se encontraba dentro del imperio, después de que se alzara en armas. Es el caso de los isáuricos, pueblo del sur de Anatolia que, en la narración de Amiano, protagonizan dos episodios violentos en los que actúan como bandidos, saqueando los pueblos y ciudades del entorno. En tiempos de Valente este pueblo saqueó la zona de Cilicia (Amm. 27.9.6), hasta que las tropas romanas reaccionaron y los derrotaron. Entonces los isáuricos pidieron una tregua y “entregando algunos rehenes, tal y como se les había ordenado, permanecieron tranquilos durante algún tiempo sin realizar ninguna acción hostil” (Amm. 27.9.7).

Sin embargo, la entrega de rehenes no se exigía sólo a los pueblos al norte del Rin y del Danubio. En tiempos de Valentíniano se vivió una rebelión en el norte de África, protagonizada por Firmo, hijo del príncipe Nubel, que ante el temor de ser juzgado y ejecutado por una acusación del gobernador de África, decidió rebelarse (Amm. 29.5.1-4). Teodosio, comandante de caballería de la Galia, fue enviado para acabar con la rebelión, y entonces Firmo envió una carta, prometiendo enviar rehenes para garantizar la paz (Amm. 29.5.9). Sin embargo, aunque Teodosio aceptó la oferta de paz, esta resultó ser falsa, ya que Firmo no llegó a enviar los rehenes prometidos. Esto hizo que el comandante de caballería atacara a los tindenses y los masinenses, pueblos liderados por los hermanos de Firmo. Sólo tras su derrota Firmo “envió a los líderes cristianos acompañados por algunos rehenes para que pidieran la paz” (29.5.15). Más adelante, Amiano detalla que los rehenes dejados por Firmo eran personas queridas para él y de su confianza (Amm. 29.5.16).

El rol que ocupaban los rehenes a la hora de asegurar que su pueblo cumpliría los pactos aparece evidenciado en otro pasaje de la obra del escritor antioqueno.

Cuando Valentíniano ordenó la construcción de una fortaleza al otro lado del Rin, los alamanes le rogaron que detuviera su edificación, ya que de lo contrario se verían obligados a ir a la guerra contra Roma. Esto rompería el pacto que habrían hecho con el Imperio romano, por lo que los alamanes temían por la vida de sus hijos, que habían sido dados como rehenes: “En ese momento llegaron algunos nobles alamanes, padres de rehenes que manteníamos retenidos como prenda nada despreciable para posibilitar un pacto y una paz que debía durar mucho tiempo. Éstos suplicaron de rodillas a los romanos (...) que no se dejaran llevar por un error, pisoteando un pacto y realizando

una acción impropia de ellos. Pero tanto estas palabras como otras similares fueron inútiles, pues ni eran escuchadas ni percibieron ninguna respuesta tranquilizadora o conciliadora, de manera que se marcharon lamentando la suerte fatal de sus hijos.” (Amm. 28.2.6-8).

Sin embargo, Roma no era la única que recurría a la exigencia de rehenes para mantener controlados a los pueblos vecinos. En la disputa con el Imperio sasánida sobre el dominio de Armenia e Iberia, Sauromaces, gobernante de Iberia nombrado por Roma, fue expulsado por los persas. Como respuesta, Valente envía de vuelta a Sauromaces junto con Terencio y doce legiones (Amm. 27.12.11-16). Entonces Aspacuraces, el rey que había colocado Sapor II en el trono de Iberia, pide a Sauromaces que reinen juntos, ya que “él ni cedía, ni podía pasarse al bando romano, porque su hijo Ultra estaba retenido aún por los persas en calidad de rehén.” (Amm. 27.12.16).

Además, Amiano muestra en su obra que Roma también se vio obligada a entregar rehenes, aunque en un contexto diferente. Durante la firma de la ya tratada paz del 363 con el Imperio sasánida, tanto persas como romanos enviaron rehenes para asegurar su cumplimiento: “Una vez firmado este vergonzoso tratado, para que no se produjera durante la tregua ningún hecho contrario a los pactos, ambos bandos entregaron a hombres célebres de rehenes: de los nuestros a Nemota, Víctor y Bellovedio, tribunos de tropas famosas. Y del otro bando uno de sus nobles, Bineses, y otros tres sátrapas nada mediocres.” (Amm. 25.7.13).

5.2.2. Diferencias en la exigencia de rehenes entre sasánidas y bárbaros

En el subapartado anterior se ha mencionado cómo en el tratado de paz alcanzado en el 363, tras la fallida campaña de Juliano, tanto los romanos como los sasánidas intercambiaron rehenes (Amm. 25.7.13).

Este episodio llama la atención por dos aspectos. En primer lugar, porque se realiza un verdadero intercambio, ambas potencias entregan a personajes destacados para mantener la paz, mientras que con los pueblos germánicos no había intercambios, ya que eran éstos los que enviaban rehenes a Roma, sin recibir ningún rehén romano a cambio. En segundo lugar, ambos bandos entregan a personajes destacados: Roma a tres tribunos militares, y los sasánidas a un noble y tres sátrapas. En este caso no se trata de

los hijos de los dirigentes, al contrario que lo ocurrido en ocasiones con los rehenes de los pueblos del norte.

Aparentemente este intercambio de rehenes fue algo realizado a corto plazo, ya que estarían destinados a garantizar la paz únicamente mientras se fijaban los términos del tratado y se realizaban los cambios acordados. Una prueba de ello es que uno de los nobles persas entregado como rehén, Bineses, aparece mencionado más adelante como representante sasánida encargado de tomar posesión de la ciudad de Nisibis, que había sido entregada por los romanos en el tratado (Amm. 25.9.1). Esto nos permitiría comprender que Bineses estuvo poco tiempo retenido como rehén.

Lee (1991, p. 370) menciona dos ejemplos más del intercambio de rehenes en las relaciones romano-sasánidas, donde se observa que en este caso, al contrario de lo ocurrido en las relaciones con los pueblos germánicos, ambos bandos entregaban prisioneros, y éstos estaban únicamente el tiempo necesario para asegurar la firma y el establecimiento de los tratados.

Un ejemplo es la guerra entre Anastasio y Kavad en el 502-5, en el que se produjo un intercambio de prisioneros por parte de ambos bandos, y antes del establecimiento del tratado de paz. El siguiente caso similar ocurrió en el año 531, cuando, de nuevo, se intercambiaron rehenes para garantizar una tregua de tres meses mientras se llevaban a cabo las negociaciones (Lee, 1991, p. 370).

Dentro de las relaciones romano-persas también hay episodios en los que únicamente el bando romano envió rehenes. Sin embargo, en estos casos también eran usados como herramienta para que los romanos demostraran que iban a cumplir con determinados acuerdos. Por ejemplo, en el año 531 un oficial y sus guardaespaldas fueron entregados como prueba de que los envíos romanos acordados en el tratado de paz estaban de camino. Una vez que el cargamento prometido llegó a su destino, los rehenes fueron liberados. Trece años más tarde, en el 544, Belisario envió a los persas al hijo de un ciudadano destacable de Edesa como garantía de que se iba a respetar la tregua acordada, hasta que se firmara el tratado de paz. Sin embargo, aunque este debía ser devuelto una vez que se firmara la paz, los persas lo mantuvieron cautivo, argumentando que los romanos no habían cumplido con su parte del acuerdo, y el prisionero enfermó y murió bajo cautiverio persa (Lee, 1991, p. 370).

Los rehenes también eran entregados para asegurar el cumplimiento de una promesa, aunque esta no estuviera dentro del marco de unas conversaciones de paz. Fue lo ocurrido con el conde Basilio en el año 503, cuando el sasánida Kavad había asediado la ciudad de Edesa. Al no poderla tomar, llegó a un acuerdo con el comandante romano Areobindo, el cual le prometió el pago de una cantidad de oro en doce días, a cambio de que levantaran el asedio. Como garantía de que los sasánidas no iban a ser atacados en su retirada, y de que el oro iba a ser entregado a tiempo, el conde Basilio fue ofrecido a los sasánidas a modo de rehén, y liberado una vez cumplido lo acordado (Lee, 1991, p. 371).

Por lo tanto, en la diplomacia entre romanos y sasánidas, los rehenes funcionaron como garantes del cumplimiento de acuerdos a corto plazo, como el respeto a una tregua establecida mientras se negociaba un tratado de paz.

Por otro lado, Lee (1991, p. 373) sostiene que el rol de los rehenes como garantes de los acuerdos no implica necesariamente que vayan a sufrir un castigo si ese acuerdo se rompe, basándose en la falta de episodios de ejecución de rehenes en las fuentes. Sin embargo, como ya mencionamos, Amiano deja claro que los líderes alamanes tenían miedo de romper su pacto con Roma, porque asumían que sus hijos, en manos de los romanos, sufrirían por ello (Amm. 28.2.6-8).

Todo ello permite ver cómo los rehenes eran una figura importante para asegurar el cumplimiento de los pactos en la diplomacia que mantenía el Imperio romano con sus vecinos durante el siglo IV. Sin embargo, como se ha podido observar, el rol que se le daba a los rehenes variaba según provinieran de los pueblos germánicos o del Imperio sasánida. A los primeros, Roma les exigía una entrega de rehenes unilateral, no un intercambio en el que participaran ambos bandos. Además, los personajes entregados solían ser los hijos de los jefes de los diversos pueblos, y debían permanecer bajo control romano durante varios años, ya que su función era asegurar el cumplimiento de un acuerdo a largo plazo.

En cambio, en los acuerdos con el Imperio sasánida la entrega de rehenes era mutua, hablando más bien de un intercambio. Estos no eran los hijos de los emperadores, sino personajes destacados con poder civil o militar, y no tenían que pasar demasiado tiempo bajo poder del enemigo, ya que se entregaban para asegurar el

cumplimiento de una tregua a corto plazo, normalmente la que se hacía mientras se redactaba el tratado de paz.

La explicación a esta diferencia puede encontrarse en la diferencia de poder que había entre los pueblos del otro lado del Rin y del Danubio y el Imperio sasánida, y por lo tanto en la diferente forma que tenía el Imperio romano de relacionarse con ellos. Mientras que Roma podía permitirse exigir a los pueblos germánicos que se rindieran incondicionalmente, como ya se ha analizado en otro apartado, también tendría el poder suficiente como para exigir una entrega de rehenes unilateral y a largo plazo, y que los rehenes fueran los descendientes directos del rey del momento. Esta actitud también la adoptaron los sasánidas con aquellos vecinos a los cuales podían imponer su autoridad, como se observa en Amiano Marcelino 27.12.16, cuando Aspacuraces, aspirante al trono de Iberia, afirma que no puede pasarse al bando romano, porque “su hijo Ultra estaba retenido por los persas en calidad de rehén”.

En cambio, la balanza de poder entre el Imperio romano y el Imperio sasánida se encontraba mucho más equilibrada, lo que haría que ni el emperador romano ni el sah persa pudieran exigir una entrega unilateral de rehenes, y en su lugar optaran por un intercambio. Además, sería una gran afronta que el emperador tuviera que entregar a su descendiente, por lo que los implicados en el intercambio son personalidades que, si bien son lo suficientemente destacadas como para cumplir su rol de rehenes, no forman parte de la familia del emperador.

5.3. El cumplimiento de los pactos

A pesar de los mecanismos ya analizados para firmar los acuerdos y asegurar su cumplimiento, éstos podían romperse si uno de los implicados lo creía conveniente y estaba dispuesto a asumir las consecuencias. Amiano ofrece bastantes episodios en los que o bien Roma o bien sus enemigos incumplieron los pactos, concretamente en el marco de los *limes* germano y danubiano.

5.3.1. Incumplimiento de la paz por los germanos

En el año 356 los fracos acordaron una paz con los romanos (Amm. 16.3.2). Sin embargo, al año siguiente Severo, jefe de la caballería, se encontró en Germania Secunda con un escuadrón de caballería franco de unos 600 jinetes saqueando poblaciones desprotegidas (Amm. 17.2.1), lo que implicaba una violación del pacto. Juliano consiguió rodear y sitiarn a los fracos, que se acabaron entregando y fueron reclutados como tropas auxiliares y enviados a Constancio II (Amm. 17.2.3).

Dos años más tarde los jutungos, un pueblo alamán que habían permanecido en paz con Roma desde el 271 -cuando fueron vencidos por Aureliano- cruzaron el limes a la altura de Recia y asolaron la región. El propio Amiano insiste en que hicieron esto “dando al olvido la paz y los tratados que habían conseguido a fuerza de ruegos” (Amm. 17.6.1). Para solucionar esta situación se envió a Barbación, comandante de infantería, quien pudo abatir a la mayoría de ellos y conseguir que los demás huyeran (Amm. 17.6.2).

En el año 360, los alamanes de Vodomario rompieron un pacto al que habían llegado con Roma varios años antes (Amm. 18.2.19). Amiano afirma que de Vodomario “no se esperaba ya ninguna hostilidad una vez firmado el pacto” (Amm. 21.3.1), pero a pesar de ello este grupo de alamanes cruzó la frontera y devastó la zona de Recia, e incluso consiguieron acabar con Libino cuando Juliano lo envió para afrontar la amenaza bárbara (Amm. 21.3.3). Amiano se hace eco de los rumores de que Vodomario habría recibido órdenes de Constancio II para que atravesara la frontera y atacara Recia, ya que de esta manera evitaba que Juliano pudiera abandonar las Galias para ir a combatir contra él por el trono. Estos rumores se vieron respaldados por una carta que había mandado Vodomario a Constancio II, y que llegó a manos de Juliano tras interceptar al mensajero (Amm. 21.3.4).

Este episodio nos permite acercarnos también a otro de los mecanismos bajo los que operaban las relaciones de Roma con los germanos: conspirar con un pueblo sometido para que atacara a otros rivales, incluso aunque esos rivales fueran también romanos, como ocurre en este caso.

El siguiente episodio de ruptura de los pactos por parte de los pueblos germánicos aparece en época de Valentiniano, cuando éste emperador quiso construir una fortaleza

al otro lado del Rin. Como ya mencionamos al hablar de los rehenes, los nobles alamanes pidieron que no construyeran la fortaleza, pues eso les forzaría a atacarlos y romper el pacto, aun cuando las vidas de sus hijos, entregados a Roma como rehenes, corrieran peligro (Amm. 28.2.7). La delegación de nobles alamanes no es escuchada y las obras de la fortaleza continúan, así que terminan atacando y masacrando a los soldados romanos encargados de la construcción (Amm. 28.2.8-9).

La siguiente ruptura de un acuerdo de paz viene de otro grupo alamán, los lentienses. Éstos habían llegado a un pacto con Roma en el año 354 (Amm. 15.4.1). A pesar de ello, en otoño del año 377 cruzaron el *limes* y saquearon la Galia (Amm. 31.10.1). La causa estaba en que un alamán lentiense, que servía en el ejército romano como guardia de palacio, volvió a su tierra natal por negocios e informó de que el ejército de Graciano abandonaba la Galia para ir a Oriente. Entonces los alamanes decidieron cruzar el Rin para hacerse con las riquezas de las ciudades romanas. Después de un primer intento fallido, reunieron a 40.000 hombres y entraron en la Galia. Graciano, que acababa de ser coronado emperador, envió a un ejército liderado por Nanieno y Malobaudes, que logró derrotar y expulsar a los lentienses. Además, el traidor que les informó de los movimientos de Graciano fue ajusticiado (Amm. 31.10.3-20).

Con ello se observa que Amiano incluye cinco episodios en los que los pueblos germánicos, por diversas razones, rompieron un acuerdo previo de paz con Roma. El incumplimiento de la paz por los bárbaros y su afán destructivo aparece en numerosas ocasiones en la obra, convirtiéndose en un tópico. Por ejemplo Juliano -y Amiano por boca de él-, en su discurso ante sus tropas antes de marchar contra Constancio, dice que han vencido contra el “innato deseo de destrucción” de los bárbaros (Amm. 21.5.3).

5.3.2. Incumplimiento de la paz por los romanos

El episodio en el que los alamanes masacraron a los soldados que estaban construyendo una fortaleza puede verse también desde otra perspectiva, originado después de que Roma faltara al pacto con los alamanes. La decisión de Valentíniano de construir una fortaleza en territorio de los alamanes puede interpretarse también como una ocupación del territorio alamán, lo que va en contra del anterior acuerdo de paz y da

sentido a la decisión de los alamanes, una vez que vieron que sus legados no fueron escuchados, de tomar las armas contra Roma.

Otro episodio, aún más claro, en el que Roma faltó a su promesa con los pueblos germánicos fue el de la emboscada tendida a los sajones. En el año 370 los sajones cruzaron el mar del norte y penetraron en tierras romanas. Cuando el emperador envió a Severo con gran cantidad de tropas a detenerlos, los sajones se asustaron y pidieron que se les perdonara y se les concediera la paz. Después de entregar a muchos hombres que pasarían a servir en el ejército romano, se acordó la paz y los sajones se pusieron en marcha de vuelta a sus tierras. Sin embargo, en su camino de regreso fueron emboscados y masacrados por tropas romanas que se habían adelantado (Amm. 28.5.7). Amiano, aunque entiende que este episodio pueda parecer injusto y traicionero, justifica esta acción, entendiéndola como un remedio necesario para evitar nuevos incidentes en el futuro con este mismo grupo: “Y aunque si una persona justa examina atentamente esta situación, la considerará pérvida e indigna, lo cierto es que, sí se analiza el resultado, no consideraría tan indigno el que se haya podido finalmente encontrar una ocasión para acabar con esa banda de ladrones.” (Amm. 28.5.7).

A pesar de estos escasos pero significativos episodios de incumplimientos de los pactos, Roma se preocupaba por transmitir la imagen de que era una potencia en la que se podía confiar y que respetaba nominalmente los acuerdos, especialmente cuando eran con otro imperio como el sasánida. Por ejemplo, en el conflicto con los persas en época de Valentiniano, el emperador ordena al conde Trajano y a Vodomario que no sean ellos los primeros en atacar a los sasánidas, para que, de esta manera, no sean los romanos los que han roto el tratado de paz (Amm. 29.1.3).

5.4. Estrategias diplomáticas

Roma era consciente de la importancia de una adecuada diplomacia para mantener la supervivencia del imperio. Dentro de ésta, había una serie de herramientas que permitían ayudar a que el bando rival fuera más proclive a colaborar o aceptara las condiciones impuestas.

5.4.1. Ceremonial y aparato para impresionar al rival

Amiano Marcelino deja clara la importancia, tanto en las batallas como en los procesos diplomáticos, de impactar y sobrecoger al rival, para quebrar su voluntad e infundirle miedo en caso de combate, o para que esté más dispuesto a colaborar y aceptar los términos propuestos en el caso de un contexto diplomático. Por ello era habitual el uso de la ostentación y el ceremonial para impresionar a los líderes extranjeros o a sus embajadores.

Estas herramientas eran ejercidas por los romanos tanto hacia los germanos como hacia los persas, sin importar las diferencias en la forma de firmar los acuerdos.

El primer ejemplo de ello lo encontramos en la rendición de los reyes alamanes Vodomario, Hariobaudo y Macriano ante Juliano, cuando acuden a pedir piedad al césar tras su campaña del 359. Cuando llegan a la parte de los *principia* del campamento romano, donde se hallaba el edificio destinado a albergar los estandartes y el depósito de armas, se sienten impresionados por ello: “Conducido Macriano junto con su hermano al lugar de las águilas y los estandartes, se llenó de admiración ante el impresionante aspecto de las armas y de las tropas, que veía entonces por primera vez, e intercedió en favor de su pueblo.” (Amm. 18.2.17).

Sin embargo este despliegue de armamento y estandartes no resultaba tan impresionante para aquellos germanos que habían sido criados junto a los romanos, aquellos más próximos a la frontera y que ya estaban acostumbrados. Por ello en ese mismo episodio Vodomario, que a diferencia de Macriano y Hariobaudo sí que había tenido pactos previos con Roma y había convivido más cercanamente con los romanos, no se sorprendió tanto al ver la ostentación del aparato bélico romano: “Vodomario en cambio, que se había criado junto a los nuestros, vecino como había sido de la frontera, si bien se asombró de la aparatosidad del ostentoso preparativo bélico, recordó, sin embargo, que desde su primera juventud ya había visto a menudo tales cosas.” (Amm. 18.2.17)

Varios años después, cuando Valentiniano acordó encontrarse con Macriano para pactar la paz, el emperador aparece rodeado de oficiales de varios rangos y de relucientes estandartes, en un claro intento de sobrecoger a los alamanes y hacerles más predispuestos a firmar condiciones favorables a los romanos (Amm. 30.3.5).

Aunque los hábitos y las técnicas de la guerra fueron cambiando, Roma supo adaptarse para seguir mostrando su esplendor a sus enemigos en el momento de negociar. A partir del siglo V, cuando los emperadores dejaron de dirigir las campañas en persona, esta estrategia de sobrecogimiento se daba en el palacio imperial, a la hora de recibir a los delegados extranjeros, buscando impresionarles mediante un gran ceremonial palaciego. Esto se desarrolló especialmente en el palacio imperial de Constantinopla y continuó usándose durante la Edad Media (Lee, 2009, p. 115).

5.4.2. El rol de los pagos y la entrega de regalos

El ofrecimiento de regalos era otra estrategia dedicada a influir en las negociaciones. Fue una práctica común durante la Antigüedad Tardía y, aunque los propósitos y circunstancias de cada entrega eran variadas, generalmente pueden agruparse en dos casos.

Por un lado, había pagos y entregas de obsequios que pueden verse como un verdadero regalo, para recompensar a los pueblos que habían tenido un buen comportamiento al lado de Roma y a la vez incentivar que siguieran actuando de la misma manera, o también para pagar a cambio de una ayuda, normalmente militar. En estos casos, era un pago ofrecido desde una posición dominante, en la que Roma podía dejar de pagar cuando quisiera, y que normalmente representaba una alternativa pacífica a una acción militar (Blockley, 1985, p. 62). Incluso aunque este pago pueda ser asumido económico, los costos políticos del mismo eran muy alto, porque puede acabar viéndose como un tributo que pudo entenderse en su época incluso como la subordinación de Roma ante los pueblos a los que pagaba. De esta manera lo entendió Juliano –y Amiano Marcelino por boca de él- al decir, en un discurso a sus tropas, que los pagos a los pueblos germánicos habían reducido a Roma a la mendicidad (Amm. 24.3.4). Por otro lado, Temistio, en la ya mencionada Oración 10, presenta el fin de la entrega de regalos a los godos como una prueba de la supremacía que obtiene Valente con la guerra y la firma de la paz (*Them. Or. 10.135a.*).

En relación con estos pagos, Heather y Matthews (2004, pp. 17-18) sostienen que la entrega de regalos a los bárbaros no implicaba un gesto de sumisión de Roma - siempre y cuando ésta pudiera articular una reacción militar-, más aún cuando Roma era

la potencia y ostentaba la supremacía. Por el contrario, formarían parte de la dinámica diplomática y la relación entre pueblos, y, además, la entrega de un regalo ostentoso, que el otro pueblo no sea capaz de igualar, era de por sí una señal de superioridad. Además, con estos regalos Roma se aseguraba de que aquellos que los recibían se mantendrían como líderes de las comunidades bárbaras, reforzando la posición de aquellos que habían firmado el acuerdo con Roma (Heather y Matthews, 2004, p. 18).

Por otro lado están los pagos que se realizan desde una posición débil, en la que no se dan como alternativa a una respuesta militar, sino que precisamente se hacen porque no hay una alternativa militar. En estos casos, los pagos suelen convertirse en algo regular, siendo ya un verdadero tributo, y tienden a incrementarse con el tiempo (Blockley, 1985, p. 66).

Amiano ofrece varios ejemplos de la entrega de este tipo de pagos a los pueblos germánicos. Por ejemplo, señala que los alamanes se rebelaron en el 365 porque Valentiniano I redujo los regalos que recibían (Amm. 26.5.7.). Esto sería un indicativo de que, incluso después de la derrota de los alamanes ante Juliano en la batalla de Estrasburgo del 357, este pueblo siguió recibiendo regalos por parte de Roma. La consecuencia de esta rebelión fue la entrada de los alamanes en la Galia y su saqueo. La reacción romana fue enviar a Charietón y Severiano, que fueron emboscados por los alamanes, aunque éstos acabaron cayendo ante Jovino, comandante de caballería (Amm. 27.1.1-27.2.11).

El tema de la entrega de regalos también jugaría un papel importante en la intervención de los godos en la guerra civil entre Valente y Procopio en el 366. Los godos acostumbraban a recibir pagos u obsequios por parte de Roma, pero a cambio aportaban soldados a las campañas imperiales, como muestran los registros de tropas auxiliares reforzando la frontera oriental en el 360 (Amm. 20.8.1) y combatiendo en la campaña de Juliano contra el Imperio Sasánida (Amm. 23.2.7). Teniendo esto en cuenta, cobran especial relevancia las propuestas de Heather y Matthews (2004, pp. 34-36) sobre la causa de la intervención goda en la guerra civil entre Valente y Procopio. Estas vendrían a decir que, partiendo de un descontento inicial con la cantidad de pagos que estaban recibiendo a cambio de tropas auxiliares, como atestigua Libanio al hablar de la embajada que mandaron los godos a Juliano para discutir los términos de su acuerdo –y que el emperador rechazó-, los godos verían en la guerra civil una

oportunidad de mejorar el pacto que mantenían con Roma, apoyando a Procopio y esperando ganar concesiones de él en caso de que resultara victorioso (Heather y Matthews, 2004, pp. 34-36).

Además de los pagos como cláusula diplomática, también estaban los regalos que solían enviarse en las embajadas. Este intercambio de regalos era común en las negociaciones con los pueblos germánicos (Heather, 2006, p. 76), pero Lee (1991, p. 371) defiende que no alcanzaban la dimensión de los ostentosos presentes intercambiados entre romanos y persas. En estos casos, los romanos y los sasánidas se preocupaban de que los obsequios entregados fueran de igual valor que los recibidos.

Amiano ofrece varios ejemplos de estos presentes que solían acompañar a las embajadas. Cuando Sapor II envió una delegación dirigida por Narsés y una carta para ofrecer la paz a Constancio II, mandó que los enviados llevaran con ellos regalos para el emperador romano (Amm. 17.5.3). Constancio II hizo lo mismo cuando mandó su respuesta, enviando una primera embajada a la que después le siguió otra, en la que “llevaban escritos del emperador y obsequios para intentar, con cierta diplomacia, que se retrasasen temporalmente los preparativos de Sapor, mientras se fortificaban las provincias del norte” (Amm. 17.5.15).

5.5. Relaciones con el Imperio sasánida

Las relaciones y la interacción con Persia se vieron fomentadas por el hecho de que no había una frontera clara y fija entre los dos Imperios, como sí que ocurría en el Rin y el Danubio (Isaac 1992, p. 46), y Mesopotamia se convirtió en una zona fronteriza permeable, donde el tránsito de información, bienes y conocimiento era habitual (Whittaker, 1994, p. 103).

Amiano ofrece dos ejemplos de la permeabilidad de la frontera. Uno de ellos es Antonino, comerciante al servicio del comandante romano de Mesopotamia que desertó al lado persa con información de las posiciones romanas, y pudo llevar a cabo una carrera al servicio del rey sasánida sin problemas (Amm. 18.5). Otro ejemplo es Cragausio, miembro de la élite romana de Nisibis que se pasó al bando persa.

Las relaciones entre el Imperio romano y el Imperio sasánida pasaron, a grandes rasgos, por tres fases distintas. La primera de ellas transcurre desde el establecimiento del Imperio sasánida en el 226 y el fin de la fatídica campaña de Juliano sobre el Imperio sasánida en el 363. Esta etapa se caracteriza por el conflicto entre las dos potencias: la fundación del Imperio sasánida por Ardashir I conllevó una agresiva presión sobre las fronteras romanas, mientras que Roma tuvo que adaptarse lentamente a su nuevo y belicoso vecino, lo que llevó a serias hostilidades iniciadas por ambos bandos. Entre ellas destacan las campañas de Sapor I, que saqueó el norte de Siria y llegó hasta Antioquía, además de derrotar y capturar al emperador Valeriano en la batalla de Edesa en el año 260. La captura del emperador y su muerte en cautividad supuso una grave humillación para Roma, como lo sería para los sasánidas las victoriosas campañas romanas de los años 283 y 298, además de la ya analizada paz del 298-299. En los años finales del reinado de Constantino se reiniciaron las hostilidades debido a la insatisfacción persa sobre el humillante tratado del 298-299. El conflicto continuó bajo Constancio II y vio su punto álgido en la gran expedición de Juliano contra el Imperio sasánida en el 363. A pesar de alcanzar Ctesifonte, las tropas romanas fueron derrotadas en su camino de vuelta, y Juliano murió, lo que llevó al ascenso de Joviano y a la ya analizada paz del 363 (Drijvers, 2009, pp. 443-445; Edwell, 2021, p. 233).

La segunda fase se ubica entre el año 363 y los inicios del siglo VI, y se caracterizó por la coexistencia pacífica y la cooperación, solamente interrumpida por escasos conflictos. La tercera fase, que transcurre desde inicios del siglo VI hasta al conquista árabe de Persia alrededor del 630, vio tanto episodios de guerra como de cooperación y entendimiento (Drijvers, 2009, p. 447). Varios expertos coinciden en señalar que durante los siglos IV y V aumentó la actividad diplomática entre el Imperio romano y el Imperio sasánida (Blockley, 1992, p. 78; Lee, 1993, pp. 179-171; Drijvers, 2009, p. 448). Esto se tradujo en un incremento de las embajadas que viajaban entre Constantinopla y Ctesifonte, para llevar mensajes o información, negociar tratados o incluso mostrar sus respetos ante un nuevo gobernante. Además, el acercamiento se vería facilitado por la ya mencionada paz del 363 que, aunque fue vista como una humillación por el bando romano, permitió restablecer la balanza de poderes que había sido inclinada hacia el lado romano con la paz del año 298-299 (Drijvers, 2009, p. 448-449).

Uno de los principales alicientes a este desarrollo de la diplomacia se encontraría en que ambos imperios se reconocían mutuamente, y muchos emperadores y sahs estaban de acuerdo en que ambos debían coexistir (Lee, 1993, p. 138; Drijvers, 2009, p. 450).

Un ejemplo del respeto mutuo que profesaban lo encontramos en la correspondencia entre Constancio II y Sapor II descrita por Amiano Marcelino. En la carta enviada por Sapor II, se dirige a Constancio en estos términos: “Saludo cordialmente a mi hermano Constancio César” (Amm. 17.5.3), mientras que Constancio II afirma que: “Celebro tu prosperidad, como futuro amigo tuyo –si así lo quieres.” (Amm. 17.5.10). Para Jan Willem Drijvers (2009, p. 451) esto no sería un mero ejercicio de protocolo, sino el reconocimiento mutuo de la soberanía del otro y de compartir ambos el mismo rango, además de un claro deseo de buenas relaciones y diálogo.

Sin embargo, llama la atención cómo cada uno de los dos gobernantes, a pesar de su cortesía protocolaria, intentan reducir la importancia del otro. De esta manera, Sapor II llama “César” a Constancio (Amm. 17.5.3), a lo que él responde presentándose como “vencedor”, en referencia a la victoria contra los persas en el 337, 338 y a la toma de Adiabene en el 343, y como “siempre Augusto” (Amm. 17.5.10). Por su parte, Sapor II se presenta como “Rey de Reyes, del rango de las estrellas, hermano del Sol y de la Luna” (Amm. 17.5.3), mientras que Constancio II sólo se refiere a él como “rey Sapor” (Amm. 17.5.10). Sin embargo, a pesar de estas diferencias, las cartas suponen un ejemplo del reconocimiento mutuo entre ambos imperios y de que, dada la paridad de fuerzas, eran conscientes de la necesidad de establecer unas vías diplomáticas basadas en la negociación y no en la imposición, algo que rara vez ocurría en la frontera norte del Imperio romano, pero que se convierte en la fórmula habitual en el *limes* oriental.

Este respeto mutuo pareció llevar a un acercamiento de las relaciones a principios del siglo V, como se observa del hecho de que Arcadio nombrara al sah Yazdgerd I guardián de su hijo Teodosio, todavía niño, y le encargara preservar el trono para el futuro emperador (Blockley, 1992, p. 105). Un siglo después, en otro episodio de estrechamiento de las relaciones, Justino I (518-527) aceptó la propuesta del rey sasánida Kavad I de adoptar a su hijo Cosroes (Drijvers, 2009, p. 454).

5.6. Reinos clientelares. La disputa sobre Armenia.

En su narración, Amiano Marcelino no ofrece ninguna duda sobre el estatus que tenía el Reino de Armenia durante el siglo IV: un reino clientelar situado entre el Imperio romano y el sasánida, y cuya soberanía estaba siendo constantemente disputada por los dos imperios, debido a su situación entre ambos. Como profundizaremos más adelante, esta situación se daba ya desde los inicios de los conflictos romano-persas.

5.6.1. La situación de Armenia

La explicación a esta larga historia de disputas entre los dos imperios, y a que los intentos para anexionar directamente el Reino de Armenia fueran escasos y no terminaran bien, se debe, según Edwell (2021, p. 23) a las características propias de este reino, especialmente su orografía. La topografía de Armenia, profundamente montañosa, hizo que fuera muy difícil para los dos imperios mantenerla bajo control directo, lo que ayuda a comprender por qué este reino, aunque sometido a un estatus clientelar por sus dos potencias vecinas, no perdió del todo su independencia (Edwell, 2021, pp. 23-24). Además, el Reino de Armenia se encontraba rodeado de otras pequeñas entidades políticas, de entre las cuales el Reino de Iberia también aparece en la obra de Amiano, descrito como otro reino cuyo control disputaban el Imperio romano y el sasánida (Fig. 5).

Blockley (1987, pp. 228-230) defiende que la manera de acercarse a Armenia por parte de Roma y por parte de Persia fue diferente. El Reino de Armenia, además de ser una monarquía, contaba con los nakharars, una nobleza territorial que gobernaba cada una de las regiones del reino. Esto se parecía mucho más al sistema de las satrapías persas que al burocratizado gobierno territorial romano. Por ello, las fuentes armenias que narran la disputa del reino sugieren que, en general y salvo en tiempos de conflicto religioso, los persas prefirieron acercarse a los nakharars y persuadirlos, solamente usando la fuerza si la persuasión y las negociaciones fallaban. En cambio, la manera romana de lograr la lealtad de Armenia estaba más basada en la coerción e implicaba acudir directamente al rey, sin pasar por la nobleza territorial.

5.6.2. La disputa de Armenia en la obra de Amiano Marcelino

La presencia de Armenia en la primera mitad de la narración de Amiano Marcelino es prácticamente anecdótica, mientras que a partir del tratado del 363 se vuelve un elemento protagonista e incluso el epicentro de los futuros conflictos con el Imperio sasánida.

Sapor II realizó un ataque que consiguió capturar al rey de Armenia, Arsaces, así como invadir la parte este y sur del reino, mientras el hijo de Arsaces, Papa, huía al Imperio romano. Después, los romanos permitieron que Papa volviera a Armenia, pero sin rango real ni apoyo militar, para que no se les acusara de haber roto el tratado de paz con el Imperio sasánida (Amm. 27.12.10). Más tarde, después de conocer que Arsaces había muerto en cautividad en Persia, los romanos, tras la petición de la nobleza territorial armenia, permitieron que Papa fuera nombrado rey y enviaron a un ejército dirigido por el conde Arinteo para apoyarlo y asegurar que permaneciera en el trono armenio. A su vez, Sapor II expulsó a Sauromances, que los romanos habían colocado en el vecino reino clientelar de Iberia, y lo sustituyó por Aspacures, haciéndose con el control del reino (Amm. 27.12.13).

Amiano mezcla varios años en su narración, sin aportar una cronología clara. Blockley (1987, p. 225) propone el año 368 como fecha de la invasión persa y la captura de Arsaces, 369 para el regreso de Papa a Armenia y 370 para el nombramiento de Papa como rey y su apoyo por parte de Roma.

La llegada de Arinteo coincidió con un revés en la política armenia. Sapor II había conseguido engañar a Papa con una futura alianza, pero criticando que en realidad sirviera a sus consejeros Cilaces y Arrabanes. Esto hizo que Papa los matara y enviara sus cabezas a Sapor II como signo de acercamiento (Amm. 27.12.14). Este suceso pudo haber permitido que Armenia fuera a parar a manos persas, pero éstos decidieron no hacer un nuevo ataque por miedo a la llegada del ejército romano de Arinteo. En su lugar, se contentaron con enviar mensajeros al emperador romano y reclamarle que no defendiera Armenia, tal y como habían acordado en el tratado del 363 (Amm. 27.12.15).

Roma rechazó esta propuesta y envió a Sauromances de vuelta a Iberia, acompañado por Terencio y doce legiones. Aspacuraces, que no podía abandonar el trono de Iberia ni unirse al bando romano porque los sasánidas tenían a su hijo de rehén,

pidió a Sauromances que reinaran juntos. La respuesta de Roma fue dividir Iberia, de manera que Sauromances se quedara con la parte cercana a Armenia, bajo control romano, y Aspacuraces en la parte controlada por los sasánidas. Sapor II no aprobó esta decisión, indignándose porque no había sido informado antes de la decisión y afirmando que Roma estaba incumpliendo el pacto, así que se preparó para la guerra (Amm. 27.12.16-18), mientras Valente enviaba a Trajano y a Vodomario para contener la ofensiva sasánida. El combate, del que salió vencedor el bando romano, terminó con una tregua en la que ambos bandos retiraron sus ejércitos (Amm. 29.1.3-4).

Terencio acusó a Papa ante el emperador Valente, el cual le hizo llamar con la excusa de que iba a ser agasajado, para hacerlo prisionero en Tarso. Papa logró huir, pero Valente envió a Trajano para que lo asesinara, con la excusa de invitarlo a una celebración. Este hecho fue duramente criticado por Amiano:

“Con esta trampa, la legalidad fue traicionada de forma nefasta porque, en un banquete celebrado en el Ponto Euxino, banquete que debía ser sagrado, ante la mirada de la divinidad de la hospitalidad, la sangre de un extranjero fue derramada sobre un rico mantel. Y la gravedad del hecho fue de tal magnitud que sació a los invitados, quienes se marcharon llenos de horror.” (Amm. 30.1.22).

Después de estos sucesos, en el invierno entre el año 377 y 378 Sapor II envió a Arraces como legado ante el emperador romano, para persuadirle de que abandonara completamente Armenia e Iberia. Valente se negó, y envió su propia embajada formada por Víctor y Urbicio, quienes debían exigir a Sapor II que abandonara sus pretensiones sobre Armenia. El sah les prometió unas pequeñas regiones dentro de Armenia, pero aunque éstos aceptaron, cuando la propuesta llegó a Valente éste se negó rotundamente. Como consecuencia, Sapor II ordenó un ataque que recuperara las regiones prometidas a Víctor y Urbicio, teniendo un éxito rápido en su campaña, ya que Valente estaba ocupado atendiendo el problema de los godos en Tracia (Amm. 30.2). Lo único que pudo hacer el emperador fue enviar a Víctor a Persia, para que “buscara una solución a los problemas que amenazaban a la región de Armenia” (Amm. 31.7.1). Esta es la última mención que hace Amiano a los sucesos de Armenia, ya que el resto de su narración se centra en lo sucedido después de que los godos cruzaran el Danubio.

Para conocer los eventos posteriores, los historiadores han tenido que recurrir a Fausto de Bizancio, historiador armenio del siglo V. Después de que las fuerzas

romanas se retiraran de Armenia para atender las necesidades del Danubio, Manuel, el líder de una poderosa familia de la nobleza territorial armenia, se rebeló y ofreció la lealtad de Armenia a Sapor II. Esto permitió al sah de Persia hacerse con el control del suroeste del reino, y guardar la esperanza de conquistar toda Armenia (Chrysos, 1976, pp. 23-25; Blockley, 1987, p. 232). Sin embargo, las intrigas de la corte armenia llevaron a que Manuel se alzara en armas de nuevo, destruyendo al ejército persa que se hallaba en Armenia y reavivando el interés de Sapor II en llegar a un acuerdo con los romanos. Armenia permaneció siete años independiente, en los que Manuel coronó como rey a Arsaces IV y volvió a acercarse al bando romano. Tras la muerte de Manuel, parte de la nobleza armenia se rebeló contra Arsaces IV y pidió al sah persa que eligiera a otro rey, el cual decidió coronar a Cosroes III y enviar tropas persas que aseguraran el control del centro de Armenia. Fue en este contexto en el que se pactaría la división de Armenia. En lugar de empantanarse en otro conflicto por la región, romanos y persas negociaron la división del reino armenio en dos zonas, gobernadas por cada uno de los dos reyes, que ya habían dejado claras sus lealtades. De esta manera, Arsaces IV gobernaría el oeste de Armenia en un protectorado bajo control romano, mientras que Cosroes III haría lo propio con el este, bajo el dominio sasánida (Blockley, 1987, pp. 233-235).

6. CONCLUSIONES

6.1. Continuidad y evolución en la diplomacia

6.1.1. Sobre los tratados de paz con el Imperio sasánida

En el apartado dedicado a las paces firmadas con el Imperio sasánida, vimos cómo estas giraban en torno a dos ejes principales: el control sobre el reino clientelar de Armenia y la situación de la frontera en Mesopotamia. Un análisis de la historia de las relaciones romano-persas permite entender que éstos fueron los dos vértices que funcionaron como epicentro de sus relaciones, disputas y conflictos.

Los acuerdos con el Imperio parto comenzaron cuando Sila, en el 92 a.C., llegó a un acuerdo con un embajador enviado por el rey parto Mitrídates II, en el que se reconocía el Éufrates como la frontera entre los dos imperios. Varios años más tarde, en el 66 a.C., Pompeyo llegó a un acuerdo con Fraates III en el que se reafirmaban las

fronteras ya establecidas, además de reconocerse oficialmente el título del rey parto como “Rey de Reyes” y acordar una invasión conjunta de Armenia. La invasión parta fracasó, pero la romana logró la rendición del rey armenio Tigranes II, que fue repuesto en el trono armenio como *amigo y aliado del pueblo romano*, logrando así Roma afianzar el dominio clientelar sobre Armenia, pero perjudicando a su paso las relaciones con el Imperio parto (Campbell, 2013, pp. 22-25). De las décadas restantes del siglo I a.C. destacó la derrota de Craso en la batalla de Carras del 53 a.C., así como el intento fallido de Marco Antonio de invadir el Imperio parto en el 36 a.C. y colocar a su hijo como rey de Armenia. La llegada de Augusto dio paso a una nueva estrategia, no basada en grandes campañas que acabarían en desastre como las de Craso o Marco Antonio, sino en realizar muestras de poder militar en lo que Campbell (2013, p. 26) ha venido en llamar una “paz armada”, que permitiría disuadir a los partos de invadir Siria o de interponerse en el dominio sobre Armenia. De hecho, Augusto logró que Phraates IV devolviera los prisioneros y las insignias imperiales perdidas en Carras, hecho que sería motivo de orgullo, como se muestra por la representación de este episodio en la coraza del Augusto de Prima Porta (Fig. 6) (Campbell, 2013, pp. 26-27; Edwell, 2021, pp. 41-43).

Sin embargo, al final de la última década del s. I a.C., la llegada de Tigranes IV al trono de Armenia y de Phraates V al de Partia cambió las tornas, porque ninguno de ellos mostraba el respeto hacia Roma que tenían sus predecesores. Los historiadores romanos no parecen estar de acuerdo en la naturaleza de los acontecimientos, ya que Velejo Patérculo afirma que “los partos, rompiendo su alianza con los romanos, hicieron de Armenia su objetivo” (Vell. Pat. 2.100.1), mientras que Dión Casio habla de “los armenios en revuelta, y los partos ayudándolos” (Cass. Dio, 55.10.18). Al margen de los detalles, está claro que se trata de una injerencia parta en el control que pretendía tener Roma sobre Armenia, lo que hace que Augusto envíe a Gayo a solucionar la situación (Campbell, 2013, p. 28). Por otro lado, en el año 1 d.C. Gayo se reunió con Phraates V para firmar un tratado que llevaba que Roma abandonaría sus aspiraciones territoriales más allá del Éufrates (Chrysos, 1976, p. 34).

Como se ha podido observar, los dos ejes principales que guiarían la diplomacia y las acciones béticas con Partia en estos últimos años de la República y primeros años del Imperio serían el mantenimiento de las fronteras (en un principio, delimitadas por el Éufrates) y el control sobre Armenia, que ejercería como reino tapón entre ambos

imperios, por lo que la ventaja que podía otorgar su control era demasiado grande como para que ninguno de los dos la pudiera dejar pasar.

Las fronteras romanas con el Imperio parto se ampliaron en tiempos de Trajano, quien realizó una ambiciosa campaña bélica que logró conquistar Mesopotamia en el año 116. Además, dos años antes había incorporado el reino de Armenia al Imperio romano, convirtiéndole en una provincia romana plena. El dominio de Trajano sobre el Imperio parto quedó patente cuando colocó en el trono parto a Partamaspates como rey vasallo de Roma. Sin embargo, el abandono de la política belicista contra los partos por parte de su sucesor, Adriano, hizo que la provincia de Mesopotamia se abandonara en el 118, para así conseguir la paz con el Imperio parto. Además, Adriano renunció a Armenia, a la que desvinculó de nuevo del Imperio romano, aunque nombrando a Partamaspates como su rey, para mantener el control clientelar del reino armenio. (Edwell, 2021, pp. 62-64).

Sin embargo, los partos consiguieron depurar en el trono de Armenia a Partamaspates, hasta que en el año 140 Antonino Pío volvió a colocar a un rey armenio designado por Roma, Sohaemus. Su reinado como cliente de Roma se vio interrumpido por un ataque parto en el año 161, pero dos años más tarde Roma consiguió expulsar a los partos de Armenia y reinstaurar a Sohaemus en el poder (Edwell, 2021, p. 67).

La llegada de la dinastía sasánida en el 227 convirtió el ya debilitado Imperio parto en un nuevo imperio decidido a expandirse hacia el oeste, generando nuevos choques fronterizos con el Imperio romano (Edwell, 2021, p. 98), hasta la firma del ya analizado tratado del año 298.

Después de los tratados de paz analizados, las cláusulas de los tratados con el Imperio sasánida siguieron orbitando en términos similares. De esta manera, en el tratado del 591, que puso fin con una victoria de los *romaioi* a la guerra que llevaba librándose desde el 572, el rey Cosroes II tuvo que pagar un alto precio a nivel territorial. Dentro de sus cláusulas estaba que el Imperio sasánida cedería la mayor parte de la Armenia persa, así como la mitad occidental de Iberia (Fig. 7) (Soto Chica, 2012, pp. 387-389).

Como hemos observado, las negociaciones de paz entre el Imperio romano y el Imperio sasánida –y antes, con el parto- ya giraban antes alrededor de los mismos ejes

que lo hicieron en el siglo IV, y siguieron haciéndolo después: la línea fronteriza en Mesopotamia y el control de Armenia.

6.1.2. Sobre los pagos para garantizar la paz

Una de las medidas diplomáticas observadas durante el siglo IV es el pago recurrente a determinados pueblos para asegurar las buenas relaciones con ellos. Esto continuó en el siglo V en todo el imperio, y en la parte oriental durante la Edad Media. En el siglo V esta tendencia incluso se incrementó, hasta convertirse en una verdadera política a la hora de tratar con los pueblos extranjeros. Un ejemplo paradigmático es el pago de Teodosio II a Atila para que no devastara los Balcanes (Lee, 2009, p. 117).

Entre los historiadores de la segunda mitad del siglo VI llegó a haber una discusión sobre los pagos sistemáticos que había usado Justiniano para aplacar a los pueblos vecinos. Agatías y Menandro el Protector vieron una parte positiva en estos pagos reiterados, ya que permitían favorecer la disensión y los enfrentamientos entre los pueblos vecinos, lo que aseguraba la tranquilidad de las fronteras. Sin embargo, Procopio de Cesarea criticó profundamente estos pagos, afirmando que revelaban la debilidad del Imperio romano, lo que animaba a los pueblos vecinos a atacarlos. Además, Procopio y Zonaras definieron directamente estos pagos como un tributo (Blockley, 1985, pp. 64-66).

Esta política tributaria continuó e incluso se acrecentó en ocasiones, especialmente cuando aumentaban las dificultades del imperio para mantener la seguridad de todas sus fronteras. De esta manera, Tiberio II acordó la paz con los ávaros en el año 574, sólo tras comprometerse a pagar 80.000 sólidos por año (Soto Chica, 2012, p. 563).

Además, el dinero también sirvió para comprar la paz con los sasánidas, ya que en la paz del año 533 Justiniano se comprometió a pagar 792.000 sólidos, mientras que en la paz del 545, incluso tras una victoria sobre los persas, las arcas romanas tuvieron que desprendérse de 144.000 sólidos, y fueron 187.200 sólidos tras la paz del 549 (Soto Chica, 2012, pp. 540-543). Si bien parte de este pago se justificaba por la labor realizada por el Imperio sasánida de defender los desfiladeros del Cáucaso para evitar la entrada de pueblos de Asia Central, algo que beneficiaba a ambos imperios, las

fluctuaciones en el pago basándose en quién alcanzó la victoria en los conflictos evidencian que una parte del mismo iría en función de tributo, y no como compensación por su defensa del Cáucaso (Soto Chica, 2012, p. 545).

Por lo tanto, se observa cómo estas medidas diplomáticas, que para el siglo IV ya se habían convertido en política estatal, continúan marcando las relaciones de Roma con sus vecinos.

6.1.3. Sobre el uso de rehenes

En el presente trabajo se ha analizado el rol de la entrega de rehenes en los diversos pactos y encuentros diplomáticos de la segunda mitad del siglo IV. Sin embargo, la toma de rehenes de los pueblos germánicos no es algo exclusivo de este periodo. En el apartado correspondiente ya vimos cómo esta técnica se llevaba utilizando desde la ocupación romana de Germania Inferior y Superior. Además, se siguió usando más allá del siglo IV. Un ejemplo de ello es el caso de Teodorico, rey de los ostrogodos entre finales del siglo V e inicios del siglo VI. Vivió desde los ocho hasta los dieciocho años en Constantinopla, donde, siendo un rehén, fue educado en la cultura romana. De hecho, según Lee (1991, p. 371) el alto grado de romanización que caracterizó su posterior reinado en Italia tiene su explicación en esta educación romana que recibió durante su estancia como rehén.

6.1.4. Sobre la rendición incondicional

En el capítulo 3, al analizar los procesos de rendición incondicional, se ha hablado también de su precedente en época republicana, la *deditio* a la que se sometían muchos de los pueblos conquistados durante la expansión de Roma por el Mediterráneo. En ambas se establece el pago de unos determinados tributos, así como la entrega de tropas para que sirvan como auxiliares. Además, en las rendiciones bárbaras a menudo se entregan rehenes, para asegurar el mantenimiento del pacto, como ocurría en determinadas ocasiones en el momento de realización de las *deditio*nes (Martínez Morcillo, 2015, pp. 210-211).

6.1.5. Sobre la sofisticación del aparato diplomático

Una comparación entre los tratados de paz analizados en este trabajo y aquellos realizados durante el periodo de Justiniano demostraría que éstos últimos, además de ser más completos y detallados, siguieron un protocolo de elaboración más desarrollado. Una prueba de ello es la firma del tratado del año 561-2, descrita por Menandro el Protector. En ella se detalla el personal diplomático de cada bando (Pedro el Patricio como *magister officiorum* del lado romano, y Yazdgusnasp como chambelán del sah persa, cada uno de ellos asistido por varios diplomáticos y por seis intérpretes), la duración del tratado (cincuenta años) y la ratificación de cada uno de los gobernantes (Justiniano y Cosroes I, los cuales plasmaban su aceptación mediante las llamadas ‘cartas sagradas’, enviadas desde Constantinopla y Ctesifonte). Además, los términos del tratado fueron escritos en griego y en persa, cada uno de los textos fue después traducido al otro idioma y comparado con el original, para asegurarse de que no hubiera ningún error de traducción que llevara a futuras confusiones o disputas sobre los términos. Después se firmaban con los anillos de sello de los negociadores y traductores, se distribuían copias de los originales y Pedro el Patricio recibió el original persa con la traducción griega, y Yazdgusnasp el original griego con la traducción persa (Lee, 2009, pp. 109-112).

Esto permite entender cómo el Imperio romano y el Imperio sasánida, obligados a convivir, fueron puliendo y mejorando su aparato diplomático con el tiempo. Seguramente también aprendieron de los errores, como la poca claridad del tratado del 363 sobre la situación en Armenia, lo que explicaría la enorme importancia que se daba en el protocolo descrito por Menandro el Protector a la claridad de las cláusulas y la correcta traducción a ambos idiomas.

Esto permite comprender por qué Blockley (1992, p. 132) defiende que, desde el punto de vista de la diplomacia de Justiniano, mucho más elaborada y sofisticada, los tratados romano-persas del 299 y el 363 serían documentos muy imperfectos. Sin embargo, esto no quita que sean de gran importancia al sentar las bases de la diplomacia romano-sasánida que se extendería hasta el siglo VII.

6.2. Diferencia entre la diplomacia con el Imperio sasánida y con los pueblos germánicos

La diplomacia romana demostró ser muy flexible, capaz de adaptarse a las diferentes situaciones y contextos para lograr el mayor beneficio para Roma. Esto explica por qué ésta operaba en diferentes términos con los sasánidas y con los pueblos al norte del Rin y del Danubio, como se ha podido ver en el desarrollo de las rendiciones y paces acordadas por Roma en la obra de Amiano.

Un argumento muy elocuente al respecto es la comparación entre el número de veces que se llevó a los pueblos bárbaros a una rendición y el número de paces que se acordaron con ellos. En la narración de Amiano se incluyen catorce pasajes en los que algún pueblo germánico se ve forzado a rendirse incondicionalmente ante Roma. En cambio, en este mismo periodo de tiempo, en el que hubo numerosos conflictos con los diferentes pueblos del otro lado del Rin y del Danubio, solamente se produjeron con ellos dos acuerdos de paz que no implicaran la rendición total del pueblo germano en cuestión.

Esto muestra que la forma estandarizada de resolver los conflictos con los pueblos del Rin y del Danubio era llevándoles a una rendición incondicional después de vencerlos militarmente, incluso devastando su territorio para forzar más fácilmente esa rendición. En cambio, los únicos momentos en los que se acordó una paz con estos pueblos fue porque Roma no fue capaz de doblegarlos, o bien porque las prioridades defensivas estaban en otro lugar del imperio y eso hacía necesario acabar con el conflicto cuanto antes.

Por el contrario, esta política no podía aplicarse contra un enemigo de la envergadura del Imperio sasánida, lo que obligó a Roma a sentarse en la mesa de negociaciones y a desarrollar una diplomacia orientada a la firma de tratados de paz beneficiosos para el bando romano, ante la clara imposibilidad de lograr una rendición incondicional del Imperio sasánida.

6.3. Estrecha vinculación entre la diplomacia y la guerra

Si se obtiene una vista general de los procesos diplomáticos analizados en este trabajo, se puede ver que todos ellos aparecen vinculados estrechamente a la guerra. De

esta manera, se usa la diplomacia cuando es necesario acabar con un conflicto, o cuando se pretende obtener determinados beneficios pero no se quiere recurrir a la guerra para ello. Por ello la diplomacia, más que una herramienta para favorecer la cooperación y las buenas relaciones del Imperio romano con sus vecinos, se entiende como un medio alternativo a la guerra e incluso complementario a ésta, que busca los mismos fines que ésta y al que se recurre cuando la vía militar parece demasiado arriesgada o costosa.

7. BIBLIOGRAFÍA

7.1. Autores clásicos

Amiano Marcelino. *Historias. Libros XIV-XIX*. Traducción y notas de Carmen Castillo García, Concepción Alonso del Real Montes y Álvaro Sánchez-Ostiz Gutiérrez. 2010. Madrid, Gredos.

Amiano Marcelino. *Historia*. Edición de María Luisa Harto Trujillo. 2002. Madrid, Akal.

Dion Casio. *Historia romana. Libros L-LX*. Traducción y notas de Juan Manuel Cortés Copet. 2011. Madrid, Gredos.

Flavio Vegecio. *Epitoma institutorum rei militaris*. Traducción y notas de A. D. Duarte Sánchez, J. Mambrilla Royo y A. Rodríguez Belmonte. 2009.

Juliano. *Discursos I-V*. Introducción, traducción y notas de José García Blanco, 1979. Madrid, Gredos.

Temistio. *Discursos políticos*. Traducción y notas de Joaquín Ritoré Ponce, 2000. Madrid, Gredos.

Tito Livio. *Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*. Traducción y notas de José Antonio Villar Vidal. 1993. Madrid, Gredos.

Libanio. *Discursos III. Discursos julianeos*. Introducción, traducción y notas de Ángel González Gálvez. 2001. Madrid, Gredos.

Polibio. *Historias. Libros I-IV*. Traducción y notas de Manuel Balasch Recort. 1981. Madrid, Gredos.

Polibio. *Historias. Libros XVI-XXXIX*. Traducción y notas de Manuel Balasch Recort. 1983. Madrid, Gredos.

Veleyo Patérculo. *Historia romana*. Traducción y notas de M^a Asunción Sánchez Manzano, 2001. Madrid, Gredos.

7.2. Bibliografía contemporánea

Barton, C. A. (2007). The price of peace in Ancient Rome. En K. A. Raaflaub (Ed.). *War and peace in the Ancient World* (pp. 245-255). Malden: Blackwell.

Barceló, P. (2022). *El siglo más largo de Roma. Una mirada a la vida y época del emperador Constancio II*. Alianza Editorial.

Blockley, R.C. (1984). The Romano-Persian Peace Treaties of A.D. 299 and 363. *Florilegium*, 6, 28-49. <https://journals.lib.unb.ca/index.php/flor/article/view/18819>

Blockley, R. C. (1985). Subsidies and Diplomacy: Rome and Persia in Late Antiquity. *Phoenix*, 39(1), 62-74. <https://www.jstor.org/stable/1088870>

Blockley, R. C. (1987). The Division of Armenia between the Romans and the Persians at the End of the Fourth Century A.D., *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 36(2), 222-234. <https://www.jstor.org/stable/4436006>

Blockley, R. C. (1992) *East Roman Foreign Policy: Formation and Conduct from Diocletian to Anastasius*, Liverpool University Press.

Campbell, D. B. (2013). Armed diplomacy: Rome and Parthia in the first century AD. *Ancient Warfare*, 3(5), 22-28. https://www.academia.edu/865435/Armed_diplomacy_Rome_and_Parthia_in_the_first_century_AD

Chrysos, E. (1976). Some aspects of Romano-Persian Legal Relations, *Kleronomia*, 8, 1-48.

https://www.academia.edu/36386445/1976_Some_Aspects_of_Roman_Persian_Legal_Relations.pdf

Daily, L. J. (1972). The Mandarin and the Barbarian: The Response of Themistius to the Gothic Challenge. *Historia*, 21, 351-379.

Den Hengst, D. (2010). “The scientific digressions in Ammianus’ *Res gestae*”. En D. W. P. Burgersdijk y J. A. Waarden (eds.), *Emperors and Historiography: Collected Essays on the Literature of the Roman Empire by Daniël den Hengst* (236-247), Leiden, Brill.

Drijvers, J. W. (2009). Rome and the Sasanid Empire: Confrontation and Coexistence, en P. Rousseau (Ed.), *A Companion to Late Antiquity* (441-455), Blackwell.

Edwell, P. (2021). *Rome and Persia at War. Imperial Competition and Contact, 193-363 CE*. Routledge.

Errington, R. M. (2000). Themistius and His Emperors. *Chiron*, 30, 861-904.
<https://oa.mg/work/2900560891>

Heather P., Matthews J. (2004). *The Goths in the Fourth Century: Translated Texts for Historians*, Liverpool University Press.

Heather, P. (2006). *Foedera and Foederati* of the Fourth Century. En T. F. X. Noble (Ed.), *From Roman Provinces to Medieval Kingdoms* (70-87). Routledge.

Heather, P. (2012). Resistiendo al enemigo: defensa de las fronteras y el bajo imperio romano. En V. D. Hanson (Ed.), *El arte de la guerra en el mundo antiguo: de las guerras persas a la caída de Roma*, (231-249). Crítica.

Isaac, B. (1992). *The Limits of Empire: Roman Army in the East*. Clarendon Press.

Kelly, G. (2008). *Ammianus Marcellinus: The Allusive Historian*. Cambridge University Press.

Lee, A. D. (1991). The role of hostages in Roman Diplomacy with Sasanian Persia. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 40(3), 366-374.
<https://www.jstor.org/stable/4436202>

Lee, A. D. (1993). *Information and Frontiers: Roman Foreign Relations in Late Antiquity*. Cambridge University Press.

Lee, A. D. (2009). Treaty-making in Late Antiquity. En P. de Souza y J. France (Eds.), *War and Peace in Ancient and Medieval History* (107-119). Cambridge: Cambridge University Press.
https://www.academia.edu/53756709/Treaty_making_in_Late_Antiquity

Matthews, J. (2007). *The Roman Empire of Ammianus*. Ann Arbor, Michigan Classical Press.

Mathisen, R. W. (2010). “Becoming Roman, becoming Barbarian.” Roman citizenship and the assimilation of barbarians into the Late Roman World. En U. Bosma, G. Kessler y L. Lucassen (eds.), *Migration and Membership Regimes in Global and Historical Perspective. An Introduction* (pp. 191-217), Leiden-Boston, Brill.

Mattern, Susan P. (1999). *Rome and the enemy: Imperial strategy in the Principate*, University of California Press.

Martínez Morcillo, J. A. (2015). *La aplicación del derecho de guerra durante la expansión romana (200-167 a.C.): Análisis territorial y estudio comparativo* [Tesis doctoral, Universidad de las Islas Baleares] UIB Repositori.
<https://dspace.uib.es/xmlui/handle/11201/149069>

Morley, C. (2016). Beyond the digression: Ammianus Marcellinus on the Persians, *Journal of Ancient History & Archaeology*, 4 (3), 10-25.
<https://jaha.org.ro/index.php/JAHA/article/view/199>

Norris, S. (2005). *Roman Strategies of Control: Terror and Intimidation*. [Tesis doctoral, Universidad de Calgary] <https://prism.ucalgary.ca/items/c5927c83-3727-4dd7-85df-c7200c324a1d>

Ñaco del Hoyo, T. “Bellum se ipsum alet”: La guerra como dinámica fiscal autosostenible en la República. En F. Burillo Mozota. *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153 a.C.). Homenaje a Antonio Beltrán Martínez* (pp. 95-104), Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda.

Roberto, U. (1997). *Βασιλεύς φιλάνθρωπος*: Temistio sulla politica gotica dell'imperatore Valente. *Annali dell'Istituto Italiano per gli Studi Storici*, 14, 137-203.

Roymans, N. (2004). *Ethnic Identity and Imperial Power: The Batavians in the Early Roman Empire*. Amsterdam University Press.
<https://library.oapen.org/handle/20.500.12657/35114>

Rossignol, B. (2018). *Limitem restitueret, praedam militibus daret*: l'Empire romain en difficulté face aux défis de la prédatation, des derniers Antonines à la Tétrarchie, en R. Keller y L. Sarti (eds.), *Pillages, tributs, captifs. Prédateurs et sociétés de l'Antiquité Tardive au Haut Moyen Âge*. París, Editions de la Sorbonne.

Sabbah, G. (1978). *La méthode d'Ammien Marcellin. Recherches sur la construction du discours historique dans les Res gestae*. París, Les Belles Lettres.

Sabbah, G. (2010). Ammien Marcellin et les idéologies dominantes au IV siècle. En L. Galli Milić y N. Hecquet-Noti (eds.), *Historiae Augustae Colloquium Genevense in honorem F. Paschoud septuagenarii. Les traditions historiographiques de l'Antiquité Tardive: idéologie, propagande, fiction, réalité*. Bari, Edipuglia.

Sanz Casasnovas, G. (2021). “Caesorum aggeres et captiuorum agmina”. La masacre de los “barbari” en las “Res Gestae” de Amiano Marcelino. En S. Casamayor Mancisidor, R. Portero Hernández y E. Álvarez Fernández (eds.), *La violencia en la historia* (pp. 239-252). Ediciones Universidad de Salamanca.

Sanz Casasnovas, G. (2022). Rabies indomita. *Representación del bárbaro y violencia contra los no romanos en las Res gestae de Amiano Marcelino*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Shuttleworth Kraus, C. (2010). Historiography and biography. En A. Barchiesi y W. Scheidel (Eds.), *The Oxford Handbook of Roman Studies* (403-420). Oxford University Press.

Soto Chica, J. (2012). *Bizantinos, sasánidas y musulmanes. El fin del mundo antiguo y el inicio de la Edad Media en Oriente. 565-642*. [Tesis doctoral, Universidad de Granada] Digibug: Repositorio Institucional de la Universidad de Granada.
<https://digibug.ugr.es/handle/10481/21608>

Whittaker, C. R. (1994). *Frontiers of the Roman Empire. A Social and Economic Study*. The Johns Hopkins University Press.

8. ANEXO DE IMÁGENES

Fig. 1. Mapa de la campaña persa de Juliano, donde puede observarse la ubicación de Anathas. Wikimedia Commons.

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Julian%27s_campaign-es.svg#media/File:Julian's_campaign-en.svg

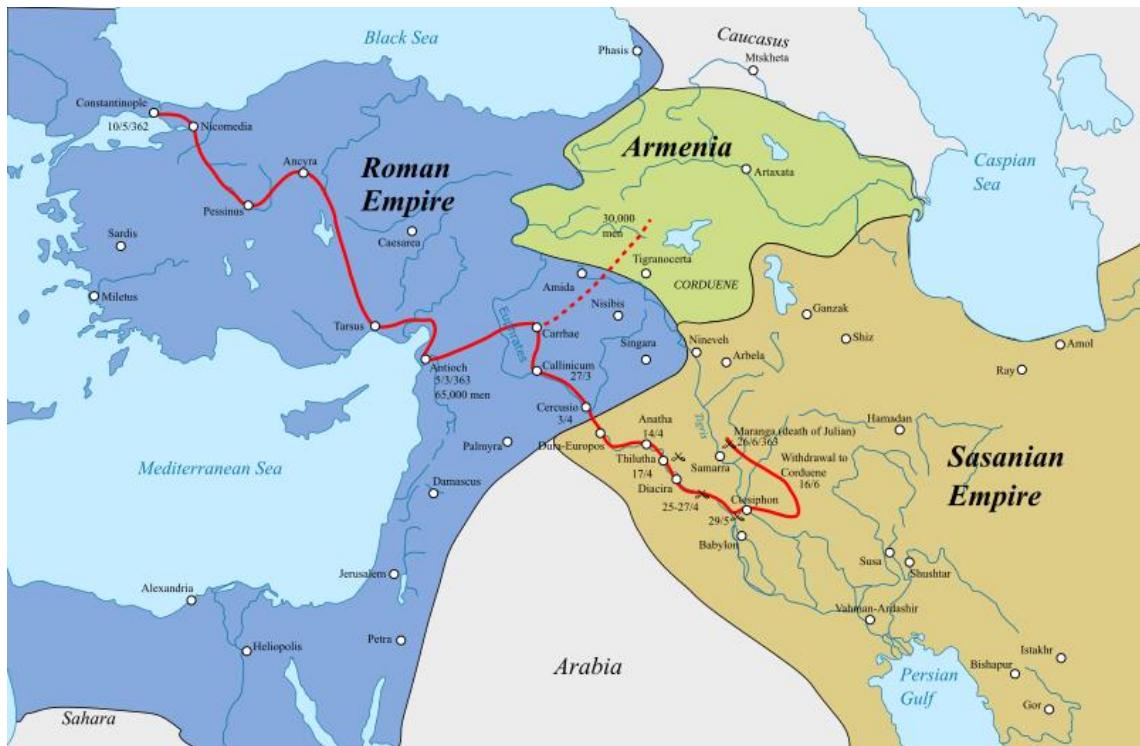


Fig. 2. Medallón de Lyon, modelo en plomo para un medallón de oro emitido en Tréveris, probablemente en el 297. En el registro superior, bárbaros derrotados ruegan clemencia a los emperadores, mientras que empiezan a partir hacia su reasentamiento. En el registro inferior aparecen bárbaros migrantes llevando sus pertenencias mientras cruzan el puente sobre el Rin en Maguncia.

Fotografía de dominio público. cf. a. Steyvert, Nouvelle Histoire de Lyon, vol. 1 (Lyon, 1895) p. 450b, fig. 8. Extraído de Mathisen, R. W. (2010). “Becoming Roman, becoming Barbarian.” Roman citizenship and the assimilation of barbarians into the Late Roman World. En U. Bosma, G. Kessler y L. Lucassen (eds.), *Migration and Membership Regimes in Global and Historical Perspective. An Introduction* (pp. 191-217), Leiden-Boston, Brill.



Fig. 3. Mapa de la situación en el Cáucaso y Mesopotamia tras la expansión de Pompeyo hacia Asia Mayor. Aunque es del 63 a.C., permite conocer la ubicación de regiones en disputa, como Corduena y Sofene.

Wikimedia

Commons.

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Near_East_ancient_map.jpg



Fig. 4. Denario de Augusto (RIC 1 201a). El reverso muestra a un germano que, como símbolo de sumisión, entrega a su hijo como rehén al emperador Augusto.

Roymans, N. (2004). *Ethnic Identity and Imperial Power: The Batavians in the Early Roman Empire*. Amsterdam University Press.
<https://library.oapen.org/handle/20.500.12657/35114>



Fig. 5. Ubicación del Reino de Iberia dentro del Cáucaso, en el año 300. Wikimedia Commons.
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Caucasus_300_map_es.svg



Fig. 6. Coraza del Augusto de Prima Porta, en la que se representa la devolución de las insignias perdidas en la batalla de Carras. Museos Vaticanos, Roma.

Wikimedia

Commons.

https://commons.wikimedia.org/wiki/Category:Augustus_of_Prima_Porta,_inv._2290



Fig. 7. Ubicación de Armenia entre el Imperio romano y el Imperio sasánida, antes y después del tratado del 591.

Wikimedia Commons. https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Roman-Persian_Frontier_in_Late_Antiquity.svg

